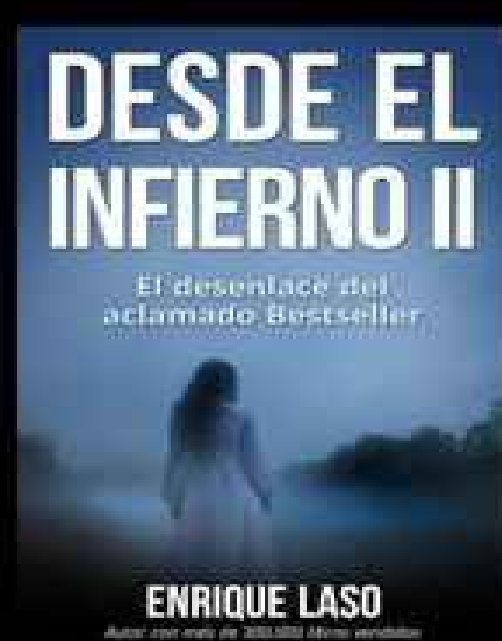
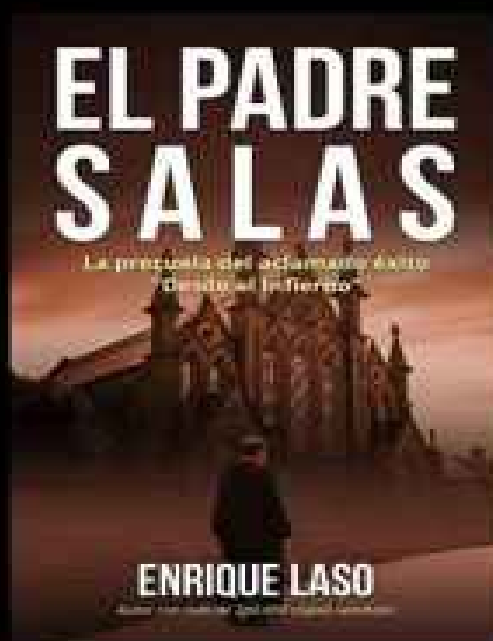


TRILOGÍA DESDE EL INFIERNO

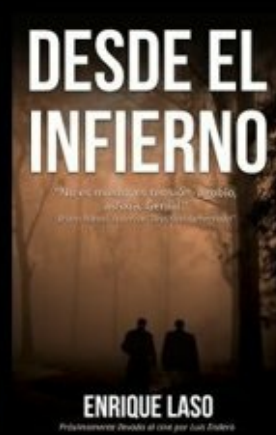
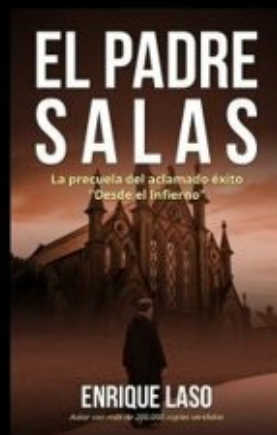


LOS TRES LIBROS EN UNO

Enrique Laso

Autor con más de 300.000 libros vendidos

TRILOGÍA DESDE EL INFIERNO



LOS TRES LIBROS EN UNO

Enrique Laso

Autor con más de 300.000 libros vendidos

© Enrique Laso, 2015
Todos los derechos reservados

El Padre Salas

*Esta novela corta está dedicada a todos los que disfrutaron con DESDE EL INFIERNO, y que en decenas de correos electrónicos y mensajes a través de Twitter me manifestaron su deseo de que escribiese una historia contando qué obligó al padre Salas a huir de México y expatriarse en España.
Va por todos vosotros, con mi máximo cariño y afecto.*

1. *Afuera de la ciudad de Guadalajara, estado de Jalisco, México*

La niña había pasado toda la noche gimiendo. Era casi como una especie de ronquido gutural, salido de las entrañas de un animal, en lugar del cuerpo enjuto, casi famélico, de una criatura de apenas diez años.

Estaba acurrucada en una yacija conformada por sacos de paja desigualmente repartida. Sus padres, más por desesperación que por resentimiento o temor, la habían confinado en un cobertizo que usaban para resguardar de la lluvia los aperos de labranza y algunas pertenencias de escaso valor que con los años habían ido heredando de diversos familiares.

El médico se aproximó con aprehensión a la chiquilla, que parecía dormir, aunque respiraba con sacudidas constantes, impropias de un ser humano.

- ¿Cuántos días lleva postrada en este estado?

- Una... una semana... - se atrevió a responder la madre, segura de recibir de inmediato una reprimenda por parte del médico.

El doctor lanzó un suspiro de resignación y tomando la mano de la criatura trató de medirle el pulso. Sintió un escalofrío intenso al percatarse de que el corazón de la niña apenas latía... ¡poco más de 20 pulsaciones por minuto! Era completamente imposible.

Los padres permanecían en una esquina del oscuro chamizo, apretados el uno contra el otro, preocupados y un tanto avergonzados. Mantenían los ojos clavados en el facultativo, esperanzados en que al fin, aunque fuera a costa de una significativa parte de sus escasos ahorros, aquel hombre que parecía bueno y sabio, sacara a su Magdalena de aquel ensimismamiento en el que se había sumido repentinamente.

El médico tomó la temperatura a la pequeña, y nuevamente un estremecimiento se apoderó de sus entrañas: 31° centígrados, otra vez un indicador absolutamente incompatible con la vida. Pero la niña... ¡estaba respirando!

- No acierto a comprender... - musitó el facultativo, casi para sus adentros.

De súbito la niña se giró, como recobrando las fuerzas. El doctor se aproximó un poco a la pequeña, esperanzado. La chiquilla abrió los párpados y el hombre pudo contemplar horrorizado unas pupilas completamente negras y en forma de cruz invertida, que contrastaban tenebrosamente con el resto de sus ojos, de un color púrpura intenso, como si toda la sangre de su demacrado cuerpo se hubiera apelmazado y podrido en ellos.

- ¡Qué diablos! – exclamó el médico, aterrado, mientras se apartaba de aquella criatura.

La pequeña entonces se incorporó de súbito, como impulsada por un resorte, y abrió de una manera desproporcionada su boca para emitir un bramido rudo e ininteligible. Después se desplomó, como si hubiera perdido su último hálito de vida.

2. México D.F., redacción del periódico “Las Noticias”

José Antonio Sancho caminaba pesadamente entre las mesas de la redacción del periódico en el que venía trabajando los últimos cinco años. Tras mucho tiempo deambulando de medio en medio por fin algo de estabilidad, y sin embargo... Ahora su puesto de trabajo estaba en peligro. *Las Noticias* llevaba meses sin tener una exclusiva que llevarse a la boca: los diarios cada vez se vendían menos y tampoco la versión digital tenía una gran audiencia. Resultado: los ingresos publicitarios habían descendido enormemente, y eso iba a suponer un recorte en la plantilla. Todos los sabían.

Pero para José Antonio era todavía peor. Había llegado procedente de España, de donde era oriundo, con la esperanza de dejar atrás un pasado manchado por dos rotundos fracasos: uno profesional y otro amoroso. Si lo echaban de *Las Noticias* se encontraría en un país que no era el suyo y además sin empleo. No quería ni pensarlo, aunque ahora resultara casi inevitable hacerlo. Llegó a su mesa y encendió su ordenador con desgana. Miró su agenda de contactos para ver a quién podría telefonar esa mañana. Quizá detrás de un nuevo asesinato, algún secuestro o una riña entre bandas mafiosas podría estar la historia que llevaba tiempo buscando: una que impulsase su carrera y que despertase en el ciudadano medio la pasión por volver a leer, por volver a seguir un caso desde el lado independiente de un periodista maduro que ya no tenía nada que perder. Fue entonces cuando le sobresaltó el sonido del teléfono de su mesa.

- Al habla Sancho, ¿quién es?

José Antonio esperó unos segundos. Era extraño que le llamasen al terminal fijo, en una época en la que ya todo el mundo disponía de su celular. Por unos segundos pensó que podría tratarse de Amador, el jefe de personal, que le iba a comunicar su despido.

- José Antonio, soy Liliana, de recepción. Llama una persona muy nerviosa. No sé si es un charlatán... Dice que están sucediendo cosas extrañas en las afueras de Guadalajara, y que quiere hablar con un periodista de sucesos sin prejuicios. He pensado que tú...

La buena de Liliana, siempre tan atenta. En lugar de transmitir la llamada al jefe de redacción se la pasaba a él. Era una oportunidad. Lo mismo se trataba de las divagaciones de un chalado, pero su intuición le decía que esta vez era la ocasión que andaba buscando.

- Pásame la llamada. Y gracias, te debo una más...

A los pocos segundos pudo escuchar la respiración agitada de un hombre mayor al otro lado de la línea.

- El periodista de sucesos de *Las Noticias* José Antonio Sancho al habla – dijo en un tono neutro, cargado de profesionalidad.

- Se... señor...

- ¿Sí?

- Mire, le llamo desde Zapotlanejo, Jalisco, cerca de Guadalajara...

- Sí, sí, conozco la ciudad. He estado allí en un par de ocasiones.

El hombre pareció calmarse al escuchar que José Antonio sabía dónde se encontraba. Estaba como asustado, y hablaba entrecortadamente.

- Están sucediendo cosas extrañas...

- Le ruego que se explique.

- Posesiones... demasiadas posesiones...

Sancho sintió que se hundía un poco en su silla. ¿Posesiones? Liliana tenía razón, un nuevo chiflado que perturbado por haber transmutado su sangre en cerveza y tequila llamaba para hacer

partícipe de sus pesadillas al primero que quisiera hacerle caso.

- ¿Posesiones? Puede ser un poco más preciso...
- El diablo. Creemos que el diablo está detrás de todo esto. Aquí en Zapotlanejo ya van tres niñas poseídas; pero es que en Tonalá hay otros tres casos, en Puente Grande otros dos y en El Salto dos más...

El hombre que le hablaba no parecía un mamarracho. Aunque un tanto confundido, el tono de su voz y la forma de expresarse denotaban un cierto nivel educativo.

- ¿Y usted cómo ha tenido conocimiento de estos casos?
- Soy médico. Pertenezco al IMSS-Oportunidades, y atiendo a los barrios más pobres y conflictivos... Todas estas niñas son de familias humildes, que viven casi en la indigencia. He atendido personalmente ya a siete de esas criaturas. Todas presentaban síntomas similares y al final los casos han ido cayendo en mis manos. Es horrible...
- Pero, ¿por qué recurre a un periodista?
- ¡Porque yo soy un médico! ¿A quién puedo andarle contando que pienso que un puñado de chiquillas están poseídas? ¡No lo entiende!

José Antonio aguardó unos instantes. Su instinto le corroboraba que allí detrás había una historia. Quizá la *Gran Historia* que necesitaba. Si salía con su coche ya mismo al caer la tarde podría estar en Zapotlanejo sin problemas, tomando la Federal 15.

- Necesito verle en persona. Necesito que me facilite sus datos y corroborar esta historia.
- Estoy dispuesto a colaborar. Pero pongo una condición... Usted mantendrá a salvo mi identidad. Quiero que alguien ayude a esas niñas, pero también deseo desvincularme cuanto antes de este asunto.
- Cuente con ello.

Mientras Sancho anotaba la dirección del médico en Zapotlanejo y el número de su celular, sintió que las piernas le temblaban. Era el temblor agradable de la excitación que provoca encontrarse frente a un reportaje de fábula. Ya no tenía dudas: ese caso iba a cambiar su destino para siempre.

3. Pequeña iglesia en Coyoacán, delegación de México D.F.

El padre Salas acababa de finalizar la misa de la tarde y estaba recogiendo el cáliz, la estola y la casulla y las estaba doblando con sumo cuidado cuando sintió que alguien entraba de nuevo en su pequeño templo. Pensó que sería algún parroquiano que deseaba hablar con él en la intimidad, una vez el resto de feligreses hubiesen abandonado la iglesia. Pero cuando se giró para ver a su intempestivo huésped descubrió un rostro familiar y un súbito estremecimiento hizo que todos los enseres que portaba entre las manos se le escapasen, desparramándose sobre el suelo del altar.

- Padre Salas, después de tanto tiempo pareciera que ha visto usted al mismísimo *maligno*, en lugar de a un viejo amigo – dijo el hombre, esbozando una sonrisa, mientras se aproximaba a él y trataba de ayudarlo a recoger el cáliz.

El padre Salas no había reconocido en aquel hombre a ningún *ángel caído*, pero sí a la mano derecha del Arzobispo de la Archidiócesis Primada de México. Y que hubiera ido a visitarlo hasta su pequeño retiro en una iglesia en ruinas perdida en Coyoacán no podía significar nada bueno para él.

- ¿Qué quieres de mí? – inquirió el padre Salas de forma directa, tuteando a su interlocutor.

El visitante dejó el cáliz sobre la mesa del altar y después se aproximó más al cura, para poder posar ambas manos sobre sus hombros.

- Siempre has sido un hombre inteligente. Posiblemente uno de los más inteligentes que jamás haya conocido.
- Y tú uno de los más astutos...
- No sé cómo tomarme ese comentario... Pero debo ser humilde y mostrarme resignado, porque estás en lo cierto: te necesitamos.
- Sabes bien, como lo sabe también el Arzobispo, que nada que podáis necesitar de mí me interesa. Por eso me retiré a esta pequeña iglesia. Aquí estoy en paz con Dios, aquí ayudo a gentes humildes y soy de utilidad a Nuestro Señor – replicó el padre Salas, mientras elevaba su mirada para contemplar, buscando algo de calma, al Cristo crucificado.

El visitante se alejó unos pasos, y dirigió la vista hacia las dos hileras de bancos destartados que podían acoger como mucho a un centenar de almas, el más transitado de los días.

- Padre, jamás hubiera venido a verte por un interés personal, y muchísimo menos me hubiera obligado a hacerlo el Arzobispo. Tenemos bien claro que no quieres saber nada más de nosotros, y te hemos respetado durante bastante tiempo, aunque no compartamos tu decisión – declaró con cierta tristeza la mano derecha de la máxima autoridad de la Iglesia Católica en México, antes de volver a encararse a su interlocutor -. Si me he visto obligado a llegar hasta aquí es porque de verdad te necesitamos. De verdad le necesitan...

El padre Salas retrocedió torpemente unos pasos. Se sentía mareado y confundido. A su mente regresaban episodios de su vida que creía haber dejado atrás para siempre. Y que bajo ningún concepto deseaba volver a revivir.

- ¿Quién puede necesitarme?
- ¿No ves la televisión? ¿No escuchas la radio? ¿No lees la prensa? ¿Ni siquiera navegas por Internet, ahora que está tan de moda?
- Apenas... Me dedico a rezar, a leer la Biblia, a los fieles y a tratar de ayudar a los más

necesitados...

El visitante le dio un ejemplar de aquel mismo día del periódico *Las Noticias*, uno de los más leídos en el D.F.

- Pues estas niñas te necesitan, padre Salas. Es usted el único que puede salvarlas. Mañana le esperamos a las once de la mañana en los despachos de la Catedral Metropolitana. Ahora queda en tu mano qué harás, yo ya te he transmitido el mensaje. Habla con el Señor esta noche... - musitó el visitante, mientras se alejaba de él, dejándolo nuevamente a solas en su mísero templo.

El padre Salas leyó el titular a cinco columnas del periódico *Las Noticias* que le había tendido su visitante: “*Al menos ocho casos de posesión confirmados en Jalisco*”. Firmaba la crónica un tal José Antonio Sancho.

4. *Puente Grande, estado de Jalisco (unos días antes)*

José Antonio llevaba una semana pateando los alrededores de Guadalajara. Había visitado Zapotlanejo, El Santo y Tonalá, y en cada uno de los pueblos había podido conocer de forma personal a las niñas supuestamente poseídas. No había visto nada que le deslumbrara, y comenzaba a pensar que aquel médico estaba tan majara como las familias de aquellas pobres chiquillas. Era cierto que mostraban signos de padecer alguna enfermedad, posiblemente mental, y que sus cuerpos demacrados producían una inmediata sensación de angustia y compasión. Poco más...

- Es ahí, ¡ahí mismo! – gritó el facultativo, sobresaltando al periodista y apartándolo de sus reflexiones.
- ¿Aparco aquí?
- Sí, esa es la casa...

Sancho estacionó su vehículo en una callejuela estrecha y mal asfaltada que culminaba en una explanada cubierta de matorrales resecos. La casa estaba aislada y se veían en la fachada de dos alturas los ladrillos sin enlucir. Parecía tener un corral anexo construido con piedras apiladas, y de fondo se escuchaba un continuo cacarear de gallos y gallinas.

- Son gente humilde, pero buena. Vamos, entre conmigo y no se preocupe.

José Antonio todavía no le había manifestado al médico a las claras su profunda decepción. Todavía debía esperar a que la ronda terminase, y entonces le diría, de la forma más delicada posible, que allí no sucedía nada extraño, y que como mucho esas criaturas estaban infectadas por algún particular virus y que lo mejor era poner de inmediato en alerta a las autoridades sanitarias.

- ¿Cómo se llama la niña? – preguntó Sancho, ya en un tono que se había vuelto rutinario.
- Adelina... - casi suspiró el médico.

El periodista anotó el nombre en una pequeña libreta que llevaba consigo y siguió al médico al interior de aquella humilde construcción. Les recibió la madre de la criatura, que se encontraba en aquel momento sola en la casa con Adelina, pues su marido y su otro hijo se habían marchado a trabajar al campo.

- Doctor, ahora mismo la niña duerme. En realidad, como ya le dije, se pasa casi todo el día tumbada en el sofá.

La madre hablaba en susurros. Parecía agotada y hastiada de soportar una situación que sobrepasaba su entendimiento.

- ¿Ha vuelto a tener fiebre? – inquirió el médico, acercándose a Adelina, que yacía sobre un sofá desvencijado y al que se le veían aquí y allá las tripas de poliéster.
- No. Ha estado más o menos tranquila desde su última visita, pero no ha despertado en ningún momento.

El doctor auscultó a la niña y le tomó el pulso. Nada más terminar agitó la cabeza, consternado.

- Siguen esas extrañas crepitaciones, y el pulso ronda las 30 pulsaciones por minuto...

Sancho se impacientó. Había escuchado parecidos diagnósticos en las siete visitas anteriores. Sabía que esas pulsaciones eran inusualmente bajas, casi incompatibles con la vida, y que las crepitaciones que escuchaba el doctor podían indicar que las chiquillas tenían pulmonía o cualquier otra afección respiratoria. Pero eso era todo. Estaba perdiendo el tiempo, y el jefe de redacción de *Las Noticias* la paciencia, de modo que no pudo evitar emitir un largo resoplido.

- ¿Le aburre este trabajo? – preguntó de forma directa la madre.

- Yo... Esto, lo siento... no quería – mascullo torpemente el periodista, sorprendido ante la reacción casi felina de aquella mujer.
- No es médico. Es un periodista que he traído conmigo, por si puede echar una mano – intermedió el doctor, antes de que la cosa fuese a mayores.
- ¿Un periodista? Adelina no necesita de ningún periodista – sentenció la mujer.
- Escuche... ya sabe que creo, al igual que usted y su marido, que Adelina está poseída. Pero eso no es algo que yo pueda poner por escrito sin más... Necesito que otra persona... digamos... se implique, ¿me comprende?

José Antonio no pudo contenerse tras aquella conversación que rozaba lo esperpéntico. ¿Cómo podían estar hablando tan tranquilamente de posesiones! ¿Estaban todos locos y él era la única persona cuerda? Debía sincerarse.

- Por favor, ¡doctor! He sido paciente, he guardado silencio por respeto hacia usted y hacia las familias de estas pobres niñas, pero ya no aguanto más. ¿Qué hace un facultativo hablando de posesiones! ¿Está usted *majara*? Mientras pierde el tiempo hablando de insensateces, estas chiquillas siguen enfermas y sin recibir el tratamiento adecuado.

El médico lo miró estupefacto, totalmente desconcertado. No esperaba aquella reacción después de una semana juntos visitando a casi todas las niñas. Sin embargo el rostro de la mujer se ensombreció, cargado de ira y rabia.

- ¿De dónde viene usted, señor periodista? Seguro que del D.F. Tiene toda la pinta. Y piensa que somos unos analfabetos perdidos en un pueblo de Jalisco, ¿verdad?
- Disculpe, no pretendía ofenderla, señora. Pero debe entender que su hija está enferma, y que pensar en demonios y posesiones no la ayudará a curarse – musitó el reportero, midiendo mucho sus palabras.

La mujer se dirigió hacia una alacena en la que había un crucifijo de color dorado, de unos 20 centímetros de altura. Luego regresó al lado de su hija y le puso el crucifijo en el pecho. De repente Adelina comenzó a agitarse y a convulsionarse levemente, emitiendo una especie de gruñidos, semejantes a los de un animal herido. Luego se enderezó y se quedó absolutamente paralizada, como un tablón, y empezó elevarse lentamente del sofá, levitando casi medio metro por encima del mismo.

- ¿Qué me dice ahora, periodista? ¿Qué me dice ahora! – gritó la madre a pleno pulmón, arrebatada por la angustia, mientras clavaba sus intensas pupilas en Sancho.

José Antonio, aterrado ante lo que contemplaban sus ojos, casi perdió el equilibrio. ¿De qué clase de espectáculo estaba siendo testigo? ¿Acaso había perdido también él la razón? ¿Cómo era posible que aquella criatura estuviese flotando en el aire? Estaba claro: la *Gran Historia* que necesitaba, la que llevaba meses aguardando desesperado, ahora se mantenía suspendida en mitad de una precaria estancia, como sostenida por hilos invisibles, a apenas un metro de distancia de sus narices.

5. Catedral Metropolitana, México D.F.

El padre Rincón aguardaba en una de las muchas capillas que rodean el coro de la Catedral Metropolitana, sede de la Arquidiócesis Primada de México. No la había escogido al azar: desde niño se había encomendado a Nuestra Señora de Guadalupe, que se le aparecía en sueños y le guiaba hacia su verdadera y única vocación: servir a Dios. Por eso en las contadas ocasiones que visitaba la espléndida Catedral solía rezar en esa capilla en concreto, que tenía un altar reservado a la santísima. Mientras terminaba de orar, sintió que un hombre corpulento se arrodillaba a su lado.

- Debemos partir, padre Rincón. Deseo entrar en contacto con esas niñas lo antes posible. Satán no espera ni por usted, ni por mí, ni por nadie...

El padre Rincón se giró y contempló a su acompañante. Jamás lo había visto antes, pero sabía que se trataba del padre Salas, el exorcista más importante de toda América del Norte. No pudo reprimir un gesto contenido de profundo respeto y emoción. Que hubieran confiado en él para ayudar al padre Salas suponía una enorme responsabilidad, pero estaba dispuesto a asumirla con diligencia y entrega.

- Sabe que me tiene a su entera disposición, padre Salas. Tenemos casi seis horas de carretera por delante, ¿quién prefiere que conduzca?
- Usted. Yo cada vez me siento más viejo y más torpe.

Los dos hombres abandonaron la Catedral. En calle Monte de Piedad les aguardaba un hombre junto a un automóvil.

- Que Dios les guíe y les ayude en su misión – dijo, entregándoles las llaves del coche.
- ¿Está en el maletero todo lo que solicité?
- Así es, padre Salas.

Apenas media hora más tarde dejaban atrás las concurridas y atestadas calles del D.F. en dirección a alguno de los pueblos más diminutos del estado de Jalisco.

- Es un honor poder acompañarle, padre Salas – manifestó, algo turbado, el padre Rincón.
- ¿Sabe usted por qué le han encomendado esta misión?
- Lo desconozco.
- Porque es joven, está sano y fuerte. Además, estoy convencido de que hasta la fecha no ha sufrido jamás en su vida una *crisis de fe*. Si de verdad vamos a enfrentarnos a Satán todas esas virtudes le van a hacer falta.
- También soy devoto, padre.

El padre Salas miró con misericordia a su acompañante. Tenía la misma aureola limpia que él, hacía ya de eso muchos años.

- ¿Por qué quiere ser exorcista?
- Porque deseo liberar del Maligno a las personas que sufren por su culpa. Creo que es una labor maravillosa, y por ingrata que resulte alguien debe acometerla.
- Ya le habrán enseñado que lo primero que debe hacer un buen exorcista es aprender a dudar, incluso a desconfiar.
- Estaré preparado.
- Son muchos los que confunden la enfermedad mental con la posesión, ¿me entiende?
- Sí, eso es bien cierto. Aunque ya leí los informes: ya hay un doctor que afirma con rotundidad que lo de esas niñas no tiene explicación médica.

- Veremos... Ojalá todos estén equivocados.
- Usted es sicólogo y psiquiatra. Usted sabe diferenciar mejor que nadie la enfermedad mental de la verdadera acción de un demonio.

El padre Salas pegó su rostro contra la ventanilla de la puerta derecha del automóvil. El paisaje se desdibujó, y a su mente acudieron imágenes horribles del pasado.

- Créame, padre Rincón, cuando una persona que tienes delante está de verdad poseída el sentido común es suficiente para tener la certeza de que no se trata de enajenación o de una farsa. Satán no se anda con chiquilladas...

6. *Hotel NH Guadalajara, Guadalajara, estado de Jalisco*

José Antonio Sancho no podía creer que estuviera viviendo ese momento, después de tantos meses de incertidumbre. Al fin había encontrado una historia que había captado la atención del director de su periódico y le estaba dotando de los medios necesarios para poder afrontar el reto con garantías.

Además, poco le importaba ya que otros periódicos o incluso algunos canales de televisión llegasen a la zona, atraídos por el morbo de una noticia tan extraordinaria como atractiva: él era el único contacto de la fuente más fiable, un médico que deseaba seguir en el anonimato; y encima se había ganado la confianza de las familias, que posiblemente se negarían en redondo a tratar un asunto tan delicado con cualquier otro reportero.

En los últimos días había asistido, incrédulo, a algunas escenas tan sobrecogedoras como asombrosas. Desde levitación o movimiento de objetos a distancia, hasta contorsiones imposibles para un cuerpo humano o escuchar hablar en lenguas ininteligibles, posiblemente muertas, que él consideró podía tratarse de arameo o de hebreo antiguo, aunque eran especulaciones sin fundamento.

Y ahora llegaba la implicación de la Iglesia Católica. Había sido citado nada menos que por el Arzobispo de Guadalajara para prestar testimonio de lo que había visto con sus propios ojos. Él había sido sincero, había contado la verdad, sin exagerar, aunque ansiando que todo aquello acabase de la manera en la que había concluido: abriéndose la posibilidad de iniciar un proceso de exorcismo para liberar a las niñas poseídas de los demonios que se habían apropiado de sus cuerpos. Ningún periodista podía pedir más. Si sabía jugar con astucia sus cartas, la noticia no sólo tendría alcance nacional, podría llegar a llamar la atención de medio planeta.

Sancho, que ya estaba haciendo su particular *cuento de la lechera* en la mente, se sobresaltó cuando el teléfono de su habitación sonó con estridencia.

- ¡José Antonio!

Era el médico que le había confiado aquella historia fascinante, y que le había facilitado los informes que había luego pasado a la Archidiócesis de Guadalajara, que manifestaban que las chiquillas no padecían, en principio, enfermedad o desequilibrio mental aparente.

- Sí, dígame, ¿qué sucede?

- Debe usted venir con urgencia. Alguien tiene que ser testigo de lo que está sucediendo.

La voz del doctor sonaba precipitada y llena de terror al otro lado de la línea.

- ¿Dónde se encuentra?

- En la casa de la niña Valeria, en Tonalá.

Sancho repasó su libro de notas con agilidad, y en apenas unos segundos encontró la dirección. Tenía un apartado para cada una de las diez criaturas endemoniadas.

- Salgo hacia allá de inmediato, no tardaré nada. ¿Qué está sucediendo? ¿Cómo se encuentra Valeria?

- La niña no es el problema. Ella se ha recuperado, es un milagro. El problema es su madre, está como aletargada, y...

- ¿Qué? ¡Doctor!

- ¡Está extinguiéndose! Sus manos se han convertido en ceniza negra delante de mis propios ojos. Se lo suplico, ¡no se demore!

7. *Zapotlanejo, estado de Jalisco*

Las direcciones exactas de cada una de las chiquillas supuestamente poseídas eran un secreto celosamente guardado. Ni a la Iglesia, ni a las familias, ni al periodista que se había hecho con la exclusiva de la noticia les interesaba que se difundieran por todos los medios de comunicación: por suerte era algo que podía mantenerse con discreción durante algún tiempo. Pero el padre Salas sabía que tarde o temprano Guadalajara y sus alrededores podían convertirse en un enjambre de reporteros a la caza de una declaración, una grabación o una instantánea con la que seducir a su audiencia.

- Hemos llegado – declaró el padre Rincón, señalando el GPS con el que iba dotado el vehículo.

Para no llamar demasiado la atención, ambos sacerdotes iban vestidos con ropa informal, y sólo de cerca el alzacuello podía delatar su condición. Sacaron del maletero una valija y se dirigieron con paso firme hacia la única casa de la apartada calle. Apenas había cinco o seis más en las proximidades.

- Le ruego se abstenga de hacer observaciones en voz alta, y si desea comentar algo me lo diga en privado o al oído. Tanto la niña como los padres están en una situación emocional delicada, y cualquier manifestación torpe por nuestra parte podría ser malinterpretada – advirtió el padre Salas a su colega, antes de llamar a la puerta enrejada de un vivienda humilde de una sola altura, construida con ladrillo y cemento sin enlucir.

- Así lo haré.

Los padres dejaron pasar a los religiosos, a los que ya esperaban desde recién iniciada la tarde. Eran muy mayores para la edad de la niña, y se les notaba agotados y sin esperanza.

- Ahí descansa nuestra pequeña Zoé. Se pasa casi todo el día durmiendo, pero de cuando en cuando despierta y entonces comienza nuestra pesadilla... - indicó la madre, con la voz mustia, apagada.

La niña, de nueve años, cuerpo enjuto, piel morera y media melena muy oscura, dormitaba. Tenía los labios resecaos, como si hubiera caminado por un desierto durante días, y legañas incrustadas en ambos ojos. La respiración era irregular: tan pronto una sacudida agitaba su pecho como de nuevo volvía a estar relajada, sumida en un profundo sueño.

Los sacerdotes fueron sacando de la valija que habían traído diversos objetos: un par de frascos con agua bendita, dos biblias, un crucifijo de oro sobre una base de madera de unos 20 centímetros de alto, una medalla de San Benito, un par de casullas de blanco immaculado y dos estolas de color morado.

- Padre Rincón, póngase la casulla y la estola sobre la ropa y mantenga en la palma de su mano la medalla de San Benito.

El cura obedeció, mientras el padre Salas se cubría igualmente con la casulla y se colocaba la estola. Luego tomó el crucifijo y se aproximó a la niña. Con determinación, posó uno de los extremos de la estola sobre su cabeza.

- ¡Satán, si estás en el cuerpo de esta criatura, te ordeno por el poder que Dios me ha concedido que te manifiestes!

La chiquilla apenas se agitó levemente. Los padres, aterrados, se abrazaron y se apartaron para no molestar a los pastores.

- ¡Satán, te ordeno que te manifiestes!

La niña siguió dormitando. Entonces el padre Salas acercó el crucifijo a la espalda de la chiquilla

y se lo pegó al cuerpo. Un denso humo violáceo salió de la piel de la pequeña, que se incorporó bruscamente, emitiendo un largo alarido. Tenía los ojos abiertos, completamente en blanco. El cura ni se inmutó.

- Satán, ¡abandona el cuerpo de Zoé!

La chiquilla abrió la boca y un jugo verdoso se derramó por la comisura de sus labios. Después sujetó de uno de los brazos al padre Salas y le dirigió una larga parrafada en una lengua ininteligible. Era la voz cavernosa de una bestia, no la propia de una niña de tan sólo nueve años de edad.

El padre Salas se giró y comenzó recoger las cosas. La pequeña Zoé, a su espalda, volvió a relajarse y pareció quedarse profundamente dormida.

- Señor, ¿está poseída nuestra hija, o ha perdido la razón? – inquirió la madre, asustada.
- Lamento decirle que creo que está poseída. Voy a dar parte esta noche a la Archidiócesis, y en cuanto reciba la autorización iniciaremos el rito de exorcismo, si están dispuestos...

Los padres se miraron y contestaron afirmativamente al unísono con la cabeza. Seguían abrazados. Los curas terminaron de meter todas sus pertenencias en la valija y regresaron al vehículo. El padre Rincón estaba desconcertado.

- ¿Ya tiene las pruebas de que se trata de una posesión?
- Al menos en este caso, sí.
- ¿Y cómo puede estar tan seguro?
- Ese humo que salió al ponerle la cruz sobre el cuerpo es difícil de impostar. Los ojos en blanco y la xenoglosia...
- ¿Xenoglosia? Hablaba una lengua desconocida... ¿Cuál era?
- Me ha hablado en arameo. En lo que me dijo obtuve la prueba definitiva: la gnosis.

El padre Rincón notó en su interior una viva emoción que no pudo disimular. Aunque sentía una profunda pesadumbre por la pequeña Zoé, parte de su ser llevaba tiempo deseando enfrentarse a una verdadera posesión. Y el padre Salas no era alguien a quien pudiera engañarse con facilidad.

- ¿Sabía cosas sobre su pasado? Disculpe mi indiscreción, pero, ¿qué le ha dicho?
- Me ha dicho que no era Satán. Me ha dicho que era Baal-Zebub, *El Señor de las Moscas*, más conocido como Belcebú. Me ha dicho que me conocía, que yo había estado ya en su templo hacía algunos años, en Palmira, en Siria. Y, finalmente, me ha dicho que sabía que yo le tenía miedo, y que no iba a ser capaz de expulsarlo de allí.

8. Tonalá, afueras de Guadalajara, estado de Jalisco

A José Antonio apenas le llevó media hora alcanzar el domicilio de Valeria, en Tonalá, municipio casi incrustado en la propia ciudad de Guadalajara. Se bajó del auto casi en marcha y entró en la vivienda, que tenía la puerta entornada. Llevaba su cámara Nikon HD en la mano, con las baterías bien cargadas y preparada para grabar.

- ¡Ya he llegado!

El médico salió a su encuentro. Tenía el rostro desencajado, y los ojos enrojecidos: seguramente llevaba bastante tiempo sollozando.

- ¡Es horrible! Sígame...

El doctor condujo al periodista hasta una pequeña habitación. La madre de Valeria, antaño de tez blanca, tenía la piel ennegrecida, como un cuerpo carbonizado, y había perdido ya casi todas las extremidades, que se habían convertido en ceniza. Sancho se quedó paralizado durante unos segundos por el terror que le provocaba la escena, pero de inmediato se puso a registrar el fenómeno con su cámara.

- ¿Existe alguna explicación médica para esto? – preguntó el reportero.

- ¿Explicación? ¡Está usted loco! Esto es absolutamente incomprensible...

José Antonio sabía que la mujer seguía viva porque emitía casi inaudibles lamentos. Impotente, siguió grabando aquel proceso alucinante que estaba convirtiendo en fino polvo negro a una persona delante de sus propios ojos. Al cabo de diez minutos la desdichada dejó de sufrir, y enmudeció para siempre. La blusa que llevaba fue cediendo paulatinamente, hasta quedar sobre el sofá como si jamás hubiera ocultado torso alguno. Finalmente la metamorfosis alcanzó el rostro, ya completamente negro, y lentamente fueron convirtiéndose en cenizas los párpados, los ojos, las orejas, la nariz, las mejillas... Quedó expuesto al poco el cráneo, que en segundos se desintegró igualmente. Cuando Sancho dejó de grabar del cuerpo de lo que había sido la madre de Valeria sólo quedaban sus ropas, su cabello y una montonera de finas partículas que se iban esparciendo por el suelo.

- ¿Qué ha sucedido?

El médico estaba postrado de rodillas, de espaldas al sofá. Parecía rezar.

- No lo sé. Me telefoneó, me dijo que se encontraba muy mal. Me dijo también que había logrado salvar a su hija, pero que el mal había penetrado en su cuerpo. Me suplicó que acudiera a ayudarla, pero cuando llegué lo único que se me ocurrió fue telefonearle.

- He grabado todo. Creo que primero voy a hacer una copia de seguridad, para que nadie pueda negar que hemos sido testigos de este suceso, y después voy a acercarme a la Archidiócesis de Guadalajara. ¿Quiere acompañarme?

El doctor comenzó a chillar, como si lo estuvieran mortificando con yerros candentes. Restregaba su cuerpo por el pavimento, como una culebra asustada rodeada por el fuego.

- ¡No, no, y mil veces no! Ya no quiero tener nada que ver en este asunto. Desisto, dimito, lo dejo en sus manos. Lo siento, he llegado al límite...

Sancho se acercó al médico y le posó amablemente su mano en la cabeza. El hombre gimoteaba, enloquecido.

- Le entiendo. Ha llegado muy lejos. Todavía no sé ni cómo diablos estoy asumiendo yo todo esto con tanta tranquilidad.

José Antonio fue en busca de la niña. Estaba en su habitación, recostada en su cama. Parecía dormir, pero su expresión denotaba relajación y salud: mostraba un aspecto completamente

distinto a la última vez que la vio. Se sentó junto a ella y la agitó levemente, para despertarla.

- Valeria, Valeria...

La niña abrió los ojos y le miró desconcertada. Parecía regresar de un sueño infinito.

- ¿Quién es usted?

- ¿No recuerdas nada?

La pequeña se pasó las palmas de las manos por los ojos, como tratando de espabilarse y de hacer memoria.

- ¿He tenido una pesadilla?

- Sí, has tenido una larga pesadilla. ¿Qué sucedió antes de quedarte dormida?

La chiquilla miró al techo, como si en la blanca escayola pudiera ver como en el cine los hechos pretéritos.

- Estaba cerca de un lago... Jugaba con otras niñas – musitó.

- ¿Estás cansada?

- Sí, tengo mucho sueño. ¿Dónde están mi papá y mi mamá?

- Tranquila, ahora duerme. Cuando descanses será el momento de volver a verlos.

Sancho paseó por la casa, en busca del padre. No lo encontró. Tampoco al doctor. Pero si halló algo que llamó poderosamente su atención, sobre la mesa del salón: dos libros, dos manuales sobre cómo practicar exorcismos. Los cogió, salió a la calle y los escondió bajo el asiento del conductor de su vehículo, y guardó la cámara en la guantera con llave. Después regresó a la vivienda y se quedó junto a Valeria, deseando que su padre estuviera trabajando y que no tardase demasiado en volver a su casa.

9. Catedral de Guadalajara, Guadalajara, estado de Jalisco

La Catedral de Guadalajara, también conocida como Catedral Basílica de la Asunción de Santa María, es uno de los monumentos más espectaculares y visitados de la capital del estado de Jalisco. El edificio ha soportado numerosos seísmos, aunque tanto su torre norte como la cúpula se encuentran algo dañadas.

En uno de los despachos que acoge en sus entrañas se veían las caras por primera vez José Antonio Sancho, el padre Salas y el padre Rincón. Los tres hombres recién habían terminado de visionar la grabación que el primero había realizado en el hogar de la pequeña Valeria.

- ¿Y dice que la niña se encuentra sana y salva? – inquirió el padre Salas.
- Podemos ir a verla. Ahora está con su padre, aunque ambos están desolados. Desde luego no les he mostrado el vídeo.
- Señor Sancho, usted puede ser un aliado en esta dramática situación o un grandísimo enemigo.
- Espero no ocasionarles ningún perjuicio, ni a ustedes ni a las niñas. Pero también tengo mis prioridades, como periodista.
- ¿Es usted creyente?

José Antonio se acarició muy lentamente la barba de tres días. Tenía ante sí a dos sacerdotes, pero debía ser sincero.

- Creo que dejé de serlo... Pero quizá recupere la fe, no lo sé. En estos últimos días he sido testigo de hechos increíbles, algunos tan horribles como el que les acabo de mostrar.
- En el fondo algo de escepticismo siempre viene bien, ¿sabe?
- Imagino que para un reportero así es – respondió el español, sin tener muy claro qué había querido señalar el cura.
- Le rogaría que no hiciera públicas esas imágenes, de momento. Acabamos de recibir la autorización para realizar los exorcismos a esas pequeñas, y si los medios acuden como un enjambre nos volveremos todos locos.
- ¿Qué quiere proponerme?

El padre Salas se acercó al periodista, como lo hubiera hecho con un amigo al que le uniese una larguísima relación.

- Acompañenos, sea usted testigo de nuestro trabajo, asista a todo el proceso de exorcismo y regístrelo. A cambio le imploro que mantenga la máxima discreción hasta que hayamos liberado a esas niñas de Belcebú. Una vez todo haya terminado, y espero que así sea, podrá quedarse con la exclusiva, y difundir la noticia. Eso sí, tanto nuestras identidades como la de las familias deberán quedar siempre resguardadas.

Sancho lanzó un resoplido y meditó durante algunos segundos. Debía sopesar con cuidado los pros y los contras de aquella oferta.

- De acuerdo, acepto. Pero tendré que ir mandando un reporte diario a mi periódico, o mi director me obligará a regresar al D.F.
- ¿Qué le parece contar paso a paso cómo se realiza un verdadero exorcismo?
- Quizá eso será suficiente.

Los dos hombres se estrecharon la mano. El español sintió que su *gran historia* estaba cobrando cuerpo, haciéndose más grande, más relevante. Ya se imaginaba escribiendo hasta un libro acerca de sus experiencias: se lo iban a rifar las grandes editoriales de USA. Entonces recordó dos

aspectos importantes y decidió que al menos de momento compartiría uno de ellos con los feligreses. Rebuscó en su maletín y le tendió al padre Salas los libros que había hurtado de la casa de Valeria.

- Encontré esto en la vivienda de la niña. Quizá tenga relación con lo que le sucedió a la madre.

El padre Salas analizó ambos volúmenes, algo asombrado. Después dedicó unos minutos a hojear con esmero sus páginas.

- Esa buena mujer debió habernos esperado. Quizá hemos tardado demasiado, y no debemos perder más tiempo.

- ¿Qué cree que sucedió? – preguntó el padre Rincón, que no pudo reprimir su curiosidad.

El padre Salas dejó los libros sobre una mesa y dirigió su mirada hacia una alta ventana, por la que entraba un potente haz de luz.

- Creo que la madre de Valeria fue muy valiente, y que desesperada trató de salvar a su hija como pudo. Y lo cierto es que tuvo éxito, aunque evidentemente no tenía ni la preparación adecuada ni la protección necesaria. Existe un fenómeno del que debemos siempre cuidarnos: el *choque de retorno*. Expulsó a Belcebú del cuerpo de su hija, pero el demonio de inmediato se introdujo en ella y se cobró su venganza de la manera más abominable.

10. Orillas de la Laguna de Chapala, estado de Jalisco

José Antonio no le había contado a los sacerdotes *todo* lo que sabía: tenía que reservarse alguna información para ir siempre con algo de ventaja. A pesar de todo, tenía muy claro que si se topaba con algo que pudiera ayudar a aquellas pobres chiquillas a salir de su estado de enajenación no dudaría en compartirlo con ellos.

La pequeña Valeria se había despertado antes de que su padre regresase finalmente a casa, ya muy entrada la noche. En ese tiempo pudo hablar con ella, y aunque la niña no recordaba nada de lo sucedido mientras había estado *poseída* sí que tenía muy claro lo acaecido justo antes de caer en dicho trance. Recordaba haber ido hasta Chapala con sus padres a celebrar el *día de muertos*, donde asistirían al Festival Vida y Muerte, que se había hecho famoso en todo Jalisco con rapidez, especialmente en los alrededores de Guadalajara, por su originalidad y colorido. Nada más llegar a la calle principal, la niña hizo amigas con facilidad, y mientras sus padres se dedicaban a disfrutar de los más de 80 impresionantes altares dispuestos a concurso, y de la rica gastronomía de la ciudad, se alejó hasta la orilla del lago en compañía de otras nueve niñas de su edad. Juntas fueron bordeando el lago, hasta llegar a una zona apartada, y allí, a modo de juego, una de las pequeñas, Gabriela, que el periodista sabía que residía en El Salto, había propuesto realizar un rito que había visto hacer a una de sus vecinas, cuyo objetivo no era otro que invocar a los muertos.

Valeria confesó que habían estado haciendo círculos y otros dibujos en la arena, y que con algunos palos habían construido una especie de pirámide. Luego se habían cogido todas de la mano y, entre risas, habían estado llamando a los muertos para que se comunicasen con ellas. Y, como es lógico, no sucedió nada. Todas volvieron al centro de Chapala como si tal cosa, y cada una regresó a sus respectivos pueblos y ciudades con sus padres. No fue hasta la noche cuando empezó a encontrarse mal, como si hubiera comido mucho... y ya no recordaba nada más.

Sancho se había acercado hasta Chapala: necesitaba alguna prueba de que lo que contaba la niña era cierto. Aparcó el coche en el centro y bajó la avenida Francisco Ignacio Madero, en dirección al Palacio Municipal. Sentía su corazón latiendo: la sangre le golpeaba el pecho, le percutía en las sienas, le sacudía las extremidades. Llegó hasta el Paseo Ramón Corona, con sus altas palmeras y sus maravillosas vistas al lago. Transitó la larga calle hasta que alcanzó los últimos restaurantes, que lindaban con una arboleda que se perdía en dirección a la enorme laguna. Guiado por su instinto, recorrió un pequeño camino de tierra, actuando, según su interpretación, como lo hubiera hecho un grupo de diez niñas intrépidas que estuvieran viviendo la aventura de sus vidas. Sus ojos escrutaban cada rincón, cada palmo de terreno, en busca de cualquier evidencia, como un detective que realiza una batida para localizar las pruebas de un crimen. Finalmente sintió un sobresalto cuando, ya muy cerca de la orilla, localizó la pirámide construida con pequeñas ramas que con tanto acierto le había descrito Valeria. Rodeando el poliedro se adivinaban algunos dibujos sobre la arena, pero el paso de los días y el viento los hacía apenas perceptibles. Pese a todo el reportero tomó una cantidad ingente de fotografías, desde todos los ángulos posibles. Tenía que documentar gráficamente el lugar en el que, posiblemente, las chiquillas habían realizado un rito que había tenido para las diez consecuencias fatales.

No supo discernir si sugestionado por todo lo que le venía acaeciendo, o si en realidad se había tratado de algo más físico, pero notó una especie de descarga eléctrica en la yema de los dedos cuando recogió la pirámide para meterla con sumo cuidado en una bolsa.

Como un vulgar ladronzuelo, Sancho regresó a hurtadillas hasta su vehículo y dejó la cámara y la

bolsa que contenía el extraño tetraedro, al que ya le había tomado un singular respeto, en los asientos traseros. No sólo había recibido una descarga, además se le había nublado momentáneamente la visión, como cuando uno siente vértigo y se marea.

Mientras conducía por la atestada Federal 44, de regreso a su hotel en Guadalajara, miles de ideas, conjeturas y preguntas se agolpaban en la mente del español: ¿Cómo había sido capaz Gabriela de realizar aquel rito? ¿Qué significado tenía la pirámide? ¿Qué habían dibujado las pequeñas sobre la arena? ¿Qué clase de invocaciones habían hecho? Pero había una cuestión que relegaba a todas las demás, que en realidad era la que más le atormentaba y sobre la que giraba todo su desasosiego: ¿De verdad era posible que en pleno siglo XXI un inocente ceremonial, realizado por un puñado de niñas, que sólo pretendían jugar, pudiera desatar la ira de un demonio, ocasionando una aterradora tragedia?

11. *Algún lugar recóndito de Guadalajara, estado de Jalisco*

El padre Salas daba vueltas en círculo, aguardando, enfundado en la casulla blanca y con la estola morada ya dispuesta sobre sus hombros. Murmuraba nervioso alguna letanía que espantase sus miedos.

- Ya han llegado todos – musitó el padre Rincón, asomando discretamente por una puerta.
- Entonces no perdamos más tiempo.

La Archidiócesis de Guadalajara había cedido un pequeño almacén, que en ocasiones servía para el acopio de alimentos no perecederos, para que el padre Salas pudiera acometer el rito de exorcismo con intimidad, y sin el temor de que la prensa los acosara, por si se filtraban los domicilios de las pequeñas. Siempre cabía la posibilidad de que uno de los padres se fuera de la lengua, por desesperación o por codicia, pero aun así toda la situación sería mucho más manejable en aquel lugar escondido y discreto.

La nave era una amplia estancia, con altas y estrechas ventanas rectangulares por las que apenas pasaba la luz. No había columnas, y el suelo era de cemento sin enlucir. Habían retirado todas las estanterías, mesas, sillas y otros enseres, con el fin de que el espacio quedase completamente diáfano. Las cuatro paredes habían sido igualmente desprovistas de cualquier adorno, y sólo tres de ellas tenían puerta: una la de entrada y salida, otra para acceder a los aseos y una última que comunicaba con un diminuto despacho.

El padre Salas se encontró con 22 personas que le aguardaban en tenso silencio: las nueve niñas, sus nueve madres, tres padres y el reportero del periódico *Las Noticias*, con el que había llegado a un pacto. Ya los conocía a todos, de modo que podía ir directo al grano y ahorrarse inútiles circunloquios.

- Vamos a iniciar un proceso de exorcismo de sus hijas. He recibido la autorización tanto del Arzobispo de Guadalajara como del Arzobispo Primado de México. Es un *tratamiento* duro, al que pueden por supuesto asistir, pero durante el cual no pueden intervenir. Si en algún momento alguno de ustedes no se siente con fuerzas para resistir la tensión que seguro se producirá, el padre Rincón les acompañará a este despacho o, si lo prefieren, al exterior del almacén.

El padre Salas hizo una pausa. Contempló los rostros alicaídos y atemorizados de aquellas madres y padres. Salvo una de las pequeñas, que apenas se sostenía ayudada por su madre, el resto parecían estar dormidas, en brazos de sus progenitores.

- Una persona va a registrar todo el rito. Lo hacemos tanto por su seguridad como para guardar testimonio del mismo, de modo que pueda ser de ayuda a futuras víctimas de posesión. Los rostros de sus hijas serán pixelados, ocultados, y sus nombres y apellidos se mantendrán a resguardo, de modo que sus identidades queden convenientemente protegidas. ¿Alguna pregunta?

El cura volvió a mirar a aquellas pobres gentes: eran personas humildes, había estado en sus viviendas y había conocido su precario entorno. Dudaba que estuvieran comprendiendo el alcance del proceso que estaba a punto de iniciar, pero sabía que confiaban en él. Quizá eso era lo más importante, lo único importante.

- ¿Pueden llegar a morir mi hija? – preguntó, casi en un susurro, el padre de Daniela, de El Salto.
- Pueden suceder muchas cosas, pero debemos tener fe, creer en el poder de Dios y en la

fuerza de sus hijas para expulsar a los demonios que las han poseído.

- Disculpe, padre, pero no ha respondido a mi pregunta...

El sacerdote notó que le temblaban los labios. A su mente regresaron imágenes del pasado que en su refugio de Coyoacán había logrado dejar atrás. Ahora se veía de nuevo envuelto en un duelo con un demonio, y sus peores pesadillas le hostigaban con fiereza.

- Sí, pueden agonizar, pueden perecer y hasta pueden llegar a arder de forma espontánea delante de nuestros ojos. Deben estar preparados. Pero no afrontar la situación sería asumir que las pequeñas terminen, más pronto que tarde, transformándose completamente en unas bestias atroces, péfidas y malévolas. Morir, ante tal perspectiva, me atrevería a decir que es un mal menor.

El padre Salas regresó al despacho y volvió con un frasco de agua bendita. Comenzó a rezar en latín, mientras iba salpicando con el agua el suelo, las paredes, el techo y a todos los asistentes. Sancho grababa, atónito, todo lo que el cura iba haciendo. Se sentía acongojado y exultante a la vez. De repente los muros de la nave crujieron estrepitosamente, y las niñas comenzaron a aullar, a gritar, a bramar violentamente como alimañas salvajes. Todos los asistentes se estremecieron, espantados, salvo el padre Salas, que siguió orando sin apenas inmutarse.

12. *El Salto, estado de Jalisco*

Sancho temía poder perderse algo interesante de lo que acontecía en la nave de Guadalajara, pero no podía dejar de investigar por su cuenta y lo que la pequeña Valeria le había relatado y lo que había descubierto en la orilla de la Laguna de Chapala precisaban respuestas.

Además, necesitaba imperiosamente seguir informando, pues el director de su periódico, que tan eufórico se había mostrado después de la acogida sensacional que había tenido en la opinión pública el reportaje sobre las niñas poseídas, comenzaba a impacientarse. Las breves notas que remitía comentando el proceso de exorcismo no le bastaban. El velo de silencio que la Iglesia había conseguido imponer en los medios de comunicación sólo habían acrecentado la sensación de que *Las Noticias* era en realidad el único periódico que tenía acceso directo a las fuentes, algo que por otro lado no dejaba de ser cierto.

El español estacionó su coche a las afueras de El Salto, muy cerca de la casa de Gabriela, que según la versión de Valeria era la niña que había dirigido las invocaciones. Era una zona de casas bajas y modestas, pero bonitas y bien cuidadas. Casi todas tenían un estilo arquitectónico muy similar, y estaban enlucidas en tonos claros de color rosa, turquesa y verde. Recorrió todas las calles una y otra vez, deteniéndose en cada uno de los portales, hasta que finalmente se topó con lo que andaba buscando: un cartel junto a una puerta abierta que rezaba *Yanet. Santera. Vidente. Amarres.*

José Antonio se quedó delante de la entrada de la vivienda dudando durante algunos minutos. Debía de ser prudente; tenía que encontrar la manera de obtener información sin despertar los recelos de aquella mujer, que quizá no había hecho nada malo ni tenía culpa directa en todo lo acaecido. Finalmente traspasó el umbral y un ambiente oscuro y denso, apenas iluminado por decenas de pequeñas velas, y un penetrante olor que él relacionó con el incienso, le recibió.

- ¿Yanet? – se atrevió a preguntar en voz alta.
- ¿Quién llama?

Una mujer bajita y algo gruesa, de mirada amable, voz dulce y gestos contenidos, surgió como de la nada.

- Mi nombre es José Antonio Sancho, soy reportero de *Las Noticias*, del D.F. Estoy realizando un reportaje sobre santería en el área de Jalisco, y me gustaría hacerle algunas preguntas.

La mujer se le quedó mirando unos segundos, antes de responder, como valorándole.

- Creo que no me dice la verdad, ¿qué quiere?
- Bueno, deseo saber si es posible invocar a un ser maligno.
- ¿De eso va a escribir en su periódico? Todos ustedes son iguales, sólo hablan mal de la santería...
- No, no. Yanet – dijo Sancho, tratando de ganarse la confianza de la adivina llamándola por su nombre-, precisamente deseo darle la oportunidad de expresarse para refutar todas esas calumnias.
- ¿Seguro?
- Bueno, alguien tiene que aportar un punto de vista diferente...
- Sígame. Le atenderé unos minutos.

La santera le condujo hasta una estancia interior. Las paredes estaban plagadas de imágenes y estampas, y sobre la única mesa reposaban decenas de velas que emitían una acogedora luz rojiza. Ambos se sentaron en el suelo, sobre algunos cojines.

- Muchas gracias – musitó el periodista.
- Nosotras nos dedicamos a hacer el bien, ¿comprende? Ayudamos a las personas, intentamos reconfortarlas...
- Interesante.
- Mire, aunque llevo décadas en México yo soy cubana, y procedo de una familia que viene dedicándose a la santería desde hace generaciones. ¿Tengo cara de ir llamando al demonio?
- En absoluto.
- Aquí la mayoría de la gente lo que me solicita son *amarres de amor*, ¿sabe? Fundamentalmente vienen mujeres que lo único que desean es que su novio o su esposo las ame para toda la vida. Algunas también desean que les adivine el futuro, y unas pocas saber de sus difuntos.
- Entonces, ¿nada de diablos?
- Y dale, ¡no! – exclamó Yanet, malhumorada.
- ¿Conoce a Gabriela? – inquirió el español con cierto temor, cambiando drásticamente de tema. Sabía que la entrevista podía terminarse en cualquier momento.
- ¿Gabriela? Sí, es una niña que vive cerca de aquí. De cuando en cuando se pasa a verme, y la dejo estar. De mayor quiere ser santera y adivina, ¿sabe? Pero, ¿qué tiene que ver esa pequeña con usted?

El reportero sacó de su maletín algunas fotografías: eran las que había tomado en la orilla de la Laguna de Chapala.

- Quizá esa niña esté en peligro, y usted pueda ayudarla. Le ruego que observe esa pirámide, por si pudiera decirle algo.

La adivina tomó las fotografías, recelosa, y las estuvo contemplando un buen rato, varias veces.

- Es un rito que sólo he hecho en un par de ocasiones. Es azteca, me lo enseñó una anciana cuando residía, hace muchos años, en Axapusco. Representa la Pirámide de la Luna, que está en Teotihuacán. Es una construcción que se encuentra al final de la denominada *Calzada de los Muertos*, un área funeraria. Algunos mexicanos piensan que es posible hablar con los muertos invocando a la Diosa de la Luna. Yo no sé qué decirle...
- ¿Y Gabriela le vio alguna vez construir esta pirámide con ramas?
- No sólo me vio, ¡me ayudó a hacerlo! ¿Qué tiene eso de malo?

Sancho sintió nuevamente la sangre galopando por su sistema circulatorio, lanzando dolorosos golpes contras sus sienas, contras su pecho, contra todos los órganos internos que se apiñaban en su vientre.

- No lo sé. Le voy a facilitar una información confidencial, porque considero que su colaboración puede resultar trascendental: Gabriela ha sido poseída por un demonio. Ahora mismo se encuentra en un lugar secreto de Guadalajara, en manos de un exorcista. ¿Hay alguna cosa que crea que deba saber?

La santera se incorporó, con los ojos casi fuera de sus órbitas. Estaba completamente alterada.

- ¿Me está usted acusando de algo? ¿Cree usted que yo he podido tener que ver en esa desgracia?
- En absoluto... Por favor... Son varias las niñas implicadas, estaban jugando y seguramente hicieron algo sin saberlo, ¡pero necesito saber el qué!
- ¡Márchese de mi casa! – gritó la adivina, mientras empujaba con todas sus fuerzas al periodista-. ¡No quiero volver a verlo jamás por aquí!

Sancho abandonó la casa de Yanet a base de empujones y golpes. Aceptó de buen grado la paliza, porque una parte de su ser comprendía aquella reacción desmedida de la santera, que se intuía era una buena mujer.

Es español se quedó algunos minutos en la calle, pensando, desorientado y confuso. De repente se percató de que tenía consigo el maletín, pero que en la trifulca había dejado olvidadas las fotografías en la casa de la adivina. No se atrevió a ir a recogerlas. Tenía copias digitales de todo el material, aunque le molestaba que aquella mujer estuviera en posesión de un repertorio gráfico tan valioso. Decepcionado, echó a andar en busca de su vehículo. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando escuchó la voz de la santera, a su espalda.

- ¡Reportero!

El español regresó de inmediato, pues ya nada peor pensó que pudiera sucederle aquel día. Yanet le esperaba con las instantáneas en una mano y con un pequeño libro en la otra.

- Discúlpeme, tendría que haberle contado la verdad desde el principio. Lo siento...

- Eso ya me da igual. No le he llamado porque usted me importe una chingada, lo hago por la niñita. Quizá esto pueda serle de algún valor al exorcista.

La santera le entregó las fotografías y un pequeño tomo encuadernado en tapas negras y con letras doradas. En el centro había grabado un pentagrama.

- ¿Qué es?

- Tengo una gran biblioteca. Se trata de un singular manual de ritos satánicos. Yo jamás he practicado esos ceremoniales, ni nada que se le parezca. Pero al volver a mirar las fotos con atención he creído reconocer algunos dibujos. Quizá Gabriela alguna vez, a escondidas, leyó este libro, y jugando mezcló diversas invocaciones y ritos. Por lo que me ha contado, las consecuencias no han podido ser peores...

- Entonces, ¿me lo puedo llevar?

- Sí, ¡lléveselo! Pero, se lo repito, no vuelva jamás por aquí. No quiero volver a verlo en la vida, ¿me entiende?

El periodista asintió, y se alejó con su preciado tesoro entre las manos. Apenas se metió en el coche no pudo evitar realizar una llamada telefónica.

- ¿Señor Fuentes?

- Sancho, ¿eres tú? – preguntó el director del periódico *Las Noticias*.

- Sí. Tengo algo para la edición del domingo que le va a encantar.

- No me andes con enigmas y adelántame alguna cosa.

- Al fin he descubierto cómo fueron poseídas esas niñas.

13. Almacén recóndito en Guadalajara, estado de Jalisco

El padre Salas y el padre Rincón habían dispuesto unas colchonetas para que las niñas pudieran estar tumbadas, todas juntas, sobre el árido suelo de cemento de la nave. Para evitar que se hicieran daño, y aunque la imagen resultaba un tanto cruel y siniestra, a todas se les habían puesto camisas de fuerza con protecciones de gomaespuma. También tenían las piernas amarradas por los tobillos, con suaves cordajes de grueso algodón que impidieran que las pequeñas pudieran magullarse.

- Aunque les puedan parecer medidas drásticas – manifestó el padre Salas, una vez hubieron terminado con los preparativos, dirigiéndose a los familiares de las chiquillas-, hacemos esto por el bien de sus hijas. La persona poseída suele desarrollar una fuerza descomunal, desproporcionada, y es de vital importancia poder controlarla en todo momento. Muchas veces llegan a herirse, infringiéndose terribles lesiones; en otras ocasiones golpean con una energía bárbara a cualquiera que se encuentre a su alcance.

Los padres de las niñas escuchaban atentos, pero también pavoridos, pues la escena provocaba escalofríos. Pese a todo, estaban manteniendo la calma, y ninguno había mostrado síntomas de desesperación o contrariedad. Habían asumido con inusitada rapidez que estaban en manos de la Iglesia, y que sólo aquellos hombres podían salvar a sus hijas de la maldición que las dominaba.

- Puede que a partir de este instante vivamos momentos tensos, que asistan como testigos a fenómenos que jamás hubieran podido imaginar. Les suplico que confíen en nosotros, y no se dejen atrapar por los trucos que los demonios realizan para perturbar nuestra fe. Dios es mucho más poderosos, créanme. No intervengan. Como ya les dije: si alguno no resiste, o se siente presa del pánico, puede abandonar la estancia cuando lo desee. Pero una acción cualquiera por su parte a lo largo del rito puede tener consecuencias fatales tanto para sus hijas, como para ustedes mismos.

José Antonio grababa desde una esquina con su cámara Nikon HD. No pudo evitar pensar en la madre de Valeria. Continúo con su labor, tratando de apartar aquellos terribles recuerdos que invariablemente le acosaban con una obstinación insufrible. Las condiciones no eran las óptimas, pues la luz era muy escasa, pero consideraba que no podía exigir absolutamente nada, y que ya era casi milagroso que le permitiesen estar allí, siendo testigo y casi notario de todo lo que sucedía. Allí estaban aquellas nueve criaturas: Magdalena y Camila, de Tonalá; Zoé, Ximena y Natalia, de Zapotlanejo; Adelina y Vanessa, de Puente Grande; y Gabriela y Daniela, de El Salto. Sólo faltaba una: Valeria, a la que su madre había salvado entregando a cambio su propia vida.

- Padre Rincón, ¿ha traído las estolas de la Archidiócesis?
- Sí, las tengo en el despachito.
- ¿Están bendecidas?
- Sí, tal y como me indicó.
- Le ruego que las traiga.

El padre Rincón fue a la dependencia y regresó con nueve estolas moradas. Entre ambos sacerdotes fueron enlazándolas, y luego rodearon con esa cuerda bendecida el cuello de cada una de las niñas. Estas, al sentir el contacto de las bandas, emitían quejidos, gruñidos y algunas incluso blasfemaban en castellano y en latín. Al terminar, los curas quedaron enfrentados, uno a la izquierda y el otro a la derecha de la hilera que conformaban las pequeñas, sosteniendo en una mano un extremo de las fajas anudadas y en la otra una copia de la sagrada Biblia junto a una medalla de San Benito. Posado en el suelo, a mitad de camino entre ambos feligreses y justo a los

pies de las niñas, un crucifijo se alzaba majestuoso.

- Comience a leer – indicó el padre Salas.

- Oh, Dios, sálvame por tu nombre, y con tu poder defiéndeme. Oh, Dios, oye mi oración; escucha las razones de mi boca. Porque extraños se han levantado contra mí, y hombres violentos buscan mi vida; no han puesto a Dios ante sí. He aquí, Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida. Él devolverá el mal a mis enemigos; córtalos por tu verdad. Voluntariamente sacrificaré a ti; alabaré tu nombre, oh, Dios, porque es bueno. Porque él me ha librado de toda angustia, y mis ojos han visto la ruina de mis enemigos.

Pasaron dos horas en las que los curas no hicieron otra cosa que orar y emitir letanías. El periodista estaba agotado, al igual que los familiares, pero sin embargo era fedatario de la entereza, de la resistencia y de la resolución de ambos eclesiásticos. De repente algo cambió, y el padre Salas comenzó a vociferar en latín, como dando órdenes imperiosas a aquel demonio que se había apoderado de las niñas. Las pequeñas comenzaron a retorcerse y a gritar, como si un objeto incandescente les estuviera calcinando el estómago. Sancho se aproximó, pues intuía que algo importante estaba sucediendo. Fue fijando el objetivo, paulatinamente, en los rostros deformados por el dolor de las criaturas. Era aterrador, y apenas podía sostener la cámara entre las manos. De algún lugar le llegaban llantos y lamentos desesperados, que asoció a los padres de las niñas, los cuales tenían que estar completamente despedazados emocionalmente. Fue en ese instante cuando una de las pequeñas, Adelina, comenzó a vomitar. Al principio a José Antonio aquello le pareció una masa amorfa y grisácea, pero al enfocar mejor descubrió horrorizado que se trataba de delgadas serpientes, de color oscuro y unos treinta centímetros de longitud. Al poco el resto de niñas comenzaron a doblarse, aquejadas por violentas convulsiones, y después empezaron a regurgitar casi al unísono culebras idénticas a las que había expulsado por su boca la desdichada Adelina.

14. *Hotel NH Guadalajara, Guadalajara, estado de Jalisco*

José Antonio Sancho estaba trabajando intensamente, pese a que ya era muy tarde y se sentía agotado. Tenía que terminar el largo artículo que saldría el domingo en su periódico, y que tendría un espacio reservado también en la portada. Antes de ponerse a escribir había revisado todas las grabaciones e instantáneas que había realizado hasta la fecha, y comprendió que aquel material, aparte de espeluznante, era una joya: el reportaje que cualquier periodista hubiera dado un brazo por que cayese en sus manos. Para evitar posibles problemas, realizó dos copias de seguridad en sendos servicios de almacenamiento online en los que tenía contratada una cuenta *Premium: Dropbox* y *Google Drive*. Una vez todos los archivos estuvieron en *la nube* se sintió aliviado: si por cualquier circunstancia perdía, le robaban o quedaban destrozados sus tarjetas de memoria y discos duros siempre podría recuperarlos.

Un cierto sentimiento de culpa le atormentaba mientras redactaba la crónica, pues iba a facilitar a la opinión pública información que todavía no había compartido con el padre Salas. Pero esperaba que el sacerdote comprendiese su posición: una cosa era mantener el debido respeto hacia las pequeñas y hacia el proceso de exorcismo, hasta que hubiera concluido, y otra muy distinta esperar hasta una fecha indeterminada sin mandar una sola noticia de enjundia a su periódico. Eso podía suponerle tener que regresar al D.F., cuando menos; o un despido fulminante, en el peor de los casos.

Terminó el artículo y lo leyó varias veces. Consideró que era bastante acertado: por un lado no revelaba ninguna información delicada; pero por otro proporcionaba al lector nuevos datos, absolutamente fascinantes, que estaba convencido despertarían el interés de cientos de miles de personas en todo México. Secretamente, también soñaba con recibir pronto ofertas de medios de comunicación de USA y Europa.

El breve reportaje iba acompañado de una sola fotografía, que era la misma que ocuparía parte de la portada de *Las Noticias*: la pirámide construida con ramas, rodeada por aquellos extraños y casi imperceptibles dibujos trazados en la arena. Era un plano cerrado, de modo que nadie pudiera identificar que se trataba de la orilla de la Laguna de Chapala. Ya habría tiempo para relatar con el máximo detalle todos los aspectos de esta fabulosa investigación. De momento, era mejor y más rentable ir proporcionando la información en pequeñas pero interesantes dosis. El titular no podía ser más atractivo: *ASÍ FUE COMO LA NIÑITAS FUERON POSEÍDAS*.

El español se sintió espléndido y mandó el mail con el artículo y la fotografía en alta resolución a su director. Creía conocer bien a Fuentes, y estaba seguro de que daría brincos en su despacho al leerlo. Lo difícil iba a ser controlar su ansiedad y su codicia: le pediría más, le urgiría para que desvelase más cosas, para evitar que la opinión pública se olvidase del asunto o que otro reportero de cualquier medio de la competencia se les adelantase en alguna cuestión. En fin, mejor era lidiar con aquella presión que con la posibilidad de engrosar la lista de periodistas desempleados.

Ya más relajado, y con los deberes hechos, Sancho contempló la bolsa de plástico que contenía el tetraedro construido por las niñas. No lo había vuelto a sacar de allí desde que lo trajera en su coche desde Chapala. La curiosidad le tentó, y con sumo cuidado abrió la bolsa. Nada más hacerlo creyó percibir una especie de zumbido en los oídos, un sonido que parecía no proceder del exterior: era como si se generase en su propia cabeza. ¿Se trataba de una advertencia? Pese al miedo que lo atenazaba, el periodista se atrevió a posar su mano sobre la pirámide, para comprobar si volvía a sentir la descarga eléctrica que lo sorprendió la primera vez que la tocó.

Esta vez fue diferente. Una quemazón le penetró por los dedos, recorriendo con velocidad sus brazos, como si se propagase a través de sus arterias. Era una sensación espantosa, y creyó que estaba viviendo los últimos instantes de su existencia. Entonces aquel ardor le alcanzó el cerebro primero, y luego se instaló en sus pupilas, obligándole a cerrar los ojos, apretando los párpados, roto de dolor. Y en ese estado de enajenación creyó ver a un ser terrorífico: un gigantesco monstruo con varias cabezas, una de ellas la de una mosca deforme, medio humana, de pupilas rojas, que le miraba fijamente, mientras el resto de testas se agitaban violentamente. La bestia tenía múltiples extremidades, indescritibles, como pertenecientes a animales e insectos muy diversos, y de la espalda le nacían unas enormes alas como de murciélago, que parecían arder, emitiendo poderosas llamas en su ralentizado aleteo. La alimaña siguió con sus terribles ojos incandescentes observando al español, como reflexionando qué hacer con él. Finalmente pronunció unas palabras que restallaron en el cráneo del periodista como un trueno infernal: *“Humano, ¡aléjate de mí!”*.

15. Almacén recóndito en Guadalajara, estado de Jalisco

El padre Salas estaba desconcertado, y eso acrecentaba sus propios temores. Sabía perfectamente que un exorcista no podía, ni debía, enfrentarse a un diablo con miedo, pues tal pánico significaba dos cosas: que tenía dudas acerca de la posibilidad de llegar a derrotar a dicho ente maligno y que uno no confiaba ciegamente en que la ayuda y el poder de Dios bastasen para alcanzar el éxito. El sacerdote arrastraba ya muchos exorcismos a sus espaldas, seguramente superaban el centenar, y en todos había logrado liberar al poseído, pero en cada envite en lugar de salir fortalecido había resultado dañado. Sentía las profundas heridas que tantos ritos difíciles, que en ocasiones habían requerido esfuerzos sobrehumanos, le habían dejado en la memoria e, incluso, en su propia fe. Sabía que Dios no era tan poderoso, y que Satanás y sus semejantes aunque no le igualaban en energía no le andaban muy a la zaga. Y Dios sólo había uno, y demonios había varios, y todos muy peligrosos. Al igual que ahora el padre Rincón aprendía a su lado, él hacía muchos años había sido discípulo de un gran exorcista, que ya le había enseñado una lección aterradora: los ángeles no vienen en la ayuda del sacerdote que practica el exorcismo, uno está solo frente a los demonios y su arma más poderosa es su propia fe.

- ¿Está cansado? – preguntó el padre Rincón, entrando en el despacho del almacén que la Archidiócesis de Guadalajara había cedido para el rito.
- Sí, estoy agotado. Es usted joven, fuerte, y tiene una fe inquebrantable. Me está siendo de gran ayuda, y le auguro que será un estupendo exorcista.
- Le agradezco enormemente sus palabras. Pero ahora me preocupa su salud, parece usted realmente exhausto.
- Lo estoy, pero esas pequeñas no pueden esperar. Pese a todo, a sus débiles cuerpos también les vendrá bien una breve pausa.
- ¿Es Belcebú, verdad?
- No comprendo – respondió el padre Salas, confundido.
- Quiero decir que nos está costando tanto expulsar a ese demonio porque se trata de Belcebú. Usted me dijo, el día que supo que era él el que había poseído a las niñas, que ese demonio le había hablado y que le había dicho en arameo que usted le temía.
- Sí, es verdad. Pero olvídalo. No debe temer a los demonios, padre Rincón, o jamás llegará a ser el exorcista en que espero se convierta.
- Pero, sin embargo, usted si los respeta.
- Belcebú entró en mí, en cierta ocasión, hace varios años, y aunque salí bien parado aquello me dejó secuelas. Es un riesgo que corremos los exorcistas. Por eso me retiré a una pequeña iglesia en Coyoacán. Sólo quería dedicarme a un puñado de personas necesitadas, y estar en contacto directo y permanente con Dios.
- ¿Y por eso mismo se resiste tanto Belcebú a sus órdenes?
- No, padre Rincón. Eso es lo que me tiene perplejo. Baal entró en los cuerpos de esas pequeñas de alguna forma extraña. Tuvo que ser un rito al que jamás me he enfrentado, y por eso estoy encontrando tantas dificultades. El problema no es el demonio, el verdadero obstáculo es la manera en la que Belcebú tomó posesión de las niñas.
- Entonces, para realizar un exorcismo, es importante conocer la causa de la posesión, ¿no?
- Le diría que en muchos casos es indispensable. Ahora mismo andamos un tanto perdidos.

- Podríamos ir a visitar a Valeria, esa niña que se salvó quizá pueda facilitarnos alguna información.
- Lo he pensado, pero quiero darle un respiro a esa familia. Belcebú ya se ensañó con la madre, no quisiera provocar su ira con una torpeza. Si algo malo ha de suceder, que recaiga sobre nosotros su cólera.

Ambos feligreses quedaron en silencio, reflexionado. El padre Salas trataba por todos los medios de aplacar sus temores y de recuperar el aliento, mientras el padre Rincón intentaba contagiar de su fe inexpugnable y de su fuerza a su compañero. Llevarían al menos una hora meditando cuando alguien llamó a la puerta del despacho.

- ¿Qué sucede? – preguntó el padre Rincón.
- Deseo que vean algo – respondió uno de los padres, inquieto.

El sacerdote abrió la puerta y se encontró con un hombre con el rostro desencajado por la indignación.

- ¿Qué ha pasado?
- ¡Esto, esto es lo que ha pasado!

El padre le tendió al cura un ejemplar del periódico *Las Noticias*, que a tres columnas titulaba en portada, sobre la fotografía de una extraña pirámide: “*Así fue como las niñas fueron poseídas*”.

16. Catedral de Guadalajara, Guadalajara, estado de Jalisco

El padre Salas había decidido que era mejor encontrarse con el periodista José Antonio Sancho en el mismo lugar en el que se habían conocido, alejado del almacén en el que tenía lugar el ritual de exorcismo, para evitar añadir más tensión a la ya de por sí estresante situación que se vivía allí. El padre Rincón había quedado al cuidado de las pequeñas y de sus familiares.

El cura estaba contrariado, y sentía que el español había traicionado su confianza, poniendo en peligro a las niñas. Mientras aguardaba había leído nuevamente el artículo, y seguía sin dar crédito. La deslealtad de Sancho le había decepcionado, pero también le había recordado que el ser humano tiende a la mezquindad y al egoísmo más estúpido con frecuencia. Cuando al fin el reportero llegó no pudo evitar elevar la voz mucho más de lo que en él era habitual.

- ¡Cómo ha sido usted capaz! – exclamó, golpeando la portada del diario *Las Noticias*.

El periodista cerró la puerta del despacho, para evitar que los gritos del sacerdote alarmaran al resto de personas que transitaban por la Catedral. Tenía muy claro que iba a recibir un buen rapapolvo, y también que lo merecía. Debía asumir que su individualismo tenía que resultarle algo más que repugnante a aquel hombre entregado a Dios y a los más necesitados.

- Es difícil que lo comprenda. Para mantener una reserva sobre el resto de los asuntos, precisaba mandar algo al periódico.

- ¡Ha puesto usted en serio riesgo el futuro de esas niñas!

- Lo lamento. Mi director no entiende de esperas, ni la opinión pública, y si no mandaba alguna noticia seguramente me hubiera visto obligado a regresar al D.F.

- Entonces, ¿todo lo que ha escrito es una invención?

- No. Todo es cierto. En su día no fui completamente sincero con usted, y me reservé cierta información. Investigué y así logré dar con la pista y las pruebas que han sido la base de esa noticia.

- Es usted un insensato. No comprende absolutamente nada. Quiero que me lo cuente todo ahora mismo, ¡es trascendental para lograr que el exorcismo tenga éxito!

El padre Salas estaba fuera de sí. Jamás había estado tan enojado en toda su vida, y se deploraba por no ser capaz de contener su ira. Pero ahora lo único que le preocupaba era el futuro de las nueve niñas poseídas, que esperaban su regreso enfundadas en camisas de fuerza.

- Básicamente lo cuento todo en la crónica. Le he traído el libro que me entregó la santera que menciono.

El español le entregó el volumen con un pentagrama grabado en la portada. El sacerdote le echó un rápido vistazo.

- ¿Y la pirámide?

- No he podido traerla – mintió Sancho, que no deseaba ceder aquel singular *tesoro* a ninguna persona. Sabía que el tetraedro era clave y que, de alguna manera, estaba realmente dotado de alguna energía sobrenatural.

- Pues la necesito, ¡la necesito con la máxima urgencia!

- ¿Qué cree que sucedió?

- ¡Hace falta que yo le dé explicaciones! ¡Ya se ha encargado usted solito de ponerlas por escrito en su periodicucho!

Sancho aspiró una profunda bocanada de aire, y trató de relajarse. Debía recibir con corrección cualquier insulto o vejación que le profririese aquel feligrés que estaba loco de rabia, seguramente con toda la razón del mundo.

- Es importante. Yo estaba conjeturando, y admito mi torpeza, pero me gustaría saber qué pasó con esas chiquillas, ahora que ya tiene todos los datos.
- ¿Para qué? Usted sólo desea saber mi versión para salir disparado a escribir un nuevo artículo. Lo único que le importa es su maldita carrera profesional.
- Es trascendental para que pueda entregarle la pirámide – dijo el español con aplomo.

El padre Salas tomó asiento y se pasó las manos por el rostro. Por un segundo creyó que iba a desmayarse, pero por suerte fue capaz de mantenerse erguido y consciente.

- Está bien, le daré mi opinión. Pero a cambio me entregará ese objeto maligno y dejará de asistir a las sesiones, he perdido la confianza en usted. Cuando yo le indique, podrá hacer uso de toda la información y podrá escribir el reportaje de su vida, que es su única motivación. ¿De acuerdo?
- Acepto el trato.

El sacerdote suspiró largamente, y se concentró para no perder los nervios y hablar muy despacio y en voz baja.

- No sé cómo fue posible, pero creo que la pequeña Gabriela mezcló varios ritos. De alguna manera las chiquillas fueron capaces de convocar a Belcebú, y éste se adueñó de sus cuerpos. No creo que fuera la intención de ninguna de ellas, pero esas fueron las consecuencias de su peligroso juego. En ocasiones el azar se confabula en nuestra contra, sobre todo si frivolizamos con ceremonias que son capaces de atraer a seres malignos, que realmente pueblan nuestro mundo.
- ¿Y piensa que la pirámide fue un elemento fundamental para que Belcebú poseyera a las pequeñas?

El español tuvo que tragar saliva después de formular la pregunta, y disimuló su creciente ansiedad apretando los dedos de los pies contra la suela de sus zapatos.

- Indudablemente. Ese objeto está maldito. Lo necesito con apremio, porque creo que destruyéndolo quizá sea capaz de liberar a las niñas más fácilmente.
- ¿Destruyéndolo?
- Sí. Los objetos usados como enlace en los ritos satánicos son muchas veces, digamos, el cordón umbilical entre la persona poseída y el demonio que ha infectado su cuerpo. Reducir a cenizas esos objetos es en ocasiones la única manera de llevar a buen término el exorcismo. Es un acto que conlleva grandes riesgos para el exorcista, porque es muy peligroso, pero que no hay más remedio que afrontar.

17. Hotel NH Guadalajara, Guadalajara, estado de Jalisco

El español llevaba un día y medio reflexionando acerca de su conversación con el padre Salas, y relatando toda la experiencia que había vivido, desde el principio, en una larguísima crónica. Había ocultado los nombres de los sacerdotes, de las pequeñas y del médico; pero los hechos eran tal cual los había sufrido.

Las palabras del cura habían calado hondo en su conciencia, y ahora sólo podía pensar en esas pobres niñas, con las que seguramente había sido injusto, poniendo en peligro su existencia a cambio de un formidable titular.

Nada más terminar de escribir el artículo, creó una copia de seguridad del mismo, adjuntando buena parte de las fotografías y grabaciones realizadas en el almacén. Ya las había editado para que los rostros resultaran irreconocibles. Después programó su cuenta de correo electrónico para enviar un mensaje a un colega de la redacción de *Las Noticias* dos días después. Tras hacerlo, lo telefoneó a su número de celular.

- ¿Francisco? Soy Sancho.
- Hola güey, ¡estás triunfando! Por aquí todo el mundo anda medio loco con tus crónicas.
- Te llamo por un tema delicado.
- Qué serio estás, ¿qué pasa?
- Francisco, he programado un mail que contiene una contraseña y un usuario de un espacio en la nube, en *Dropbox*. Si lo recibes dentro de dos días, accede a su contenido y publica la crónica y las fotografías que hay allí.
- Me estás asustando...
- Tranquilo, Francisco. Sé lo que me hago, es tan sólo una medida de precaución.
- Escucha, si quieres cojo ahora mismito el carro y me planto en Guadalajara en un abrir y cerrar de ojos.
- ¡Eres grande! Creo que no hará falta, pero si preciso de tu ayuda sabes que no dudaré en llamarte.
- No me dejas tranquilo.
- Anda ya. Como te digo, es sólo una medida de precaución, pero no hagas caso.

El español tardó un rato en sosegar a su compañero, pero al fin lo consiguió. Quizá se había precipitado; quizá había sido una insensatez implicar a una tercera persona, pero no deseaba correr el riesgo de que aquella historia se perdiese por una imprudencia.

Sancho vació la papelera metálica que había en el baño y después metió dentro una toalla pequeña impregnada en gasolina. Con la determinación de un autómata, fue en busca de la bolsa en la que tenía guardado el tetraedro que habían construido las niñas y que, según el padre Salas, estaba maldito. Él sospechaba que el sacerdote estaba en lo cierto: había experimentado en carne propia su energía. Regresó al aseo y golpeó la bolsa con todas sus fuerzas, para poder destrozarse la pequeña pirámide sin tocarla con las manos. Se sintió eufórico al hacerlo. Luego metió la bolsa con su contenido en la papelera, y echó dentro una cerilla encendida. Se produjo una especie de fogonazo, al que siguió una débil llama que pronto se extinguió. Increíblemente la toalla, la bolsa y los palitos despedazados se habían consumido en apenas unos segundos. El español pensó que había hecho lo que debía, y eso le reconfortó. Pero apenas tuvo tiempo de disfrutar de aquella sensación de profunda paz consigo mismo: un calor intenso, que le nacía de las entrañas, se extendía con rapidez por todo su cuerpo. Aquel ardor insólito alcanzó sus manos y el español pudo ver con sus propios ojos, aterrado, como se carbonizaban de manera espontánea. Pronto los

dedos, convertidos en ceniza, fueron desprendiéndose de las manos, uno tras otro, y luego las palmas hicieron lo propio del brazo. El periodista apenas tuvo fuerzas para gritar de dolor, y en un último instante de lucidez comprendió que Belcebú se estaba cobrando su venganza, y que su destino ya no era otro que los mismísimos infiernos.

18. Almacén recóndito en Guadalajara, estado de Jalisco

El padre Salas se sentía cada vez más débil. Sólo el porvenir de aquellas desdichadas chiquillas lograba que sacase fuerzas de flaqueza, y le permitía seguir luchando, sin apenas dormir, contra el maligno Belcebú, que parecía mofarse de él, burlarse de su fragilidad y hacer ostentación de su poder. Pero el sacerdote sabía que tenía a Dios de su parte, y que si persistía finalmente triunfaría la luz y aquel monstruo sería arrastrado nuevamente al averno, su único hogar.

El padre Rincón se acercó a su maestro, y le pasó una mano por el hombro. Él era mucho más joven, y estaba ya exhausto; no podía ni imaginar cómo se encontraría el padre Salas.

- ¿Descansamos?

- No, debemos continuar... El demonio está cada vez más endeble, y no podemos concederle un respiro.

- Apenas hemos dormido en las últimas 48 horas.

La voz del padre Rincón se confundió con algunos gemidos de las niñas, que se encontraban junto a ellos. Eran unos lamentos que sonaban *demasiado humanos*, muy alejados de los alaridos guturales a los que ya estaban acostumbrados.

- ¿Ha escuchado? – inquirió emocionado el padre Salas.

- Sí, parece que están sufriendo de nuevo.

- No, no, ¡es una señal! Esos sollozos son de las niñas, no pertenecen a la bestia.

Rápido, traiga agua bendita, ¡es urgente!

El padre Rincón fue corriendo al despacho y regresó en un momento con un frasco que contenía agua bendecida. El padre Salas, por su parte, sostenía el crucifijo que había presidido la nave entre sus manos.

- ¿Qué hago?

- Rocíe los cuerpos de las niñas con el agua bendita.

El padre Rincón obedeció. Mientras el agua bendecida caía sobre las camisas de fuerza un humo espeso y grisáceo salía de las bocas, de los oídos y de las narices de las pequeñas. Gritos, aullidos y quejidos se mezclaban, como si una gran multitud se hubiera congregado en el interior del cuerpo de cada una de las pequeñas. El padre Salas aferró con fuerza el crucifijo y comenzó a exclamar, con voz imperativa:

- ¡Te conjuro, Belcebú, que engañas al género humano! ¡Sal del cuerpo de estas niñas, criaturas plasmadas por Dios! ¡Retírate de ellas, pues Dios las hizo templo sagrado! ¡Retírate, Belcebú, en el nombre de Dios! ¡Retírate, Belcebú, por la fe y la oración de la Iglesia, por la señal de la Santa Cruz, por nuestro Señor Jesucristo!

El padre Rincón se unió al padre Salas, sosteniendo en alto con sus manos el crucifijo. Los familiares, pavoridos, se apretujaban en una esquina de la nave, asistiendo impotentes al terrible espectáculo. Una tras otra, las niñas, con una fuerza descomunal, fueron rasgando las camisas de fuerza y las ligaduras que mantenían atadas sus piernas. Los lamentos y bramidos se confundían con la voz imperativa de los sacerdotes, que repetían la letanía sin descanso una y otra vez.

De súbito se hizo el silencio. Todos quedaron sumidos en un mutismo absoluto, aguardando. El padre Salas con un gesto tranquilizó y retuvo al padre Rincón, que había hecho además de ir en busca de las pequeñas, que parecían yacer sin vida sobre los colchones. Entonces las nueve se giraron al unísono, colocándose boca arriba, y abrieron los ojos, que estaban completamente en blanco. Unos segundos después de sus bocas comenzaron a salir miles de moscas negras en desbandada, que escapaban del almacén por una ventana abierta y por una rendija de la puerta de

entrada. El zumbido de las alas de los insectos era ensordecedor y provocaba pánico. Pasaron más de diez minutos hasta que las niñas dejaron de soltar mocas por sus bocas, y en ese momento todas parecieron despertar de un larguísimo sueño y rompieron a llorar. Era el sollozo limpio y lastimero de un ser humano. Todos los presentes comprendieron que la pesadilla había concluido, y que allí estaban de regreso Magdalena, Camila, Zoé, Ximena, Natalia, Adelina, Vanessa, Gabriela y Daniela.

- ¿Ya está? – preguntó aturdido el padre Rincón.

- Sí, hijo mío, ya está. Todo ha terminado – respondió con lágrimas en los ojos el padre Salas.

El padre Rincón no pudo contenerse, y fue a abrazarse con las pequeñas, y con sus padres. Todos lloraban y daban gracias a Dios. Todos sentían que aquel era el día más feliz de sus vidas.

El padre Salas regresó al despachito del almacén y se dejó caer pesadamente en una silla. Tenía miedo, y aferrándose a la medalla de San Benito rezó un Padre Nuestro. Fue en ese instante cuando de alguna manera entendió que el periodista español había jugado un papel crucial en aquel milagro, destruyendo la pirámide maligna, y que seguramente habría pagado muy cara su osadía. Ese gesto de infinita generosidad, para el que no estaba preparado, al menos había sido clave para la salvación de nueve almas inocentes.

19. Catedral Metropolitana, México D.F.

La mano derecha del Arzobispo Primado de México se acercó al padre Salas, con andar tranquilo pero pesaroso.

- ¿De verdad tienes decidido marchar?
- No me queda otra opción.
- Yo creo que siempre hay otra opción. No nos equivocamos cuando pensamos en ti y fui a visitarte a tu pequeña iglesia en Coyoacán.

El padre Salas no pudo evitar recordar con resignación a su parroquia, a la que ya jamás regresaría.

- Esta vez me tendré que esconder mucho más lejos.
- ¿Dónde vas a ir?
- No te lo pienso decir, y no desearás que te mienta.
- Desde luego que no. Pero piensa en todo el bien que podrías seguir haciendo aquí, en tu tierra, en México. El Maligno no descansa jamás.
- Créeme, lo sé.

El ayudante del Arzobispo te tendió un ejemplar del periódico *Las Noticias* del día anterior.

- ¿Has leído ya esta crónica?
- No, la verdad.
- Lo imaginaba. Quédatelo, es interesante, aunque hay mucho de imaginación en la parte final.
- No me interesa. Un hombre se ha condenado para siempre por su imprudencia, por mi torpeza y, finalmente, por su desmedida generosidad. Eso es lo único cierto.
- En fin, si decides cambiar de opinión te estaremos esperando.
- Dudo que cambie de opinión.

La mano derecha del Arzobispo Primado de México abrazó al padre Salas, y lo retuvo algunos segundos apretado contra sí, como si con aquel gesto tan inusual y próximo pudiera lograr lo que no había conseguido a través de las palabras.

- Te vamos a echar de menos. Yo, y muchísimas personas necesitadas.
- Ya no estoy en condiciones de asistir a nadie. Me he convertido en un peligro, y espero poder librarme del mal que me acecha. Sólo Dios y la oración pueden salvar ya mi alma.

El padre Salas no dijo nada más. Abandonó la Catedral y salió a la Plaza de la Constitución, reflexionando acerca de cuál debía de ser su próximo destino. Nada más poner un pie en la calle se topó con un enjambre de moscas negras que se agolpaban en torno a algún objeto que había en el suelo. El sacerdote sabía que aquello no era casual, y que esos insectos eran un mensaje directo que le llegaba desde el Infierno. Por suerte el Zócalo era un hervidero de vehículos y personas a aquella hora, y eso le tranquilizó. No había sido transparente con el ayudante del Arzobispo, y no le había contado que huía de México por una sólida razón: Belcebú volvía a acecharle, Baal estaba circulando de alguna extraña manera por sus entrañas. Cada vez que se miraba al espejo ya no veía su propio rostro: veía la cabeza deforme de un gran insecto de pupilas incandescentes. Resultaba una escena aterradora, que le dejaba paralizado y subyugado al mismo tiempo. Apretó con fuerza la medalla de San Benito que llevaba en el bolsillo y aceleró el paso. Ya había decidido su destino para su retiro para la oración y la entrega reservada a Dios: escaparía a España, a Madrid. Quizá allí *El Señor de las Moscas* se olvidara de un insignificante cura que había osado retarle y salir triunfante en varias ocasiones. Quizá en la capital de la *madre patria*

encontrase el utópico perdón, nada menos que de un demonio, por sus repetidos actos de osadía.

FIN

DESDE EL INFIERNO

I

Carlos se dirigió muy despacio hacia la persona que le tendía el teléfono. En realidad, era como si deseara no alcanzarlo nunca. No hubiera lamentado en absoluto que el tiempo se hiciera infinito, y que el momento en el que su oreja contactase con el auricular no existiese ya jamás. Desde que lo sacaron de la reunión con un escueto: «Carlos, te llaman del Hospital, algo le ha sucedido a tu familia», y pese al breve trayecto que le separaba de un despacho contiguo a la sala de juntas, había temido con un pavor casi irreal el instante en el que alguien desconocido, probablemente algún médico, le diese más detalles.

–Sí...

– ¿Es usted Carlos Miranda?

–Sí.

–Mire... su mujer y su hija han tenido un grave accidente de circulación. Debe venir cuanto antes...

No hizo pregunta alguna, no esperó más explicaciones. Colgó el teléfono, miró a su alrededor, esos rostros familiares con expresiones extrañas, y de repente supo que aquel momento era el primero de un largo trayecto negro y oscuro.

De alguna manera Carlos sabía que todo lo hecho y que todo lo transcurrido hasta la fecha no tenía valor ninguno, y que las nuevas circunstancias iban a requerir de un nuevo yo, y que ese nuevo yo iba a encontrar poco en lo que apoyarse en toda su experiencia anterior. Era muy curioso que su mente ya anticipara el futuro, que su cerebro ya luchase por adecuarse a una situación imprevista y para la que no estaba en absoluto preparado, pero para la que su subconsciente ya había comenzado a trabajar.

«No quiero saber la verdad».

Y pese a las ansias que ponía en negar la evidencia en ciernes, cada vez tenía más claro que el trágico vaticinio que le rondaba la cabeza se iba a ver en breve reafirmado, y entonces aquella cadena de especulaciones tendría un valor incalculable, porque la especulación deja siempre entre sus posibilidades un resquicio para la esperanza. Una vez se confirmasen los hechos que ahuyentaba, ya no habría cabida para otra cosa que no fuera el sufrimiento y el dolor.

«No quiero ir al hospital».

Se repetía una y otra vez estas palabras, mientras sus pies avanzaban hacia su coche, mientras sus manos tomaban el volante, mientras conducía por las carreteras de circunvalación; en definitiva, mientras todo su cuerpo imponía la razón al deseo infantil de la negación.

Carlos tuvo la certeza de que mejor hubiera sido detener su vida para siempre cinco minutos antes, en medio de aquella aburrida reunión de lunes por la tarde. Que hubiera sido mejor parar el tiempo y quedarse en la vulgaridad tranquila de lo cotidiano.

II

Su mujer y su hija habían muerto. Quedaba el consuelo de que al menos lo habían hecho sin sufrir, de forma instantánea... o eso le aseguraban. Un accidente tonto, casi ridículo. Bajaban de la sierra y había llovido después de más de cuatro semanas sin hacerlo. Esto había provocado que sobre el asfalto se formase una especie de barrillo, y que el piso se encontrara especialmente resbaladizo. En algún punto (no sabía concretamente en cuál) su mujer había pisado el freno con fuerza y el coche se había deslizado sin remedio hasta un pequeño barranco (suficiente).

Era curioso, a Laura (su hija) le encantaba patinar sobre el hielo. Seguro que hasta en un primer momento le habría parecido divertido ver cómo mamá perdía el control del coche y éste patinaba, como ella solía hacer muchos domingos.

No era la primera vez que ambas iban solas al monte a pasar el día. Muchos fines de semana él se quedaba en casa, terminando algún informe para el lunes siguiente o sencillamente repasando datos y estadísticas de diferente índole.

A veces Carlos compartía aquellos momentos familiares, pero su cabeza nunca dejaba de estar en su trabajo, y apenas si prestaba atención a lo que su mujer y su hija le decían. Era un alto ejecutivo como otro cualquiera, tan absorbido por su trabajo que su mente apenas tenía tiempo para distraerse con otra cosa que no fuera todo lo relacionado con el mismo.

Ahora su mujer y su hija habían muerto, y una especie de abismo a lo desconocido se abría ante sus pies. Pese a la distancia inmensa que se había ido creando entre él y su familia, estaba cómodamente instalado en esa seguridad férrea e inexpugnable de lo cotidiano, de lo que ha de ser para siempre y no admite transformación alguna. O eso había creído él hasta aquel maldito y fatídico lunes.

Por curioso y deleznable que pudiera parecer, había sido precisamente desde el accidente cuando Carlos había comenzado a tomar conciencia de lo mucho que quería y necesitaba a ambas. Hasta el momento habían estado ahí, siempre ahí, y ni falta había hecho tomar conciencia de nada.

Desde aquel día su ritmo de vida frenético y estresante, más en lo mental que en lo físico, se había ido apaciguando paulatinamente, como sometido por un yugo que iba incrementando su peso lenta pero inexorablemente, hasta ser capaz de inmovilizar cualquier tentativa de agitación o de cambio. Carlos intuía, casi como un observador imparcial y ajeno a su propia existencia, que una nueva etapa de sedentarismo y desazón arrancaba, y que todo lo vivido hasta la fecha no contaba en absoluto, porque lo que había de llegar en nada se parecía a todo lo anterior.

Y así entretenía su mente, intentando que el tiempo transcurriera veloz, en busca de no sabía exactamente qué.

Era también curioso, a la exacta hora del accidente Carlos había tenido entre sus manos un retrato de su mujer (Alicia) que estaba sobre la mesa de su despacho, y tras algunos segundos mirándolo había notado una punzada en los ojos, como cuando arranca una jaqueca. Luego había dejado de

sentir...

III

Esteban (su padre) le miraba con tranquilidad, desde una situación de paz y sosiego que sólo conceden la experiencia y una fe férrea e inquebrantable. Aunque también muy afectado, sabía que el mundo nunca dejaba de girar para los que seguían sobre él.

–Carlos... hijo... sólo tienes que dejar pasar el tiempo, el tiempo es la única medicina para situaciones tan terribles...

Él se miró las manos. Estaban cubiertas de barro y con algunas briznas de césped. Aquella tierra, adherida a sus manos con fuerza gracias a una pequeña humedad, le daba una perspectiva diferente de su existencia breve, aunque no tan breve como la de su pequeña hija.

–No lo sé papá, no lo sé...

–Ahora todo te parece muy difícil, y eso es normal. Cuando tu madre nos dejó yo tuve las mismas sensaciones.

–No... Yo también he perdido a Laura. Tú nunca has perdido a un hijo.

Su padre se incorporó y dirigió la mirada hacia el horizonte. El sol ya era como una media naranja casi difusa, que estaba siendo engullida por algún gigante sin escrúpulos. Debía controlar sus impulsos, no entrar en competición con su hijo, refrenar el dolor que aquel último comentario le había infringido. Debía evitar toda erosión, manejar la situación y ayudar a su hijo, que ahora mismo no era capaz de discernir con claridad.

–Es una lástima que no creas en Dios... De todos modos yo rezaré por ti, y pediré que toda la Comunidad lo haga también. Todos están preocupados.

–Sabes que a mi manera... os estoy agradecido...

–Lo sé, hijo, lo sé.

Al principio, cuando era muy niño, Carlos había sido un buen cristiano, e incluso durante dos años había ayudado en la iglesia del barrio como monaguillo. Luego habían comenzado las dudas, y las largas noches mirando por la ventana hacia el cielo, hacia aquel infinito en el que su pequeño sólo encontraba preguntas y prácticamente ninguna respuesta.

–Deberías viajar. Recuerdo que cuando tu madre nos dejó para ir al cielo hicimos un largo viaje por el Norte. ¿Te acuerdas?

–Claro que sí.

–Y los dos tuvimos la oportunidad de volver a sonreír y de mirar hacia delante...

Esteban se acercó hasta él y le acarició el cabello, revuelto y descuidado. En la yema de sus dedos sintió el mismo calor que cuando hacía ese mismo gesto muchos años atrás, cuando Carlos sólo era un chiquillo. Entonces aquel ademán bastaba para sosegarlo, o para darle ánimos suficientes. Ahora todo era distinto.

IV

Tenía las manos apoyadas sobre la mesa. Llevaba en esa posición más de una hora, casi estático. La mirada perdida, la boca semiabierta. Los papeles se habían ido acumulando en un rincón, y de vez en cuando los observaba con aire aburrido, como si aquellos folios atiborrados de información nada tuvieran que ver con él. Porque en realidad así era, y todos los vínculos que lo habían mantenido unido a aquel despacho se habían disuelto con una rapidez increíble, como si en realidad nunca hubieran tenido la mínima consistencia.

«¿Quién soy yo? »

La sensación de pérdida era tan acentuada que en ocasiones se miraba a sí mismo en el espejo y apenas se reconocía. Alguna arruga o una marca infantil le devolvían un rostro, el suyo, que ya parecía el de otro, y que de hecho en modo alguno recordaba al del pasado más inmediato. Sus ojos se habían vuelto tristes, y todos sus gestos, antaño decididos y contundentes, eran ahora dubitativos y carentes de la mínima autoridad. Observado desde una cierta distancia uno podía llegar a pensar que aquello (aquel cuerpo) era una marioneta olvidada, o movida ya apenas por un hilo solitario y casi inútil.

–Carlos... ¡Carlos! Puedes irte a casa... Es más, vete a casa, por favor, es mejor. No tienes por qué venir hasta que no te encuentres bien del todo.

–No, no... prefiero estar aquí...

–Lo que tú quieras. Sabes que nos tienes para lo que necesites.

–Sí...

–No queremos forzarte a estar aquí... No en esta situación. No queremos que te veas obligado...

–Me gusta estar aquí. No encuentro otro lugar mejor en el que estar ahora.

Luis se quedó en silencio unos segundos, observando a su compañero con cierta lástima. En realidad, no sabía ni qué hacer ni de qué manera ayudarle.

–Perdona, Carlos. Puedes hacer lo que quieras, en serio. Soy un estúpido. Puedes venir cuando quieras y salir cuando te plazca...

–Gracias, Luis. Sabes que te lo agradezco, que os lo agradezco a todos. Dentro de unos días estaré mejor. En casa me puedo volver loco.

Carlos cerró los ojos. Escuchó con atención y oyó el teclear de su secretaria, un ruido suave y monótono. Se sintió desfallecer. Todo era tan absurdo. Su vida había sido absurda ya desde hacía tiempo, pero ahora cobraba unos tintes casi ridículos, casi esperpénticos.

Abrió los ojos. Miró por la puerta abierta de su despacho, a través de la cual podía contemplar el largo pasillo que llegaba hasta los ascensores, con innumerables puertas a cada lado, puertas que daban paso a otros despachos, a otras vidas... Una chica de administración se reía a lo lejos, mudamente, ajena a su universo, cerca de la máquina del agua.

«De qué se puede reír la gente...»

V

El coche bajaba con facilidad, casi ni había que apretar el acelerador en ningún momento. El monte estaba hermoso, verde, radiante. El día era brillante, con un sol que esparcía su luz de forma generosa. Carlos pensaba en ellas. Al fin, no había sido una buena idea. De todas formas llevaba demasiado tiempo encerrado en casa, y de algún modo tenía que despejarse. Parecía como si las montañas le hubieran estado llamando desde hacía tiempo, como si no hubiera sido decisión suya el verse arrastrado hacia allí.

«Es bueno no conocer el lugar exacto».

En cada curva una especie de vértigo le animaba a pisar a fondo, sobre todo en los recodos más peligrosos, en los lugares que se abrían a barrancos y terraplenes. Era como una invitación constante.

«Despacio, Carlos, tranquilo».

Entonces llegó una recta, que terminaba en un ángulo de noventa grados. Y aceleró. El vehículo tomó velocidad enseguida. Carlos tuvo la idea al instante, y justo antes de abalanzarse sobre la curva frenó... y el coche se detuvo en seco.

«¡Mierda! ».

Aquel día el asfalto cumplía con su misión de rozamiento, de ayuda a la frenada. Y Carlos rompió a llorar sobre el volante.

VI

Lo despertó una especie de zumbido, un ruido molesto y extraño que no cesaba y que había terminado por desvelarle.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

No entendía nada. Entonces pensó en la radio-despertador que tenía sobre su mesilla de noche, seguramente se la había dejado encendida y había perdido la sintonía en algún momento.

No sin dificultad se incorporó y encendió la luz. Y el sonido dejó de existir al instante.

«¡Qué diablos...!».

Inspeccionó el aparato, pero el interruptor estaba en la posición de apagado. No quiso darle mayor importancia y, aunque con dificultad, volvió a conciliar el sueño.

VII

Esperó a que todos los niños se hubieran marchado, sonrientes y traviesos. Con toda una vida por delante. Sus madres los arrastraban hacia la seguridad de sus casas y la algarabía inicial se iba apagando lentamente. Carlos pudo recordar sus días de colegio y una melancolía desbordada le invadió por unos instantes.

«Qué bueno hubiera sido detener el tiempo entonces».

Delante de la puerta de entrada parecía un niño al que sus padres hubieran olvidado, un niño que dudara ante el futuro, desconcertado y poco preparado para la ocasión. Sus ojos atrapaban cada detalle y en cada detalle encontraban un vínculo con su remota infancia.

Fue directo y sin preguntar hacia el segundo piso, donde se encontraban las aulas de primaria. Recordaba el camino de una sola vez que había acompañado a Laura, a principio de curso. Aunque luego le había pedido muchas veces que lo hiciera, nunca encontró el tiempo, nunca hizo el esfuerzo que su hija se merecía, y ahora era demasiado tarde. La profesora le aguardaba con el rostro tranquilo.

–Buenas tardes...

Le tendió la mano en un ademán cálido y sincero, y a Carlos le inspiró una inmediata confianza. Aquella mujer era la clase de maestra que cualquier padre puede desear para sus hijos, con una expresión serena y afable.

–Muchas gracias por atenderme.

–Por favor, es lo menos que puedo hacer...

–Es todo tan complicado ahora...

–He preparado la carpeta con los trabajos y dibujos de Laura. Era una niña muy inquieta y muy trabajadora...

Carlos se sintió culpable: apenas conocía a su hija, pese a haber compartido los nueve escasos años de su vida. Casi cualquier comentario por parte de ella lo hubiera aceptado como válido.

–Me imagino que sí – afirmó, con una sonrisa forzada.

La mujer lo miró extrañada, pero habituada al mismo tiempo. No era el primer padre, ni muchísimo menos, que no tenía la menor idea de lo que sus hijos hacían o dejaban de hacer en horario lectivo.

–Le importa que le haga algunas preguntas...

–En absoluto, entiendo que quiera hablar...

–Es absurdo, pero...

–Por favor, pregúnteme lo que quiera.

Carlos recogió en sus manos aquella carpeta de colores vivos y extrajo unos cuantos folios. Había un montón de cálculos: divisiones y multiplicaciones sencillas. También redacciones y algún examen corregido con excelentes calificaciones.

–Era una niña inteligente, ¿verdad?

–Muy inteligente, se lo puedo garantizar. La voy a echar mucho de menos. Era muy charlatana, también, pero con unas ansias tremendas de saber.

Él fue repasando los trabajos, deteniéndose de vez en cuando en alguno para analizarlo, y esbozando sonrisas a medias con frecuencia. Pero de súbito un dibujo atrajo su atención, y la sangre se le paralizó.

–Perdone... Qué... ¿qué significa esto?

La profesora recogió el papel que le tendía y lo observó con relativa calma. Era una especie de escena horrorosa en la que alguien estaba siendo amordazado y torturado por un grupo de personas. Los trazos eran gruesos e imprecisos, pero se adivinaba el horror en el mártir y la ira en los torturadores. Además, un intenso color rojo en abundancia daba a la escena un aspecto pavoroso y macabramente encendido.

–Bueno, ya sabe, esos dibujos raros que solía hacer de vez en cuando.

– ¿Estos dibujos?

–Veo que no conocía este aspecto de Laura...

Aquellas palabras, pronunciadas con pausa y sin titubeos, casi le asustaron aún más que el propio dibujo.

– ¿Qué quiere decir?

–Su hija acostumbraba a realizar esta serie de pinturas. Su mujer estaba al tanto, y le tenían muy preocupada.

–Yo... yo no tenía ni idea...

–Hasta tal punto, que Laura estaba en tratamiento con la psicóloga del Centro. Un viernes al mes tenían una sesión...

–Pero... ¿desde cuándo sucedía esto?

–Prácticamente desde principios de curso. Lo cierto es que Laura era una niña completamente normal en todos los aspectos. Quizá con una inteligencia especial. Esto era lo único que rompía esa normalidad. Discúlpeme, creía que usted estaba al tanto.

–Y dice que mi mujer lo sabía...

–Se lo aseguro. Si quiere puede venir una tarde y hablar con la sicóloga. Ella suele estar los lunes y los viernes, de cinco a siete.

Carlos salió casi tambaleándose del colegio, aferrado a la carpeta de su hija. Aferrado con un devastador sentimiento de culpa y distancia a la carpeta de una niña a la que no conocía, ni se había molestado en conocer.

VIII

Esteban tiraba piedras con fuerza sobre el estanque. Pese a la edad, aún conservaba una salud envidiable y un estado de forma magnífico.

–De niño te encantaba hacer esto conmigo. Una vez conseguiste siete rebotes, y fue un récord que yo todavía no he logrado batir. Luego dejó de interesarte.

Carlos miraba a su padre, sentado en una piedra grande y lisa. A ambos les gustaba aquel lugar solitario al que sólo los domingos iban algunos excursionistas.

–Papá, no conocía a mi hija. Laura ha muerto y nunca he sabido nada de ella.

Esteban lo miró preocupado e hizo un gesto de negación con la cabeza. Tiró una última piedra y se acercó hasta su hijo.

–Ningún padre llega a conocer a sus hijos...

–No me entiendes. Ayer estuve con su profesora y me mostró unos dibujos terribles. En casi todos se puede ver a gente que es martirizada por otra gente.

Su padre guardó un respetuoso silencio, antes de hablar:

–No sé qué decirte.

–Por la noche estuve leyendo. Es muy habitual este tipo de dibujos en niños que han pasado por una situación traumática.

–Pero Laura no...

–Lo sé, lo sé. Pero quizá vio un accidente de tráfico un día camino del colegio, o en la televisión. Seguro que fue eso, alguna imagen espantosa en la televisión que la dejó obsesionada.

–Puede ser. Yo ya casi no veo las noticias. Sólo consiguen dejarme en un estado de nervios que me impide dormir.

Carlos sostuvo la mano de su padre con fuerza, como cuando era un niño indefenso, necesitado de la fortaleza del progenitor.

–Lo terrible es que nunca me dijo nada, y que yo nunca me di cuenta de nada, embutido en mi trabajo y en mis cosas. Y lo peor también es que Alicia era conocedora de la situación y tampoco me informó del asunto.

–No querría preocuparte en balde, no le daría la misma importancia que tú le estás dando ahora.

Cabizbajo, Carlos añadió, con los ojos fijos en la orilla del estanque:

–O me veía tan alejado que pensaba que de qué iba a servir decirme nada... Qué podía aportar yo, desde la distancia y el desconocimiento.

–No seas cruel contigo mismo. Esta sociedad de hoy en día no está montada para que los padres disfruten de sus hijos. Sencillamente, hijo, eres uno más.

Carlos se incorporó y se acercó al estanque. Tomó entre sus manos una piedra lisa y plana, y la lanzó con fuerza.

–Cuatro rebotes papá. Vamos a ver quién gana.

IX

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Carlos se revolvió en la cama, todavía aturdido por el sueño profundo en el que estaba sumergido.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Se incorporó de un brinco.

«Mierda, qué narices pasa con este despertador».

Lo inspeccionó pero, como en la anterior ocasión, estaba en posición de radio apagada. Decidió quedarse un buen rato con la luz encendida, observando el pequeño aparato que tenía sobre la mesilla de noche.

«Esto es increíble».

Pudo ver cómo pasaban los minutos. Cuando habían transcurrido treinta, y el reloj digital ya marcaba las tres y cuarto de la mañana, optó por apagar la luz y volver a intentar dormir. No habían transcurrido ni cuarenta segundos cuando irritado pudo escuchar:

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

X

Aquel día recogió todas sus cosas. Lo hizo lenta y pausadamente, como si cada gesto y cada objeto requiriesen de una atención extraordinaria. Luis, el presidente de la agencia, lo observaba con atención y con un gesto de sincera tristeza.

– ¿Qué vas a hacer ahora?

–No lo sé, de verdad, no lo sé.

–Te puedo ofrecer cosas pequeñas, para que no te aburras en casa. Te las pagaría bien...

Carlos hizo un ademán de rechazo con las manos.

–Luis, ya has hecho mucho por mí. Ya estás haciendo mucho.

–No lo sé. Fui yo el que te insistió en que dejaras el trabajo por una temporada. Quizá ahora me estoy arrepintiendo. Reconozco que en una parte soy egoísta, pero por otro lado es que no estoy seguro de que te convenga en este momento no hacer nada.

–Algo haré. De momento quiero saber quién era mi hija, qué le interesaba, qué amigos tenía. De repente, cuando ya nada tiene remedio, parece que voy a empezar a comportarme como un verdadero padre.

Luis se acercó hasta él y lo abrazó sin rubor. Era la primera vez que lo hacía. No lo había hecho ni cuando acababan de ganar una gran cuenta para la agencia.

–Este lugar no será lo mismo sin ti. Tienes las puertas abiertas para siempre, ya lo sabes.

–Gracias.

Luis lo dejó a solas con sus cosas y se alejó discretamente, conteniendo una emoción que él solía tener muy controlada.

–Gracias –repitió Carlos en voz alta, aunque ya no había nadie que le escuchara.

Continuó hurgando en los cajones y en los estantes, seleccionando qué artículos se llevaría a casa y cuáles otros irían a parar al cubo de la basura. Ocho años daban para acumular muchos kilos de basura, muchos kilos de recuerdos y de papeles inútiles. Más inútiles ahora que nunca.

«Seré idiota».

En una hoja había apuntados asuntos que tenía pendientes, la fecha era la misma en la que su mujer y su hija habían fallecido. Algunos estaban resaltados en rojo y al lado los había enfatizado con un par de exclamaciones.

«Llamar a Sánchez... Visitar la Feria del Merchandising... ¡Menudo idiota, un idiota de verdad!».

Aquella lista con doce o trece temas era ahora totalmente prescindible, absurda, ridícula una vez más. Con gusto hubiera echado el tiempo atrás y los hubiera modificado por otros: Estar más con

Laura, salir a cenar con Alicia, ir al acuario el próximo fin de semana...

XI

Todo en el salón estaba quieto, inmóvil, como paralizado. Carlos tenía los ojos clavados en un trozo de pared en el que no había cuadros ni estantes ni nada en absoluto. Sólo un trozo de pared blanca y lisa, desnuda y limpia. Necesitaba concentrarse con suma atención en aquel pedazo de pureza, en aquel espacio vacío y sin enturbiar. Así podía mantener su mente también en blanco, como la pared. Sólo el equipo de música emitía una débil melodía, una y otra vez: el Tannhäuser de Wagner. Cerca del sillón en el que estaba clavado, un papel tirado sobre la alfombra, con algunas palabras escritas: «Este regalo especial para mi papi, al que quiero y necesito mucho, mucho, mucho. Laura Miranda».

XII

Aquella mujer, Marta, lo miraba con una intensidad poco habitual. Carlos se conformó imaginando que en realidad todos los psicólogos tienen un algo de escrutador profundo en los ojos.

Ya sé que no estaba al corriente de nada. No tiene por qué preocuparse.

–Muchas gracias. No le negaré que me siento algo incómodo.

Marta hizo un ademán de comprensión con todo su cuerpo.

–Piensa que le voy a reprochar algo, que estoy pensando que ha sido un mal padre, ¿verdad?

–Sí.

–Pues aparte esos pensamientos de su cabeza. Nada más alejado de la realidad. Es usted un padre de hoy en día, nada más. Cada vez estoy más acostumbrada a que ni siquiera sean los padres los que vengán a verme, sino sus cuidadores. Así están las cosas.

Por un lado Carlos estaba cohibido por la seguridad con la que aquella mujer le hablaba, y por otro se sentía peculiarmente reconfortado conversando con ella.

– ¿Qué le pasaba a Laura?

–Todavía no lo sé. Su hija era muy inteligente y se comportaba de un modo normal. Sólo tenía esa manía de hacer dibujos terribles. Le pregunté muchas veces acerca de ellos y casi nunca me dio una respuesta. Solía salirse con evasivas.

–Y mi mujer...

–Su mujer esperaba afuera la mayoría de las ocasiones. Sólo dos veces las tuve juntas: la primera visita y la última

– ¿Y eso?

–Bueno... Creo que su mujer estuvo muy preocupada al principio... y también lo estuvo... al final...

Carlos guardó silencio por algunos segundos, tratando de madurar en su interior aquellas palabras.

–No tendrá usted idea de si hubo algo en los últimos días...

–Mire... es que no me gustaría exagerar nada, ni que pensase que yo, pues...

–Por favor, confío en su palabra.

–Su mujer me dijo que temía que Laura pudiera hacerles daño a usted o a ella misma. Su mujer estaba empezando a pensar en internar a Laura en un centro psiquiátrico.

Él negó con la cabeza y se estiró en la silla, como deseando desprenderse de toda la piel, que le pesaba enormemente, como su cabeza, como su cerebro, como todas las ideas que bullían dentro de él.

–No me dijo nunca nada. No compartió conmigo aquellas inquietudes.

–Quizá lo iba a hacer en breve.

–Y además... mi hija era una niña... tan encantadora. Estaba poco con ella, eso es seguro, pero...

No es posible, no es posible...

–Ya le he dicho que, salvo excepciones, Laura era una niña como cualquier otra.

–Antes me ha dicho que “casi nunca” le dio respuesta para aquellos dibujos... ¿Es que alguna vez sí lo hizo?

Marta desvió por primera vez la mirada, se levantó y se dirigió a la ventana de su despacho, en la primera planta del centro escolar.

–Mire, creo que sería mejor dejar esta conversación para otro día. Yo soy psicóloga especializada en niños, pero también atiendo a adultos por las mañanas, en mi consulta privada.

Carlos apretó las manos, tratando de contenerse, sabiendo que aquella mujer tenía razón en lo que hablaba.

–Mire...

–No entiende que está soportando una gran tensión emocional y que cualquier cosa puede llegar a... desequilibrarle.

Él se incorporó y se dirigió también hacia la ventana. Afuera algunos niños jugaban al fútbol en el patio.

–Le prometo que iré a su consulta, seguro que necesito ayuda para superar esta situación. Pero por favor no deje que mi imaginación se martirice con más dudas de las que ya tengo.

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos con expresión preocupada y sincera. Era la expresión de alguien que comienza a sentir una gran empatía con su interlocutor.

–Carlos –comenzó hablando muy despacio–, la mayoría de las veces las cosas no son lo que parecen.

–Lo sé. Estoy convencido.

Él se asió a la manecilla de la ventana con fuerza, aguardando una verdad que desconocía, pero a la que temía como a la peor de las pesadillas que hubiera tenido nunca.

–Laura me dijo que en aquellos dibujos estaba plasmando su futuro. Que ella era la persona a la que todos esos seres terribles estaban martirizando.

XIII

Su padre lo observaba consternado, y pese a su talante siempre ágil y positivo, le costaba encontrar las palabras adecuadas. Pese a que ya había pasado por experiencias dramáticas a lo largo de su vida, no se sentía preparado para afrontar aquella situación.

–Es terrible...

–Papá, lo terrible no es ya que no conociese a Laura, es que además mi hija sufría enormemente y yo estaba a su lado sin darme ni cuenta.

–Yo tampoco he llegado a conocerte a ti todavía...

–Pero es diferente, ella me necesitaba. Quizá tú no me hayas comprendido algunas veces, pero siempre te he tenido a mi lado cuando ha hecho falta.

Esteban cogió un pedazo de tierra húmeda y lo apretó con todas sus fuerzas. Aquella tierra le daba seguridad, la presión que ejercían sus dedos exprimiéndola también. Llevaba ya muchos años en aquel lugar apartado del mundo civilizado, aunque no muy lejos del mismo. La soledad y el silencio habían sido el refugio en el que los recuerdos no podían alcanzarle y morderle con sus fauces implacables. Miró el cielo, despejado y casi sin nubes, intentando encontrar las palabras adecuadas.

–Y qué ahora. ¿Qué quieres hacer exactamente?

–Saber, saber la verdad.

– ¿Qué verdad, Carlos?

–No sé. Quiero saber el porqué de esos dibujos, quiero conocer más a mi hija, quiero no sentirme culpable por todo...

Carlos miró a su padre con un deje de súplica en los ojos.

–No eres culpable de nada, absolutamente de nada, espero que no tardes mucho en entender eso.

–Papá, eso es muy fácil de decir.

–No. ¿Qué pretendes? No se puede echar el tiempo hacia atrás, y nada de lo que hagas o inicies ahora con respecto a Laura va a cambiar lo que ya ha sucedido.

–Al menos puede cambiar mi forma de ver el mundo, y también puede ayudarme a levantarme cada día.

Esteban comprendió que su lucha iba a requerir de muchos esfuerzos y de un contacto constante con su hijo. Lo veía al borde de un precipicio y tenía que encontrar la manera de evitar que cayera en él.

–Carlos, vas a tener que elegir. O te embarcas en la búsqueda de la verdad acerca de Laura, o lo dejas correr y paras ya toda esta historia.

– ¿Y tú qué me aconsejas?

Su padre apretó los dientes antes de responder:

–Abandona... No vas a ganar nada en absoluto, Laura ya está muerta, está en manos de Dios. Si no lo haces, me temo que acabarás perdiendo el juicio.

XIV

Aquella madre regresó con una taza de té y se acomodó en el sofá tras ofrecérsela.

–Lamento muchísimo lo de su hija, ella solía venir con frecuencia a casa. Era una niña muy despierta y tan llena de vida. Su mujer también pasó alguna tarde conmigo y era encantadora.

–Muchas gracias –dijo Carlos, tomando la taza de té y acercándosela a los labios.

–María está a punto de llegar, la trae su padre de las clases de piano.

–Perdone que haya venido sin avisar. Estoy visitando a las mejores amigas de Laura, a sus compañeras de colegio. Seguro que le extrañará, pero ahora que la he perdido para siempre, me he decidido a conocer a mi hija.

La mujer forzó una sonrisa de comprensión, aunque no pudo disimular un cierto desconcierto.

–Lo... entiendo...

–Es muy duro no haberla conocido, y está siendo muy reconfortante para mí el hacerlo ahora –mintió.

La cerradura de la puerta de entrada sonó y de inmediato entraron al salón María seguida de su padre, un hombre alto y de gesto contenido.

–Hola, mami.

–Hola, hija. ¿Cómo ha ido?

–Bien... que te lo cuente papá, hoy he tocado mejor que nunca.

–Es cierto –reafirmó el padre, mirando de reojo al desconocido.

–Mirad, este es el padre de Laura, que ha venido a vernos. Quiere que tú le cuentes algunas cosas de tu amiga.

La niña miró a Carlos con desconfianza.

–Vale... ¡me voy a mi cuarto!

María salió disparada por un pasillo, y ya sólo se oyeron sus pasos alejándose y un breve canturreo. El padre de la niña aprovechó la ocasión para tenderle la mano a Carlos.

–Hola, soy Julián. Lamento lo de su mujer y su hija, nos enteramos en el colegio.

–Muchas gracias. Perdonen las molestias, sólo serán unos minutos, espero que entiendan...

–No, no pasa nada, es natural –replicó Julián, aunque poco convencido de sus propias palabras.

–Ahora mismo llamo a María, es tarde y no querrá... –añadió la madre.

Carlos hizo un gesto rápido con la mano para interrumpirla:

–Si no les importa... y aunque sé que estoy abusando de su confianza, me gustaría hablar con su hija a solas. No será igual de sincera si están ustedes dos delante.

Los padres se miraron incrédulos, sin saber a ciencia cierta qué responder a aquel hombre al que no conocían, pero por el que sentían una sincera compasión.

–De acuerdo, la habitación de la niña está al final de ese pasillo. Pero por favor, no se extienda.
–Muchas gracias, serán no más de diez minutos.

Carlos recorrió el pasillo caminando despacio. La habitación de la niña tenía la puerta abierta y ella jugaba con una par de muñecas estirada sobre la cama. Era una habitación como la de cualquier otra niña de su edad, era una habitación como la de Laura.

–Hola María, sólo quiero hablar contigo unos minutos.
–Yo me acuerdo de ti. Un día llevaste a Laura al colegio en un coche muy bonito, ¿verdad?
–Sí, sí, es cierto. Qué buena memoria tienes –respondió Carlos, satisfecho de haber encontrado un nexo común que pudiera generar confianza entre ambos.
–Laura era muy amiga mía. Nos sentábamos juntas en el colegio.

Aquella niña le hablaba con naturalidad. Carlos recordó lo estúpidos que somos los adultos, siempre empeñados en tratar a los niños con un aire de suficiencia absurdo.

–Lo sé, me lo ha contado tu profesora. María, no quiero entretenerte. Ahora Laura ya no está y necesito saber algunas cosas de ella muy importantes. Seguro que compartía secretos contigo, secretos que sólo tú y ella sabíais...

La niña se incorporó y dejó de mirarle a la cara.

–No se cuentan los secretos...
–Lo sé, pero Laura se ha ido y esos secretos pueden ayudarme a mí ahora. No te estoy pidiendo que se los cuentes a todo el mundo, te estoy pidiendo que me los cuentes a mí, que soy su padre.

María volvió a encararlo, con un gesto de preocupación. Con sus manos enredaba la colcha de la cama.

–Pero es que... seguro que no me vas a creer. Ella y yo teníamos un secreto muy secreto y prometimos no contarlo nunca. Laura me hizo prometer que no lo contaría nunca.
–No te preocupes. Te voy a creer. Y además, Laura no se enfadaría porque me contaras ese secreto a mí.
–Pero por favor no lo cuentes a nadie. Y sobre todo, no le digas nada a mis padres.
–Lo prometo.
–Laura tenía mucho miedo, muchas veces estaba de verdad muy asustada. Lo ocultaba, no se lo decía a nadie. Sólo yo sabía qué le pasaba. Pensaba que si se lo decía a la gente la llevarían a un hospital de locos.

Carlos volvió a sentir una vez más que un precipicio se abría ante sus pies y una vez más no encontró otro camino que dar un paso adelante.

–Y... ¿a qué le tenía miedo?

–Laura me decía que tenía muchas pesadillas. A veces se despertaba y entonces escuchaba unas voces de unos hombres que daban mucho miedo.

– ¿Y qué le decían?

–Laura, vamos a venir a por ti y te vamos a llevar al infierno con nosotros.

Había decidido pasar la tarde en aquel parque tranquilo. Había elegido el banco más alejado del bullicio, aunque podía observar desde la distancia cómo los niños disfrutaban de los columpios, del tobogán y de un pequeño castillo de madera. Las risas llegaban hasta sus oídos apagadas, absorbidas en parte por los cipreses, por los pinos y por el aire que se abría hacia el cielo. Una pelota de goma se escapó y fue a parar a sus pies. Una niña fue a buscarla y llegó hasta donde él se encontraba.

–Señor, ¿puede darme la pelota?

–Claro –respondió Carlos, lanzándosela.

–Señor... parece usted muy triste...

Y la niña se alejó rápidamente con la pelota entre sus brazos. Y Carlos quedó sumido en una soledad más inmensa todavía, y ya no escuchó nada más en toda la tarde.

XVI

Aquella noche a Carlos le había costado dormirse más que de costumbre, como si su ánimo ya presagiara el sueño que iba a tener a continuación:

“Alicia conducía su coche y Laura iba sentada detrás. Las dos conversaban relajadas. El vehículo descendía tranquilamente entre árboles, por una carretera estrecha que de vez en cuando se abría en alguna curva, dejando unas maravillosas vistas.

- Laura, no te quites el cinturón.
- Mamá, es que me molesta mucho.
- Pues si te molesta te aguantas.
- Es que no puedo jugar.

Alicia observaba a su hija de reojo por el retrovisor. La niña tenía algunos animales de plástico sobre el asiento trasero y trasteaba con ellos, haciendo sus voces.

- Ponte los animales sobre las piernas y de ese modo podrás jugar sin necesidad de girarte.
- Vale... –dijo Laura, con desgana.

Había llovido por la mañana y el cielo se había quedado de un gris suave que concedía una belleza aún mayor al verde de los árboles y las plantas. Alicia se sentía relajada, contenta de haber pasado aquella mañana de lunes en compañía de su hija, paseando por el monte.

- ¿Te lo has pasado bien?
- Sí, muy bien.
- ¿Qué es lo que más te ha gustado?
- ¡Cuándo ha empezado a llover y nos hemos metido en esa cueva tan pequeña las dos apretadas!

Alicia sonrió. Había sido muy divertido. Si no hubiera sido por aquella pequeña cueva, se hubieran calado hasta los huesos.

- ¿Tienes ganas de ver a papá?
- Muchas, muchas, muchas.
- Yo también.

Aunque iba despacio, tenía que llevar cuidado al conducir, porque el firme no estaba seguro. El agua caída, después de casi un mes sin llover, había dejado el asfalto muy resbaladizo. Recordaba que lo mejor en estos casos era no acelerar, no frenar con brusquedad y jugar mucho con el embrague.

- Mamá, estoy empezando a sentirme mal.

Alicia volvió a mirar a su hija por el retrovisor. La niña tenía cara de angustia y se revolvía en su asiento.

- ¿Quieres vomitar?
- No lo sé, es como un dolor muy raro.

La madre tuvo un extraño presentimiento y quiso concentrarse en la carretera, al mismo tiempo que trataba de calmar a la niña.

- Si prefieres paramos, o te bajo la ventana para que te dé el aire y te sientas mejor.
- Creo que... creo que ya sé lo que me pasa...
- No, por favor. No empieces Laura.

Alicia trataba de tener un ojo en la carretera y otro en su hija. La niña apretaba los dientes, como intentando acallarse. Y de repente comenzó a gritar:

- ¡Mamá, mamá, me duele mucho!

Laura se retorció ahora con una violencia inexplicable en la parte de atrás del coche, y seguía gritando, cada vez con una voz más grave, cada vez con una voz más alejada de la suya propia.

- ¡Mamá, sálvame, ya vienen a por mí! ¡Mamá, mamá!

Alicia trataba de controlar sus nervios, pero sin querer aceleró el vehículo. Cuando volvió a levantar la vista para mirar a su hija por el retrovisor pudo ver la imagen más terrible que jamás hubieran contemplado sus ojos: la niña tenía el rostro retorcido, en una expresión como de pánico incontrolable, la lengua medio fuera de la boca, los pómulos hinchados y los ojos, casi desorbitados, completamente rojos y brillantes. Aterrorizada y ya sin control sobre sí misma ni sobre sus actos, Alicia se dio cuenta de que se aproximaban a una curva a gran velocidad y pisó el freno con fuerza. Luego gritó, gritó con todo el aire que le permitían sus pulmones”.

Carlos se despertó, sudoroso, y gritó con todas sus fuerzas, gritó como su mujer lo había hecho en el sueño. Y siguió gritando durante cerca de una hora, hasta que cayó exhausto sobre la cama.

XVII

El edificio estaba en el centro de la ciudad, en un lugar de fácil acceso y muy bien situado. Habían quedado al mediodía, y a esas horas el bullicio era constante y agobiante. Pese a todo, a Carlos le agradó sentirse rodeado de gente, como si todo aquel calor humano sirviera de algún modo para paliar su situación. Como si todas aquellas personas, de una forma callada y muda, estuvieran en solidaridad con él. En la entrada tuvo que saludar al portero:

–Perdone, ¿Marta Sanchís?

–Eh... Sí, la psicóloga, en la cuarta planta, la letra C.

–Gracias.

Carlos tomó el ascensor y pudo descubrir que, aunque bien cuidado, aquel edificio tendría ya más de 60 años, y el ascensor no menos de 30, lo cual no le confería ninguna seguridad. Cuando llamó a la puerta del 4º C estaba nervioso como un niño pequeño que va al médico por primera vez.

–Hola, Carlos, muchas gracias por venir.

–No, no, Marta, muchas gracias a usted por atenderme.

Se notaba que aquel apartamento era su vivienda habitual, además del lugar en el que pasaba consulta. Demasiado bien ordenado y demasiadas puertas cerradas que daban al salón, en el que había dos cómodos sillones a un lado y una mesa de despacho con otro sillón al otro.

–Es muy bonito.

–Gracias. ¿Quiere tomar algo?

–No.

–Entonces, sentémonos.

Ambos tomaron asiento en los sillones encarados, cerca de un gran ventanal que daba al balcón, lleno de plantas y macetas, seguro una técnica sencilla para relajar a los pacientes y darles confianza.

–En fin... ¿cómo va todo?

Carlos miró a la psicóloga y se decidió a ir al grano desde el primer momento, creyendo que lo mejor era la sinceridad.

–Recuerdo que usted me lo advirtió. Mi padre también me hizo algún comentario al respecto... Creo que me estoy volviendo loco.

Marta sonrió tratando de disminuir la tensión que intuía en aquel hombre, claramente desesperado. En realidad, y esto era algo que le sucedía con frecuencia, tenía unas ganas terribles de disipar sus dudas y hacerle recuperar la confianza.

–Vamos, vamos. No será para tanto. Dígame, ¿qué le hace pensar eso?

–No lo sé... Es decir, muchas cosas.

–En qué quedamos...

–Hay una idea que está empezando a rondarme por la cabeza. Es una idea estúpida, descabellada, lo sé... Pero... De verdad que cada día le encuentro más lógica.

Marta comenzaba a entender que estaba frente a un hombre que no sabía si tirar la toalla ante su propia impotencia para controlar la realidad.

– ¿Y qué idea es esa?

–Creo que Laura de verdad estaba siendo acosada... Todos esos dibujos, sus temores, su comportamiento...

–Pero no creará que... desde el infierno...

–No, no, por favor. Entiéndame, alguien real que le intentaba hacer algún mal y ella lo transformaba en su cerebro.

Carlos esquivó la mirada de la psicóloga. En verdad no estaba siendo sincero, porque sabía que ser absolutamente sincero era un disparate.

–No es descabellado. ¿Ha pensado en alguien en concreto?

–Mire, Marta... En realidad no he venido a hablar de mi hija.

–Lo sé.

–Es que, necesito ayuda. Solo no puedo afrontar esto. Cada día descubro algo nuevo de Laura, es como una pesadilla. Hace unos días hablé con una compañera suya del colegio...

Marta se acercó a Carlos y le pasó suavemente la mano por el hombro, tratando de calmarlo.

–Tranquilo, verá cómo juntos lo superamos. No tenga miedo a hablar conmigo.

Él se sintió vencer, como alguien asido a un árbol, que lucha por no ser arrastrado por una riada, pero que al final decide soltarse, agotado. Y rompió a llorar.

–Antesdeayer tuve una pesadilla terrible. Por eso la llamé ayer, porque tenía la certeza de que solo iba a ser incapaz de afrontar esto que me está sucediendo.

–No está solo. Apóyese en la gente que le quiere y venga a hablar conmigo cada vez que desee.

–Sólo me queda mi padre. He vivido prácticamente para mi trabajo, sin apenas contacto con nadie, casi ni para mi propia familia.

–Hábleme de esa pesadilla, debe de sacarla fuera, debe de compartir su sufrimiento.

A Carlos le gustaba mirar de vez en cuando hacia el ventanal, hacia las plantas que en él había, y hacia el cielo. De alguna forma, era como recobrar las fuerzas, como llenarse de alguna leve esperanza. Además, Marta conseguía darle tranquilidad.

–Soñé que el día del accidente mi hija era llevada al infierno. Soñé que se transformaba en un ser espantoso, y que por eso mi mujer tuvo el accidente. Mi hija gritaba pidiendo auxilio, pero en cada grito su voz se iba haciendo más extraña, diferente a la suya, parecida a la de un ser abominable...

Marta no pudo evitar fijar en su rostro una expresión de asombro, casi de miedo. Era un miedo a sucumbir también ella en una red demasiado pegajosa, demasiado peligrosa. Era el miedo a que su mente no pudiera controlar todo lo que estaba sucediendo, porque las cosas comenzaran a encajar, o en su cabeza *encajasen*.

–Ya lo sé, una mala jugada de los sueños –añadió él, antes de que ella pudiera decir nada.

–No. Quizá no le sirva de ayuda lo que voy a enseñarle, quizá yo misma esté empezando a entrar en su juego, pero creo que debe de ver algo. Se lo oculté porque a mí misma me aterró la idea... y lo achaqué a una mera casualidad... Pero con esto que me ha contado...

–Por favor, dígame de qué se trata...

Ella se levantó, dejándolo a solas unos segundos. Regresó de una de las habitaciones que daba al salón con una carpeta de tapas rojas.

–Cuando su hija falleció me traje su expediente. Pensé que algún día me lo pediría, o querría verlo conmigo.

Marta abrió la carpeta y buscó entre dibujos y hojas con anotaciones de su puño y letra. Cuando por fin encontró lo que buscaba, se lo tendió a Carlos diciendo:

–Sé que no es posible, pero parece ser que entre su hija y usted había más unión de la que en un principio pudiera pensar.

Carlos tomó entre sus manos temblorosas el papel que aquella mujer le tendía. Era un dibujo de Laura, lo reconoció al momento. Y al momento también se quedó petrificado. De una forma sencilla, su hija había dibujado con ceras una espantosa escena: un vehículo se precipitaba al vacío desde una montaña; en la parte delantera una mujer que conducía parecía gritar; en la parte trasera, una niña deforme y con los ojos rojos era arrancada del coche por una especie de espectros negros.

XVIII

Decidió hacer un pequeño viaje. Se marchó al norte, a un pueblecito cerca del mar. Allí pudo pasear, allí pudo despejar su mente. Durante tres días pareció recobrar la razón.

«Todo es un mal sueño. En cualquier momento despertaré».

No le había contado nada de los últimos acontecimientos a su padre, no deseaba preocuparlo. En cualquier caso, no era el momento para darle ninguna clase de disgustos. Aunque era un hombre fuerte, ya había perdido a su mujer... Y ahora...

Por la mañana salía a pasear por la playa y, aunque los días eran grises, aquel mar del norte presentaba un aspecto hermoso y relajante. De algún modo, le recordaba su infancia, le recordaba el mercurio que se derramaba cuando un termómetro se rompía.

XIX

Bzzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzzz...

Lo despertó una vez más aquel sonido incómodo de la radio. Pero en esta ocasión quiso aguantar un poco, no encender la luz, no comprobar la posición de encendido o apagado. Sencillamente quiso asegurarse de que no era una mala pasada de su angustiada mente.

Bzzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzzz...

De súbito el sonido se hizo más intenso, y también variable. Era como cuando uno busca una emisora en el dial, sin lograr acertar a encontrarla. Y entonces sonó una voz, una voz que conocía demasiado bien:

– ¡Papá, papá... ayúdame... ESTOY EN EL INFIERNO!

XX

Marta comenzó a sentirse incómoda en aquella casa. Era como cualquier otra, pero la sugestión ejercida por lo que Carlos le acababa de contar comenzaba a hacer su efecto.

–Creo que he contribuido a que su estado empeore. Puede ser que yo no le esté siendo de ninguna utilidad, más bien al contrario.

–No, por favor. Realmente le necesito. Quiero saber si estoy loco, quiero saber si me estoy volviendo loco.

–Mire... Carlos, yo no creo en nada de esto. Al mismo tiempo, usted siempre me ha parecido un hombre cabal y sincero. De lo que estoy segura es de que no se está inventando nada, que realmente dice lo que siente.

Carlos se abrazó a sí mismo, como cuando se tiene frío y nada con lo que cubrirse, salvo el propio cuerpo.

–Lo que me está queriendo decir con suavidad es que, bajo su criterio, estoy perdiendo el juicio.

–No... y sí.

–Explíquese –casi suplicó.

–Puede ser que en verdad esté perdiendo la noción de la realidad, que embutido en el shock traumático, fruto de una pérdida tan dolorosa, su mente le esté sometiendo a un juego complicado que nada tiene que ver con lo que en verdad sucede. Pero esta situación puede ser transitoria... o permanente –sentenció ella, casi en un suspiro de voz.

Carlos notó cómo sus músculos se aflojaban, cómo la pérdida de control no era solamente sobre lo que su cerebro maquinaba, sino también sobre todo el resto de su ser.

–Para usted no cabe la posibilidad de que todo lo que digo sea cierto...

–Sinceramente, no. Hay cosas muy extrañas, conexiones entre lo que cuenta y hechos de los que en absoluto era conocedor. Pero para mí sólo son fruto de la casualidad, de una curiosa y traicionera casualidad que lo puede estar confundiendo.

–¿Casualidad! ¿Acaso casualidad es oír que tu hija te pide auxilio aterrorizada a través de un aparato de radio? ¿Tiene hijos? ¿Sabe lo que eso supone?

Ella le miró desconcertada y se quedó en silencio.

–Marta, lo siento, lo siento. Estoy perdiendo el control. No le volveré a gritar nunca más. Discúlpeme.

–No se preocupe, no sé cómo reaccionaría yo en su lugar. Lo que le está sucediendo es terrible –dijo ella, en un tono tranquilo y conciliador.

Él volvió a recogerse como un niño, a la espera de una palabra de aliento, de un gesto de rescate. Marta enseguida captó el mensaje.

–Carlos, aunque yo no crea en estas cosas, tengo una amiga parapsicóloga. Estudiamos psicología

juntas, pero ella decidió optar también por alternativas menos... científicas... perdón... empíricas.
–¿Y ella creerá en lo que le cuente?

Marta se sintió dolida fugazmente por aquel comentario, aunque comprendió al momento que era casi normal.

–Ella le escuchará de un modo distinto al que yo lo hago.

XXI

Intentaba subir al monte cada vez que podía. Iba a uno distinto y alejado al que solían ir su mujer y su hija. El aire fresco de la montaña, el color pardo del suelo, la humedad del ambiente, el sonido de las ramitas crujiendo bajo sus pasos... todo contribuía a apaciguar su alterado espíritu. Tenía que reunir fuerzas para hablar con su padre, hacerle partícipe de aquella situación angustiosa que estaba viviendo. Por un lado no quería preocuparlo en exceso, pero por otro él mismo lo necesitaba y su padre no se merecía no conocer la verdad.

«Qué fantástico hubiera sido ir con ellas aquel día, haber muerto con ellas aquel mismo día».

Al instante apartó de su mente aquellos pensamientos, y se concentró nuevamente en la forma en la que iba a encarar a su padre y en cómo luchar para salir de la situación en la que se encontraba.

XXII

Esteban se quedó largo rato mirando a su hijo. Trataba de contener su propia emoción, su propio sentimiento de pánico, su propio desconcierto. No sabía si contarle lo que sabía, después de haberle estado escuchando, o callarse, guardarse la verdad, y no contribuir a generar nueva confusión. O no. O quizá aquello que sabía serviría para sacar a relucir la realidad, aunque esta fuera increíble y demencial.

—Lo sé papá. Es terrible que un hijo te cuente esto. Pero te necesito ahora más que nunca. Ojalá pudiera yo solo...

—Carlos, por favor, sabes que siempre me tendrás a tu lado. Y yo creo tu versión, yo sé que no me mientes, y yo sé que no estás loco. Desde que murieron Alicia y Laura están sucediendo demasiadas cosas extrañas como para que todo sea una casualidad. Sabes que soy un hombre de fe, y nada de lo que me cuentas la quebranta. Hay cielo como hay infierno. Por algún motivo, Laura estaba luchando contra el infierno y nosotros no éramos capaces de verlo.

Carlos observó incrédulo a su padre. No podía ser. Hablaba con una rotundidad que no admitía lugar a la duda. Se alegró de haberle contado todo, sin omitir ni una sola coma. Aún así, no esperaba aquella reacción tan positiva hacia lo que estaba aconteciendo, hacia lo que le estaba aconteciendo.

—Papá...

Esteban le acalló con un gesto de su mano.

—Escúchame. Hay algo que no te había contado, algo a lo que resté importancia en su momento. Como ves, las cosas cambian su sentido según el contexto y ahora estamos atando cabos continuamente.

—Perdona, pero no te entiendo en absoluto.

– ¿Recuerdas que no quisiste reconocer los cuerpos? ¿Recuerdas que tuve que ir yo? ¿Que se hizo una autopsia a ambas?

–Sí, lo sé –dijo Carlos, con la voz rota.

–Alicia falleció de un fuerte traumatismo en el cráneo. Pero Laura, mi nieta, murió de un infarto. Es un hecho extraño, aunque puede suceder en determinadas circunstancias. Pudo soportar un shock antes de que el coche se estrellara.

–Pero entonces...

–No había sufrido ninguna lesión de gravedad, y desde luego ninguna que llevase acarreada como consecuencia la muerte.

Carlos se vio a sí mismo andando por un bosque espeso, como en un sueño. Las hojas y las ramas de los árboles apenas le dejaban ver la luz, aunque la intuía al fondo. Poco a poco, y a medida que avanzaba, la luz se iba haciendo más clara, más evidente, más fuerte.

–Y esto ya lo vinculas con...

–Espera. Es que esto no es todo, ni siquiera lo más importante. Ya te he dicho que tú no viste el cadáver de Laura, tuve que ir yo a reconocerlo. Los forenses no sólo estaban un poco extrañados por la causa de la muerte, había otros dos hechos difíciles de explicar y que ahora dan sentido y lucidez a lo que te está ocurriendo, por increíble que nos parezca a ambos.

–Cuáles dos hechos...

–Laura tenía los ojos como salidos de sus órbitas y completamente inyectados en sangre. Cuando me lo explicaron, yo mismo levanté sus párpados, demasiado hinchados. Fue una imagen horrible. Estaban tan llenos de sangre que prácticamente eran rojos, de un rojo oscuro y brillante, como en tu sueño.

– ¡Papá!

–Y luego, algo en principio sin importancia, algo a lo que los médicos le concedieron una relevancia menor, pero que ahora cobra una dimensión extraordinaria. Laura tenía profundos moratones en los brazos, marcas de dedos adultos que hubieran estado tirando con fuerza de ella.

XXIII

El tiempo transcurría con una lentitud cansina y exasperante. Carlos deseaba que las horas se acelerasen y que llegase un momento en que todo lo que le estaba sucediendo se disolviera en la memoria común de las cosas, y terminase por ser casi irreal.

«Acabaré pensando que nada sucedió».

Muchas veces se sentía como un animal encerrado, dando vueltas sin cesar al salón. Había decidido menguar el espacio vital de su vivienda, dejando dos habitaciones clausuradas para siempre: la de su hija y una pequeña estancia que había transformado en un trastero con los recuerdos de su mujer.

«O terminaré encerrado en algún centro psiquiátrico, atenazado por el mismo terror que Laura».

Los amigos de siempre (pocos) habían ido dejando de llamar. Él era un hombre huraño y encerrado en sí mismo, y esta personalidad suya se había acentuado desde el accidente. Ya nadie, excepto su padre y quizá Marta, se preocuparía de él.

«Lo importante ahora es sumar horas, contar días, dejar que pasen los años, esperar, esperar a que todo vuelva a la normalidad».

Se estaba habituando a leer y a ver y a escuchar programas de parapsicología, de temas inexplicables y situaciones cercanas a lo irreal. Estaba madurando la idea de escribir a alguna revista, o compartir su caso en directo en alguna emisora de radio. Pero al final siempre desistía en el último momento, en la creencia de que el resto de la humanidad lo tomaría por loco.

«Mi padre me cree, mi padre sabe que estoy contándole la verdad, que no he perdido el juicio».

Era espantoso, pero los últimos acontecimientos, los datos que Marta y Esteban le habían facilitado, confirmaban su teoría: su hija de verdad estaba siendo acosada desde el infierno. Laura por algún motivo había sido arrastrada hacia aquel lugar en el que seguro la estarían mortificando, tal y como ya vaticinaba ella misma en sus dibujos.

«Cómo me puede estar sucediendo esto a mí, que ni siquiera creo en Dios, que nunca he tenido fe en nada que no pudiera ver o tocar».

Cada noche empezaba la misma diatriba y cada noche tenía que someterse al cuestionario de su otro yo, el más cabal, el que tenía los pies en la tierra, y se resistía a dar rienda suelta a una explicación que rayaba en la demencia más profunda e incontrolada.

«¿Está sucediendo realmente todo esto? ¿He hablado con mi padre? ¿He conocido a una psicóloga llamada Marta? No será que mi mente está creando una maraña de sueño y realidad en la que me tiene atrapado...».

Y todo volvía a empezar. Y de este modo podían pasar horas y horas, toda la noche en vela, hasta bien entrado el amanecer. Y así iba exterminando ese tiempo que él ansiaba transitar de una forma veloz y casi anestesiado. Pero la conclusión final siempre era la misma: todo era real, y su hija estaba en el infierno y necesitaba urgentemente de su ayuda.

XXIV

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Aquel sonido otra vez, aquel sonido que ya le dejaba helada la sangre nada más escucharlo. Esperó, esperó alerta.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Y otra vez el dial volvió a viajar veloz de una emisora a otra, en esa búsqueda que él temía terminaría del mismo modo que en la anterior ocasión. Y entonces sonó la voz que esperaba, otra vez aquella voz tan suya, tan de sus propias entrañas:

– ¡Papá, papá... ayúdame... ESTOY EN EL INFIERNO!

Dio un salto de la cama, encendió la luz, cogió el radio-despertador y con gran brusquedad le arrancó las pilas. Dejó el aparato sobre la cama y este quedó como inerte. Carlos respiraba con dificultad, todavía sobresaltado, todavía lleno de ira y violencia.

«Estoy loco, estoy loco, ¡estoy loco! ».

Y entonces su mirada ya alucinada se dirigió hacia la radio, que increíblemente otra vez estaba en funcionamiento, otra vez buscaba incansable en el dial, otra vez volvía a ser transmisora de la voz angustiada y desenfrenada de su hija:

– ¡Papá, papá... ayúdame... ESTOY EN EL INFIERNO!

XXV

La voz de Marta sonaba casi rota al otro lado de la línea. Ya no sabía qué pensar, ya no sabía cómo había conocido a aquél hombre, cómo había llegado hasta aquella situación, cómo se había visto involucrada en esta historia tan extraordinaria.

–Carlos, tranquilo, estás muy nervioso.

–¡Cómo no voy a estarlo! ¿Qué debo pensar? Marta, ¡estoy escuchando a mi hija muerta, hablándome por un aparato de radio sin pilas!

Carlos apretaba el auricular contra su rostro, como intentando que Marta estuviera más cerca de él.

–Voy a llamar a Elena, mi amiga la parapsicóloga. Ella podrá ayudarte.

–Escucha... Marta... Necesito que me hagas un favor...

Marta dejó transcurrir un tiempo en silencio, sopesando la respuesta mucho antes de conocer la pregunta.

– ¿Qué clase de favor?

–Necesito que me recetes algún tipo de somnífero. Quiero descansar, quiero dormir por la noche.

–No irás a cometer una locura...

–Ni hablar. De verdad. Sólo quiero poder dormir, sólo quiero que la noche sea un mero trámite del que no me entere, y poder despertar a la luz del día siguiente.

Una vez más, Marta sintió compasión por aquel hombre que había perdido toda fe en sí mismo y en su cordura.

– ¿Puedes aguantar una noche más?

–Sí... creo que sí.

–Mañana le pediré a Elena que se acerque a tu casa. Ella te llevará algunas pastillas.

–Muchas gracias, Marta, muchas gracias.

Marta aguantó el teléfono en silencio. No sabía si Carlos seguía a la escucha, hasta que oyó una especie de leve gimoteo.

– ¿Estás bien?

Carlos lloraba al otro lado de la línea, lloraba sorda y desconsoladamente, lloraba como sólo lo hacen los niños pequeños.

–Sí, Marta, creo que sí.

–No te preocupes. Me aseguraré de que Elena no falte mañana.

– ¿Vendrá a casa?

–Sí. Es mejor. A ella le gusta trabajar directamente sobre el terreno. Tu hija... se... manifiesta... en tu casa.

– ¿Se manifiesta?

– Bueno, mejor será que hables con ella. Es una excelente persona, aunque un poco excéntrica. De todos modos, seguro que sus rarezas te vienen bien en este momento.

– Muchas gracias otra vez, Marta.

Ella esperó, espero unos segundos, antes de decir, casi arrepintiéndose al instante:

– No hay de qué. No dudes en llamarme cada vez que lo necesites. No te voy a fallar, te lo prometo.

XXVI

Decidió pasar la noche a la intemperie, paseando por las calles, entrando de cuando en cuando en algún café a tomar algo, para luego proseguir una marcha sin rumbo y sin sentido. Bueno, con un sólo sentido: estar lejos de su casa, estar lejos de aquel aparato con el que su hija se comunicaba con él... O con el que se manifestaba su profunda demencia.

«Puedo destruir el despertador, o tirarlo a cualquier basura, o lanzarlo al río y así no volver a verlo nunca más».

Pero entonces un temor extraño le atenazaba: podía perder para siempre el hilo de unión con Laura. Si de verdad su hija estaba atrapada en el infierno y necesitaba con urgencia de su ayuda, ¿cómo iba a destruir el único vínculo que los mantenía en contacto?. Por otro lado, si aquellas voces eran fruto de su extrema locura, ésta imaginaría nuevos métodos para manifestarse, de tal suerte que era inútil deshacerse del elemento que en la actualidad su mente atormentada había escogido para martirizarle.

«Es tan real su voz...».

Las calles estaban húmedas, fruto del reciente paso de los camiones de la limpieza. El brillo resbaladizo de las luces de las farolas sobre el asfalto le transmitía una agradable sensación de tranquilidad, de paz. Era bueno sentir el aire, era bueno dejar que la mente se despojara por un rato, aunque no pudiera dejar de pensar siempre en lo mismo. Pero aquella noche lo hacía todo desde una perspectiva distinta. También debía de ponerse en el lugar de Laura, aunque aquello suponía un ejercicio terrible. Se la imaginaba indefensa, en el infierno que a todos siempre nos han descrito, rojo y con numerosos cráteres abiertos, rebosante de fuego y lava. Pero aquello no podía ser así, aunque en sus dibujos sí que describía un panorama muy similar. Y luego estaba otra gran pregunta, otra gran incógnita en el caso de que todo fuera cierto: ¿cómo podía establecer contacto con él?

«Lo hace mediante ondas, ondas de radio en una determinada frecuencia».

Si así era, cualquier otro podría escuchar aquel mismo mensaje, cualquier otro podría sintonizar aquella frecuencia determinada y oír a su hija pidiendo auxilio. Sí, iba a ser muy sencillo demostrar que en absoluto había perdido el juicio, bastaba con que otra persona se dedicara constantemente a barrer frecuencias de radio hasta dar con aquella en la que su hija lo hacía. Pero no, era casi ridículo, porque el aparato se *empeñaba* en contactar con él, como si tuviera vida propia, o como si alguien pudiera manipularlo desde la distancia. Y también era una teoría descabellada, porque aquel radio-despertador emitía para él, lo quisiera o no, *tuviera fuente de energía o no*. Su hija había encontrado una forma paranormal de establecer contacto con él, y era casi una locura ponerse a hacer cábalas del modo en que lo hacía y su explicación racional y física, cuando todo lo demás era una desenfrenada locura.

«Mañana podré empezar a conocer la verdad».

Tenía una tremenda confianza en la visita de la parapsicóloga. Aquella mujer podría desvelar si en verdad era cierto lo que le estaba sucediendo o si, por el contrario, su cerebro no había resistido el dolor de unas pérdidas tan terribles y había sucumbido, perdiendo todo juicio y sentido. Aquella mujer le ayudaría a saber a qué atenerse en el futuro.

XXVII

Aquella mujer se movía con seguridad por la casa, como si ya hubiera estado en ella muchas otras veces, como si fuera una vecina cualquiera, acostumbrada a las paredes y a los muebles.

–¿Puedo abrir esas puertas?

Carlos se sentía un tanto cohibido, casi asustado. Sus respuestas eran torpes e inseguras:

–Esto... sí, claro... si es necesario...

– ¿Las había clausurado?

–Sí...

–Es normal. No se preocupe. Necesito escudriñar cada palmo de esta casa. Espero que no se moleste.

–No, no...

– ¿Le pasa algo?

–No... Pensaba que Marta vendría con usted, nada más.

La parapsicóloga sonrió.

–Ella prefiere mantenerse al margen. No cree mucho en todo lo que hago, ya sabe. Aunque debo decir que con su caso todo es distinto, está empezando a tener... dudas.

Elena se dirigió hacia la habitación de Laura. La abrió sin dilaciones, como no concediendo tiempo a Carlos para el arrepentimiento. Tenía que ser rápida, tenía que ser fría. De otro modo, no haría bien su trabajo, y la historia que le había anticipado Marta el día anterior por teléfono le había encantado. Elena era una apasionada de las ciencias ocultas, aunque para vivir tenía que conformarse con pasar consulta como psicóloga en un centro de salud de barrio. Cada vez que surgía la oportunidad de intervenir de forma directa en cualquier tipo de manifestación anómala, no se lo pensaba. Afortunadamente, aunque su trabajo no le daba mucho dinero, le dejaba las tardes y los fines de semana completamente libres.

– ¿Entra conmigo?

–Prefiero esperar –dijo él, negando con la cabeza.

Aquella habitación era igual a la de cualquier niña de la edad de Laura, con muchos detalles rosas y con posters de películas y series de dibujos animados enmarcados y colgados de las paredes.

–Está todo muy ordenado –comentó Elena, alzando levemente la voz.

–Salvo algunas cosas y papeles que había por el suelo, no he tocado nada desde...

–Entiendo.

La parapsicóloga fue mirando aquí y allá, sacando ropa de los armarios, consultando libros de las estanterías, revolviendo la colcha que cubría la cama...

- Era una niña metódica, ¿me equivoco? –inquirió.
- Bueno... Sí, todo el mundo dice que era muy inteligente.
- ¿Todo el mundo?

Carlos interpretó al instante el tono desconcertado de aquella pregunta que se le formulaba.

- No se puede decir que mi relación con Laura fuera... genial. Yo estaba en mis cosas, en el trabajo, y apenas le dedicaba tiempo. Cada vez me doy más cuenta de que era para mí una absoluta desconocida.
- Pero ella le quería mucho –dijo Elena, con seguridad.
- Eso... creo...

La mujer regresó con un librito de tapas rosas y rematadas con un borde de cinta blanca. Tenía dos salientes dorados para fijar un candado en los mismos. Lo traía abierto por la mitad.

- Le leo: «mi papá es el mejor padre del mundo y siempre estará ahí para defenderme y ayudarme».
- ¿Qué es eso?
- Parece un diario. No es que haya muchas páginas escritas, no más de cuarenta, pero seguro que resultará interesante. ¿No sabía que su hija escribía un diario?
- Ya le he dicho...
- Está bien, está bien.

Carlos miró con curiosidad a Elena. Era una mujer extraña, de ojos y cabello oscuros, y mirada intensa y un tanto enigmática. Todavía no sabía si podía confiar en ella, aunque dadas las circunstancias no le quedaba otra alternativa.

- Me gustaría que se quedara a dormir aquí. No piense mal, pero creo que sería bueno...
- Ya lo había pensado. Marta me ha contado lo del radio-despertador. Desde luego que me quedaré con usted.
- Tendremos que dormir juntos... La cama es grande.

Elena le lanzó una abierta y cómplice sonrisa a su interlocutor.

- No sufra. Sólo vamos a dormir juntos, como cuando en el colegio salíamos con los compañeros de excursión.
- Perdone... Toda esta situación...
- Espero que empiece a soltarse. Le voy a necesitar sincero y abierto, pues de otro modo no le podré ayudar.
- Lo intentaré.

La parapsicóloga se acomodó en un sillón y comenzó a hojear el pequeño diario. De súbito, sus ojos se detuvieron en una página en concreto, y las pupilas se le dilataron.

- ¿Qué sucede? –preguntó él, extrañado.
- Bueno... Sería algo casi normal en una adolescente... Y quizá... Pero dadas las circunstancias,

creo que debemos analizarlo con mucho detenimiento.

Elena le tendió el librito abierto por una página y le señaló el centro de la misma, en el que, con la letra de su hija, había escrito a lápiz y con mucha firmeza:

«TENGO QUE MATAR A MAMÁ».

XXVIII

Su padre estaba un poco dolido, aunque entendía que no era el mejor momento para hacer ninguna clase de reproches.

–Tienes que confiar en mí con más rapidez, contarme las cosas tal y como te sucedan.

–Lo sé...

–Tu padre es el que de verdad siempre va a estar ahí.

–Papá, todo esto es tan duro. Hay mañanas que me miro al espejo y no me reconozco.

–Te noto más... taciturno, como más alejado de todo.

Carlos sabía que de alguna forma le había fallado a su padre, que seguramente debería de haber contado con él antes de recurrir a terceras personas. Pero también estaba la vergüenza de ir alimentando en él la idea de que su hijo deliraba, y que los delirios, lejos de ir perdiendo fuerza, cada vez cobraban mayor intensidad.

–Me cuesta asimilar lo que está sucediendo. Papá, sabes que hasta ahora era un hombre empírico, sujeto a la realidad más firme, muy alejado de cualquier planteamiento... místico...

–Lo sé.

–Sin embargo ahora... No sé qué pensar ya. Tengo dudas de todo, tengo dudas hasta de mis propias percepciones. A veces llego a planteamientos absurdos: ¿es cierto que ahora mismo estoy hablando contigo o es una quimera que crea mi mente?

Esteban caminó alrededor de su hijo. Aquel paraje al que solían ir, aquel lugar alejado de todo ruido y cercano al estanque, era ideal para hablar de cualquier tema. Era también el sitio que escogió para comunicarle que su madre había muerto.

–Por eso te he llamado. Cuando me dijiste lo de esa mujer... Elena. No sé, no quiero cerrarte ninguna puerta... Pero pensé que yo también debía aportar mi granito de arena. Y he hecho algunas gestiones...

– ¿Qué clase de gestiones? –inquirió Carlos, confuso.

–No... Ya sabes que en la Comunidad hay todo tipo de gente, y de muchos países. Hablé con el Padre Salas, creo que no lo conoces.

–Apenas conozco a nadie de tu Comunidad.

–Bueno... El Padre Salas es mexicano, aunque lleva en España cerca de diez años. Ahora trabaja para un periódico, y colabora con distintas ONG de la Iglesia, pero antes era cura en pleno ejercicio. En México tenía su propia iglesia y oficiaba misas.

Carlos percibía que su padre estaba alargando la introducción porque de alguna forma temía llegar al final de su disertación.

–Papá, por favor, dime ya qué tiene que ver este hombre conmigo...

–El Padre Salas hizo algunos exorcismos en el pasado, hace muchos años. Ahora está alejado de todo aquello, pero yo le he pedido...

– ¡Papá!

–Por favor, déjame terminar. Yo tampoco creo mucho en todo esto, aunque sea hombre de fe. El propio Padre Salas no hubiera aceptado seguir con el tema si no fuera por la amistad que nos une, y que sabe que yo no soy hombre que se anda con tonterías. Me escuchó con atención...

– ¿Y qué te dijo?

–Me dijo que no podía emitir un juicio de valor sin hablar contigo, sin visitar la casa, sin estar en la habitación de Laura... Pero que, por lo que le contaba... era muy posible que mi nieta hubiera podido ser poseída por el demonio...

Carlos luchaba otra vez en su fuero interno. Por un lado su yo racional se rebelaba contra aquellas hipótesis, pero por otro, su corazón le arrastraba a seguir escuchando a su padre y a darle una oportunidad a aquel hombre que sólo ansiaba ayudarle.

–Y ahora qué debo hacer –claudicó.

Esteban esbozó una leve sonrisa, aunque reprimiendo su alborozo, no fuera a contrariar a su hijo ahora que le abría la oportunidad de echarle una mano.

–Sólo desea verte y hablar contigo. Si es posible, le gustaría que fueras el próximo sábado por la noche a la misa de la Comunidad.

–No pienso asistir a la misa, lo sabes.

Su padre sabía bien que por mucho que lo había intentado, y por mucho que había insistido en que no todos los que formaban parte de la Comunidad eran firmes creyentes, nunca había conseguido que ni se acercara a la iglesia.

–No tienes por qué estar con nosotros. Puedes esperar afuera. Pero tras la misa, él quiere tener la reunión contigo allí, cerca del altar.

–No lo entiendo –dijo Carlos, a la defensiva.

–El Padre Salas dice que allí el demonio no tiene poder ni alcance y que de otro modo puede enturbiar tus palabras o su propio juicio. Desea al menos que la primera versión que le des a él esté libre de toda influencia... externa...

Carlos no pudo reprimir una carcajada, aunque en el fondo de su ser maldita la gracia que le hacía todo aquello. En verdad, ya empezaba a ansiar poder hablar con aquel hombre que seguro le escucharía con atención, y quizá tuviera respuestas para las voces que oía de su hija. No perdía nada por recibir la ayuda del Padre Salas, como tampoco estaba perdiendo nada por estarla recibiendo ya de Elena.

–Está bien, iré a verlo. El sábado iré contigo a la misa.

Su padre no pudo evitar abrazarlo con fuerza. Aquel abrazo no era tanto para apaciguar a su hijo como para darse ánimos a sí mismo. Dios le estaba poniendo pruebas demasiado difíciles en los últimos tiempos e iba a necesitar de todo el poder de sus creencias para no perder la esperanza. Eligió muy bien sus siguientes palabras, no sabiendo si estaban en lo cierto o si eran el comienzo de una demencia incipiente y fraternalmente compartida:

–Carlos, ten confianza. Si es cierto que Laura está en el infierno, te aseguro que va a tener a un puñado de gente dispuesta a luchar para sacarla de allí.

XXIX

Elena dormía cerca de él, tranquila y casi sin moverse. Ya llevaba en su casa cerca de una semana y nada había acontecido. Él casi esperaba con nerviosismo y esperanza el día en que el maldito radio-despertador comenzase a emitir aquel sonido horrible, y luego buscara solo en el dial, y después sonara la voz angustiada de su hija pidiendo auxilio.

«No sucede nada».

Si así era, si nada sucedía en los próximos días, sería para él la confirmación definitiva e irrefutable de que al final la razón se imponía, y todo era debido a una mala jugada de su desesperada mente. Si así era, no cabría lugar a la duda: sería un demente atenazado por la muerte de su mujer y de su pequeña hija.

XXX

Elena llevaba ya diez días en aquella casa, sin que ningún hecho anómalo o inexplicable hubiera acaecido. Pese a todo, su actividad era frenética por las tardes y los fines de semana (sus ratos libres), y siempre estaba de aquí para allá: tomando medidas, pensando mientras observaba las paredes, anotando cosas en un pequeño cuaderno de tapas negras, hablando por teléfono con gentes distintas...

– ¿Qué piensas?

Ella miró a Carlos, volviendo de algún lugar en el que sus elucubraciones la tenían atrapada y alejada de la realidad.

–Que qué pienso...

–Bueno, quizá estés empezando a dudar...

–Mira Carlos. En esta casa hay algo extraño, lo noto. No sé qué es. Pero hay algo. A lo peor es que hay un vecino que ronca o una vecina que roba ropa del tendedero –bromeó.

Él rió casi sin ganas. El tiempo pasaba y no avanzaba. Y lo peor de todo es que ahora también había perdido el contacto con Laura. Aunque odiaba aquel maldito aparato, aunque odiaba aquel sonido terrible, luego llegaba la voz de su hija, y con esa voz la posibilidad alucinante de volver a reencontrarse con ella de alguna forma.

– ¿Mañana vas a ver al tal Padre Salas?

–Sí... y no me apetece en absoluto. Lo hago por mi padre, lo hago porque el pobre hombre quiere ayudarme y no he sabido cómo decirle que no.

Elena se levantó de la mesa en la que se encontraba, entretenida con algunos papeles, y se acercó hasta él, con el gesto firme y decidido.

–Sabes, Carlos... A veces pienso que el único que de verdad no se cree tu historia eres tú mismo...

Carlos la miró confundido y contrariado.

–No te entiendo.

–Sí, mira... Marta me llamó a mí, tu padre siempre ha estado a tu lado e incluso ha implicado a una tercera persona, y yo misma llevo diez días y no he puesto tu palabra en duda en ningún momento...

Carlos quedó sumido en un profundo silencio, hasta que le preguntó, casi como pidiendo auxilio:

– ¿Y qué piensas que debo hacer?

–De momento..., cambiar de actitud y empezar a colaborar de verdad. Hablar conmigo, ser sincero en tus respuestas, ir a ver al Padre Salas con absoluta confianza, investigar...

– ¿Investigar?

–Sí. Por ejemplo, hasta el momento no me has dado ningún detalle acerca de tu mujer: qué sabía, hasta qué punto pensaba que Laura estaba loca o había sido poseída...

–Pero ya te he dicho que ella y yo no...

–Y tu mujer, ¿no tenía ninguna amiga?

Él se quedó unos breves instantes pensando.

–Bueno, Alicia sólo tenía una amiga, lo que se dice una amiga de verdad. Se llama Ana y es arquitecta.

– ¿Y no has hablado con ella? ¿Qué te ha contado?

–Sólo hablé con ella una vez... tras la muerte de...

–Vale, pues tendrás que volver a hacerlo.

Aquella mujer valiente y decidida le tenía sorprendido. Conforme pasaban los días admiraba más su espíritu y vitalidad, y se alegraba de estar compartiendo todo lo que le estaba sucediendo con ella. Se alegraba de que Marta le hubiera recomendado confiar en su amiga.

XXXI

Era sábado por la mañana y había optado por dar un largo paseo en coche para entretener la mente e intentar que los minutos pasasen con mayor velocidad. Una especie de ansiedad le tenía amordazado, momentos antes de su entrevista con el Padre Salas, aquella misma noche.

«No entiendo porqué narices estoy tan nervioso».

En los semáforos podía comprobar cómo, en los coches de su alrededor, la gente aprovechaba las primeras horas para salir sin atascos y disfrutar del fin de semana. Aquel estilo de vida le resultaba ya lejano y casi pintoresco. Todo era superfluo y sólo una cosa tenía ya sentido en su existencia.

«Será cierto que hay cielo e infierno... Será cierto que toda esta gente terminará con su alma en alguno de los dos sitios... Que yo mismo daré con mis huesos en alguno de ellos...».

Alguien le pitó a su espalda. El semáforo se habría puesto en verde haría unos segundos. Mientras el resto de la gente apuraba para alcanzar su destino, él transitaba por la ciudad sin más. Y entonces todo cambió de súbito. Por el retrovisor pudo ver de repente a su hija, su propia hija Laura. Se retorció en el asiento trasero del coche, con el rostro deformado, con la lengua fuera, con los ojos totalmente rojos y desorbitados. Y la oyó gritar, con una voz que sólo lejanamente recordaba a la de Laura, como pasada por un sintetizador macabro, para darle un tono si cabía más espeluznante:

– ¡Papá, socorro! ¡Me duele, me duele mucho! ¡Papá, ayúdame, ayúdame!

Y de golpe sintió unas manos sobre su cuello y sobre su brazo derecho, atenazándolo, haciéndole perder el control del vehículo. Aterrorizado por lo que escuchaba y por lo que veía a través del retrovisor, casi ni tuvo conciencia de que se estrellaba contra un árbol.

XXXII

El médico observaba a Carlos con atención, mientras éste parecía ir recobrando el conocimiento.

–Bueno... al final no ha sido para tanto, menos mal que no iba a mucha velocidad...

Mientras su visión borrosa se hacía más clara, Carlos pudo advertir que aquel hombre no se dirigía a él, sino más a su izquierda, a otra persona.

–Muchas gracias, doctor. Ha sido un susto terrible...

Carlos hizo un ademán, pero el aturdimiento le impidió completarlo, y después su voz sonó como una especie de leve gruñido.

–Vaya, parece que despertamos –dijo irónico el doctor.

–Qué... ¿qué me ha pasado?

– ¿No lo recuerda? Ha tenido un pequeño accidente de circulación, hace menos de tres horas.

–Creo... creo que sí –respondió, y entonces aquellas imágenes espeluznantes regresaron a su mente.

–Su mujer ha venido enseguida.

Elena se incorporó de un brinco, negando con las manos, torpe y nerviosamente.

–No, no, doctor. Yo no soy su mujer. Sencillamente soy una buena amiga.

– ¿Elena?... –inquirió Carlos, gratamente sorprendido.

–Hola, campeón. Me llamaron a mí porque llevabas mi tarjeta en un bolsillo de tu chaqueta... Tu padre viene hacia aquí, pero ya sabe que no ha sido nada.

El doctor carraspeó brevemente, para luego añadir:

–Tendrá que descansar un par de días y cuidarse el tórax, además de vigilar el cuello. Si tiene mareos, o cualquier dolor que persista con intensidad más allá de mañana, venga sin pensárselo. Sólo tiene una pequeña luxación provocada por el cinturón de seguridad, y algún rasguño en la cara, fruto del airbag. Nada importante. Ahora voy a seguir visitando a otro paciente, les dejo a solas.

–Gracias, doctor –se apuró a decir Carlos.

Nada más salir el doctor, Elena se sentó sobre la cama y le pasó la mano por el pelo a Carlos.

–Menudo susto me has dado...

–Muchas gracias por venir. No tenías que molestarte. Con avisar a mi padre hubiera bastado.

–¡Ay! Estás hecho un desastre, ¿cómo has podido tener un accidente tan absurdo? Podía haberte pasado algo más serio.

Él casi ni tenía ganas de recordar, aunque las imágenes, terribles, estaban aún muy presentes en su

retina.

–Me ha sucedido algo increíble. Elena, he visto a mi hija en el asiento de atrás de mi coche, tal y como soñé que la vio Alicia cuando tuvieron el accidente. Era... tan real...

Elena no supo qué responder. Aquella historia de la que ya era protagonista tenía demasiados prismas desde la que ser vista, aunque ella prefería seguir confiando en la palabra de aquel hombre atormentado.

–Entiendo... y has perdido el control del coche...

Carlos no sabía si seguir por aquel camino, aunque la forma en la que Elena le escuchaba denotaba una confianza plena en lo que decía.

–No, no ha sido así exactamente. Aunque la imagen de mi hija me ha sobrecogido, no ha sido eso lo que me ha hecho tener el accidente. En algún momento he sentido cómo se abalanzaba sobre mí, descompuesta, como si no fuera dueña de sus actos, y me ha agarrado del cuello y de un brazo, con una fuerza descomunal, como deseando provocar ella misma que no pudiera conducir.

Elena sopesó aquellas palabras. De alguna manera, todo encajaba. Si Carlos había perdido la razón, desde luego su mente perdida estaba haciendo un planteamiento perfecto y sin fisuras.

– ¿Quizá deseaba hacerte daño a ti?

–No, no... Creo que es otra cosa, mi hija no era... dueña de sus actos. Además, su voz sonaba... como si hubiera otra persona dentro de ella, otra persona que le estuviera robando hasta las entrañas, mientras ella luchaba...

Carlos no pudo reprimir un llanto amargo y desesperanzado. Lo de aquella mañana había sido mucho peor que las pesadillas de las noches, que lo que había escuchado por el radio-despertador, que cualquier otra cosa hasta el momento.

–Tranquilo, Carlos. Descansa, ya hablaremos esta noche con más calma. Ahora es mejor que descanses.

Él estiró el cuello, como intentando deshacerse de algún dolor interno e impreciso. Fue entonces cuando Elena pudo ver las marcas.

– ¿Qué es eso? –preguntó ella, acercándose aún más a Carlos.

– ¿El qué? –replicó él, un poco asustado ante la mirada de asombro de ella.

–Esas marcas...

Carlos dejó que Elena le inspeccionara el cuello.

–Son... son como marcas muy profundas de dedos... de una mano... Son moratones provocados por una mano pequeña... como de niño...

Ambos se miraron asustados, pero al mismo tiempo unidos en una comunión que no habían podido tener hasta ese preciso instante. Unidos por la convicción de que, de alguna manera, la hipótesis de la locura comenzaba a perder fuerza.

XXXIII

La misa había sido rápida y hasta casi entretenida. Carlos aguardaba en un banco al final de la iglesia, en penumbra. Conocía a algunas de las personas que allí había, además de a su padre, y le parecía curioso que todos ellos se reuniesen en “comunidad” cada sábado a rezar y luego los miércoles, otra vez, a contarse sus cosas. Los cristianos era muy curiosos: fragmentos dentro de fragmentos, todos abarcados por una misma religión. Siempre había pensado que la fe todo lo puede, y que se estira increíblemente y acomoda en su fuero cualquier posibilidad, siempre y cuando sirva a la perpetuación del culto al dios en cuestión.

Todavía sentía dolor en el pecho, en el cuello y en el brazo, aunque iba remitiendo con asombrosa velocidad. Cada punzada en su cuello o en el brazo le recordaba casi con agrado la expresión de Elena, una expresión de miedo, aunque también el gesto del que descubre algo que llevaba tiempo ansiando encontrar.

–¿Meditando?

Aquella pregunta lo sacó de sus ensueños. Un hombre corpulento y alto, de tez morena y sonrisa amplia, lo observaba desde el pasillo central de la iglesia. Ya sólo quedaban ellos dos en el templo.

– ¿Perdone...?

–No, por favor, discúlpeme usted a mí. Soy el Padre Salas –añadió, tendiéndole la mano–. Su padre me ha indicado dónde estaba, ha preferido no intervenir en nada; lo está esperando fuera.

–Sí, bueno... No sé si sabe lo del accidente...

–Lo sé, algo terrible.

Carlos se sentía desorientado. Estaba como atrapado en una red extraña. Pese a todo, aquel hombre de mirada agradable le transmitía una fuerza y una seguridad que enseguida se transformaron en confianza.

–Lo siento, estoy todavía algo aturdido.

–Entiendo. ¿Puedo sentarme a su lado?

–Claro...

El Padre miró hacia el altar y luego unió sus manos frente a sus labios.

–Aunque hace años que no ejerzo, me gusta que me sigan llamando Padre... Lo considero un detalle...

–Está bien...

–Aquí podemos hablar con tranquilidad. Si el demonio existe, desde luego no es este el lugar en el que más a gusto se sentiría –dijo, riendo.

Carlos volvió su rostro extrañado hacia el mexicano.

– ¿Si el demonio existe?

– Señor Miranda, creo en Dios, se lo aseguro, pero también me hago preguntas. Si piensa que está hablando con un hombre sin dudas, vaya cambiando de idea.

–No... bueno...

–Usted también tuvo fe en otro tiempo, su padre me lo ha contado. Luego llegaron las dudas y después la certeza de que no había nada... más allá de este mundo. Ahora vuelven las dudas, ¿no?

Carlos esperó un tiempo incierto antes de responder. Esperó para asimilar aquella andanada que un desconocido le estaba lanzando, quizá sólo para provocarle, quizá sólo para hacerse cómplice.

–Muchas veces no sé qué pensar, aunque cada vez tengo menos dudas.

–Cada vez está más seguro de que su hija está atrapada en el infierno, ¿es así?

–Sí.

– ¿Y cómo ha podido llegar hasta allí?

–No lo sé, es usted el cura.

El hombre contuvo una leve sonrisa. Después de cada frase siempre volvía la cara hacia el altar, como buscando inspiración en la imagen de Cristo.

–Yo he realizado algunos exorcismos, hace ya muchos años. Es una experiencia terrible, por eso dejé el sacerdocio y por eso vine a España. Ya le he dicho que yo también tengo dudas. Nunca dejará de resultarme curioso que cuanto más desarrollado es un país, menos casos de posesión, milagros, apariciones... hay...

–Eso probaría que sólo son una invención de la gente.

–Puede ser, ya le he dicho que es curioso. Pero al mismo tiempo, en los países desarrollados se dan los casos más claros, más evidentes: gente culta, como usted, que vive experiencias extrañas, gente que ni creía en Dios, y de repente un día se encuentra con que su mundo empírico y sensorial no puede dar respuesta a un hecho concreto...

Carlos miró con intensidad al Padre Salas. Se encontraba frente a una persona inteligente, de verbo ágil y control de sus palabras.

–Es increíble, pero tengo la sensación de que usted ha preparado a conciencia esta pequeña reunión.

–En realidad no. En realidad tengo algo de miedo, se lo puedo asegurar.

– ¿Miedo?

–Sí, miedo. Por un lado volverme a implicar en un asunto como éste no me hace la menor gracia, aunque Esteban, su padre, se merece que haga el esfuerzo; por otro... ya le he dicho que me gustaría que me explicara cómo ha llegado su hija hasta el infierno.

–Pero, ya le he dicho...

–Bien, bien. Sólo quiero escuchar su versión, seguro que después de todo este tiempo ya tiene hecha su versión.

–Bueno... Creo que mi hija estaba siendo acosada desde hacía tiempo. Algunos dibujos lo demuestran. También hablé con una compañera suya del colegio, que me ratificó los temores de Laura. Tenía pesadillas y se sentía perseguida... Luego está el sueño que tuve...

El Padre Salas se agitó en su banco.

–¿Un sueño? Muy interesante...

–Sí. Soñé que el día del accidente unos espectros se llevaban a mi hija. Eso provocó también que mi mujer perdiera el control del vehículo, y...

–Al igual que le ha sucedido a usted esta misma mañana... Ya me lo ha contado su padre.

–Sí. He visto a mi propia hija... poseída.

El sacerdote se incorporó y echó a andar por el pasillo central de la iglesia, en dirección al altar. Carlos lo siguió de manera instintiva.

–Poseída... poseída... ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que estaba poseída?

–Bueno... En realidad no lo sé. Pero sus ojos, la agitación de su cuerpo, su voz...

–Su padre quiere que yo le ayude, pero no sabe que esto para mí es totalmente nuevo. Es algo desconocido, aunque pienso ayudarle.

–Pero usted mismo me ha dicho que en el pasado...

–Le he dicho que en el pasado he hecho exorcismos, sí. Pero no a distancia. Siempre he tenido a la persona delante, siempre he podido dirigirme a ella. Siempre he podido ver si se trataba de un timo o de una verdad porque al poseído lo tenía ante mis ojos. Lo suyo es muy diferente...

Aquel hombre le hizo ver por vez primera una verdad de la que hasta el momento ni se había preocupado en conocer. Aquel hombre le estaba demostrando, al mismo tiempo, que se había tomado muy en serio su caso y que iba a luchar con él, hasta el límite de sus posibilidades.

– ¿Y se le ocurre algo?

–Ya le he dicho que voy a ayudarle. Primero he de estudiar, hacer algunas llamadas, prepararme y tomar precauciones. Entonces visitaré su casa.

– ¿Precauciones?

El Padre Salas miró una vez más al altar antes de responder. Esta vez lo hizo de una forma distinta, y cuando volvió el rostro hacia su interlocutor su cara tenía un rictus serio y franco.

– ¿Su hija era mala?

–No le entiendo...

–Sí. ¿Qué clase de cosas hacía? ¿Le gustaba hacer el mal a los demás?

–Yo... Apenas sí la conocía, pero no, por favor, mi hija era una niña... preciosa... y buena... Aunque cuanto más aprendo, menos sé qué pensar...

–Mire, el diablo no elige al azar sus vecinos. Si alguien está en el infierno, es porque algo ha hecho para merecerlo, ¿me entiende? Perdona la sinceridad. Creo que si de verdad su hija está en el infierno es porque era mala, mala con una dimensión de la palabra completa y cruel. Ahora hemos de averiguar si lo era por vocación o porque algún demonio se había instalado en su interior.

XXXIV

No conocía demasiado a Ana, aunque más de una vez habían coincidido en su casa o en la de ella, en alguna fiesta o comida. Por eso le había costado un esfuerzo terrible llamarla y buscar alguna excusa para tomar un café, adelantándole de una manera muy superficial que deseaba hablar de Alicia y su relación con Laura. La mujer, aunque extrañada, había aceptado, seguramente obligada por la memoria de su amiga y porque tampoco, en todo aquel tiempo, Carlos le había molestado en absoluto.

La esperaba sentado en la terraza de un céntrico café en el que habían quedado, y mientras aguardaba, Carlos se entretenía contemplando a la gente: gente vulgar y corriente como lo había sido él mismo hasta hacía bien poco, hasta que toda su vida había dado un inexplicable giro.

–Hola, Carlos...

Ana lo sacó de sus ensueños con una sonrisa nerviosa. Era una mujer joven y jovial, inteligente y preparada, con la que Alicia había trabado una amistad única y poco habitual en ella.

– ¡Ana! Por favor, siéntate... ¡Qué alegría verte! Estás estupenda.

–Venga... muchas gracias.

– ¿Qué tal por el estudio?

–Bien, ya sabes. Mucho trabajo y todo eso.

Carlos le hizo algunas preguntas más, como deseando que la conversación no terminase donde debía concluir, como intentando que aquella tarde fuera un agradable encuentro entre dos amigos. Que aquella fuera una tarde vulgar entre dos personas vulgares. Aunque al fin se decidió.

–Mira, te he llamado porque ha sucedido una serie de cosas extrañas desde la muerte de Alicia y Laura.

Ana lo miró fijamente y él tuvo la sensación de que ella había estado esperando aquello desde un tiempo inmemorial.

– ¿Qué clase de cosas?

–Bueno, quizá sea mejor que primero hablemos de Alicia, para luego contarte otras cosas que me han sucedido.

– ¿Y por qué quieres hablar ahora de Alicia?

–Ana, creo que ella me ocultaba cosas. Creo que sabía cosas de Laura que no me decía, por el motivo que fuese.

La mujer esquivó sus ojos y él supo de inmediato que efectivamente aquel encuentro no iba a ser baldío.

–Alicia, es cierto, te ocultaba cosas.

– ¿Y eso?

- Ella deseaba protegerte. Y quizá también quería protegerse a sí misma, no lo sé...
- ¿Protegerme de qué? ¿Protegerme de quién?
- De Laura.

Ana pronunció aquellas palabras con una rotundidad casi a modo de sentencia, casi con una cierta ira en el tono de la voz.

- De Laura...
- ¿No pareces extrañado?
- Ya te he dicho que me han sucedido algunas cosas estas últimas semanas. Ya casi no me extraño de nada. Pero, por favor, ¿qué podía hacerme Laura?
- Fue un proceso lento, aunque se iba acelerando conforme pasaban los meses. Alicia al principio no quería hablar de ello, pero luego me lo fue confiando todo. También tuvo que llevar a Laura a la psicóloga del colegio.
- Lo sé, he hablado con ella.

La mujer se detuvo antes de proseguir. Se pasó las manos alargadas y cuidadas por el rostro.

- De alguna forma, Alicia temía estar deformando la realidad y por eso tampoco te lo contaba. Ella creía que Laura estaba volviéndose loca, y eso es algo muy duro para una madre. De algún modo, hacía lo imposible para evitar que tú te enterases de nada.

Carlos se sintió culpable y echó de menos a su mujer con una intensidad que sólo había sentido justo tras enterarse de su muerte.

- Yo he estado muy lejos de ella, muy lejos de las dos...
- Carlos... Alicia tenía la certeza de que Laura os quería matar a los dos, que vuestra hija había perdido la razón y os odiaba con toda su alma... aunque no todo el tiempo...
- ¿No todo el tiempo?
- Sí. Era de vez en cuando, aunque cada vez más. Laura tenía accesos de odio, y los reflejaba en unos dibujos terribles, o en su diario, o con amenazas directas.

Él enseguida reaccionó ante aquellas últimas palabras, porque podían encajar con los sueños que había tenido y con la experiencia en su propio coche.

- ¿Qué clase de amenazas?
- Yo nunca pude verlo, pero Alicia me contaba que Laura había ocasiones en las que tenía horribles convulsiones que le retorcían el cuerpo y el rostro. Y entonces hablaba con una voz que parecía no ser la suya y gritaba que los demonios se la iban a llevar al infierno...
- Pero entonces no amenazaba... ¿pedía auxilio!
- Carlos, había otras veces en las que se dirigía directamente a Alicia, mirándola a los ojos, y le gritaba que la iba a matar, que os iba a matar a los dos.

Carlos apretó con fuerza sus manos contra la tacita de café que tenía frente a sí. Por un instante sus pensamientos se alejaron de aquel lugar, de aquella conversación, y durante unos segundos se sintió libre.

–No es posible. Aunque Ana, todo encaja, todo está empezando a encajar.

Ana volvió a mirarlo con severidad, al mismo tiempo que con una cierta afectación, antes de decir:

–Carlos, es posible. Estoy segura de que Alicia no tuvo un accidente. Al final sus temores eran ciertos. Estoy convencida de que Laura la mató.

XXXV

No podía pegar ojo. Llevaba casi cinco horas dando vueltas alrededor de la cama, tropezándose de cuando en cuando con el cuerpo de Elena, que dormía profundamente.

«Esta mujer tiene que estar empezando a cansarse».

Un vez más agradeció tenerla cerca. Como un niño pequeño que busca el calor de su madre, a Carlos le daba seguridad sentir a Elena allí, tan pegada a él, y durmiendo como si tal cosa, como si nada hubiera sucedido en todo aquel tiempo.

«Para ella en realidad no ha sucedido nada. Todavía no tiene ninguna *prueba*, sólo algunas evidencias, nada más».

Contempló el radio-despertador, al que ya nunca había vuelto a quitar las pilas, pero que ya nunca tampoco había dado el menor síntoma de anomalía. Pulsó la iluminación y pudo ver la hora.

«Qué tarde... o qué temprano».

Se dedicó a jugar un rato con él, y de vez en cuando dejaba la mano largo rato posada en el pulsador, como buscando hacer de antena con todo su cuerpo y ampliar las posibilidades de captar alguna frecuencia.

«Todo esto es estúpido».

Se giró y se tumbó boca arriba, mirando hacia el techo. No sabía con seguridad si arrastrado por su imaginación, pero comenzó a ver una pequeña imagen que se formaba sobre la blanca pared. La imagen se fue haciendo grande y cada vez más nítida. Sus ojos aterrorizados reflejaban aquella escena brillante y rojiza: su hija era arrastrada por unos espectros negros, en medio de un paraje que le recordaba a las imágenes que todos tenemos del planeta Marte, que la llevaban hacia una especie de cráter que emanaba vapores ácidos y lava. Y entonces le pareció escuchar la voz de Laura, aunque muy débilmente: «Papá... ven a salvarme».

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

El ruido de la radio le sobresaltó y la imagen del techo desapareció como si nunca hubiera estado allí. Giró otra vez la cabeza hacia su derecha con brusquedad, pero el aparato parecía querer jugar con él.

– ¿Qué pasa?

Carlos miró a Elena. Ella también estaba despierta, y quizá por vez primera hubiera escuchado aquel ruido maldito.

– ¿No lo has oído?

- ¿El qué?
- Ese ruido...
- No, no he escuchado nada. Sólo he sentido tu sobresalto, ¿qué ha pasado?

Carlos dejó que todo el peso de su cuerpo se hundiera en el colchón, desesperanzado y abatido.

- No tiene importancia.
- Carlos, todo tiene importancia.

Elena apretó su cuerpo contra aquel hombre dubitativo y desconcertado, una vez más solo frente a sus sensaciones.

- Voy a llamar a unas personas que nos pueden ayudar.
- Nadie puede ayudarme –dijo Carlos, con desconfianza.
- Ellos sí. Tendría que haber contado con ellos desde el principio.
- ¿Y qué van a hacer?
- Tienen equipos muy buenos y realizan grabaciones de sicofonías. Quizá ellos puedan grabar lo que sólo tú puedes oír hasta el momento –añadió ella, con una amplia sonrisa en el rostro.

Carlos ya no sabía qué pensar, aunque sentía que cada vez tenía más gente a su alrededor intentando dar veracidad a su historia.

- En fin... tampoco perdemos nada por intentarlo...
- No, no perdemos nada.
- Y quizá...
- Seguro que funciona. Tiene que funcionar.

Carlos dudó si compartir con ella la experiencia que acababa de vivir. Seguramente Elena callaría, pero pensaría que todo era fruto de su imaginación, de su mente dolida y retorcida que volvía a jugarle una mala pasada. Y lamentablemente a lo peor tuviera razón. Por mucho que todos se centraran en las evidencias, todavía no había nadie que le hubiera confirmado que todos aquellos hechos extraños que le estaban acaeciendo eran reales y no fruto de su demencia. Lo peor de todo es que seguramente si era cierto lo que sucedía, seguramente estaba limitado a un asunto *entre él y Laura*, un asunto en el que nadie más podía intervenir. Si así era, el mensaje que le estaba lanzando su hija era muy claro, y era culpa suya estar perdiendo el tiempo en lugar de afrontar con valor y crudeza la situación.

- De todos modos, Elena, funcione o no, cada vez tengo más claro qué he de hacer.

El tono de aquella frase confundió a Elena, que dudó si preguntar, si seguirle el juego.

- Perdona... no te entiendo bien...

Carlos miró el techo en el que minutos antes se había formado la imagen de su hija aterrorizada y pidiéndole ayuda. La imagen de su hija sufriendo y que una vez más le pedía auxilio a él, cómodamente acostado sobre una cama al lado de una mujer que no era su madre.

–Lo que tengo que hacer es ir con mi hija. Tengo que ir allí a salvarla, tal y como me está pidiendo. Lo único que he de hacer es encontrar la maldita manera de llegar hasta el infierno.

XXXVI

El padre Salas fue escrutando cada uno de los rincones de la casa, mientras Carlos aguardaba en el salón con aire distraído. Llevaba desde primera hora de la mañana, y antes de iniciar su periplo había celebrado una especie de misa en la entrada.

– ¡Cómo lo ve, Padre! –gritó Carlos.

El padre Salas apareció tras la puerta de la que había sido la habitación de Laura, con el rostro fruncido.

– ¿Qué clase de cultura le ha dado a su hija?

Carlos no supo de qué forma interpretar aquella pregunta tan extraña y tan directa.

–Pues la que cualquier otro padre. ¿No le entiendo?

–Bueno, al igual que hizo en su momento Elena, he estado hojeando los dibujos que solía hacer y he encontrado varias veces referencias a *inniyah*.

– ¿Inniyah?

– ¿No le suena?

–En absoluto.

–En la tradición islámica se trata de demonios menores, que pueden ser también buenos en ocasiones y que adoptan la forma de animales o de personas.

– ¿Y dónde pudo aprender eso Laura?

El padre Salas se acarició con lentitud la cara y fue a sentarse al lado de Carlos, que lo observaba perplejo.

–En el año 2000 la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una serie de normas para regular los exorcismos, ante el abuso que se había producido a lo largo de los tiempos de esta técnica. Para iniciar uno es necesario un permiso especial. Pues bien, para conseguirlo hacen falta pruebas, y me atrevo a decir que esta sería dada por válida.

–Pero se trata de un demonio de otra religión.

El cura golpeó con suavidad la pierna de Carlos.

–Las religiones más importantes están entroncadas, yo mismo hay momentos en los que pienso que al final se trata de la misma historia contada por personas distintas, en culturas diferentes y en lugares dispares.

–Entonces podría ser...

–Espere. Yo no he dicho nada. Ya le adelanté que para realizar un exorcismo lo primero que hace falta es que la persona poseída esté delante, y así realizar el ejercicio. Otra cosa bien diferente es sacar a alguien *que ya está en el infierno*.

–Pero usted...

–Yo llevo mucho tiempo alejado de todo esto. De cualquier forma le diré una cosa: no he perdido

del todo el olfato, y para su tranquilidad le diré que hay algo que no encaja.

Carlos sintió que algo en su interior se removía.

–Y eso, Padre, ¿es bueno o es malo?

–Depende de lo que entienda por bueno o malo. Quiere decir que a lo peor usted está en lo cierto.

–Pero eso no es malo.

El cura miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos, antes de añadir con aire de reprimenda:

–Le prefiero a usted loco en vida y en esta tierra, que cuerdo a cambio de que su hija de verdad esté atrapada en el Infierno.

Carlos no supo qué responder. Estaba tan obsesionado con demostrar que lo que decía y vivía era cierto que muchas veces perdía la noción de lo que aquello conllevaba de manera intrínseca.

–Tiene usted razón.

–No se atormente. Yo en su lugar no sé de qué forma estaría reaccionando. Ya le he dicho que también tengo miedo, que no sé a lo que nos enfrentamos...

– ¿Sigue dudando de mi hija?

El padre Salas dejó que un breve silencio se interpusiese entre ambos. Manejarse con un padre todavía dolido y con serias dudas acerca de su propia cordura no era la mejor situación para expresar con diligencia sus propias apreciaciones. Debía ser cauto, aunque sin abandonar la sinceridad.

–Es prematuro emitir cualquier juicio al respecto. Yo sólo quiero compartir con usted mis inquietudes, dado que el curso de los acontecimientos puede coger cualquier rumbo. Usted también debe de estar preparado.

Carlos pensaba que aquel hombre sabía más de lo que le contaba y que cualquier día le asaltaría con una verdad terrible, más terrible aún si cabía de lo que él mismo ya estaba viviendo.

– ¿Preparado para qué?

–Pues... para cualquier posibilidad...

–Sigo sin entenderle.

El cura se mostraba esquivo, porque el tiempo le había demostrado que, aunque era bueno y obligado decir la verdad (mentir nunca), tampoco estaba demás jugar con el momento en el que desvelarla.

–Ya le dije que su hija podía *ser* mala, y estar en el infierno por méritos propios.

– ¿Es que hay algún dato nuevo que le haga reafirmar esa idea? –inquirió Carlos, con cierta desesperación.

–Inniyah.

–Ya, ya sé. Pero quizá es que ella advertía esos demonios, y por eso los dibujaba.

–El problema es que su hija ponía inniyah debajo de su propia imagen, como si ella misma ya se reconociese como un demonio en vida.

XXXVII

La casa había sido invadida por un montón de gente desconocida. Carlos se sentía desconcertado, y hundido en el sofá observaba el ir y venir de personas sin entender nada.

– ¿Pasa algo, Carlos? –le preguntó Elena.

–Bueno... Todo esto es... tan extraño...

–No tienes de qué preocuparte. Lo que vamos a hacer es intentar captar algo de lo que tú ya estás escuchando. Todas estas personas son amigos y lo único que quieren es ayudarte...

Él contempló a un chico que alargaba unos cables hasta su cuarto, mientras otro dirigía micrófonos contra las paredes. Habían estado insonorizando previamente el resto de habitaciones y la puerta de entrada.

– ¿Y si nada sucede?

–Pues habrá que seguir intentándolo. Tendremos que utilizar otros métodos, pero no vamos a tirar la toalla.

–Elena... gracias...

Ella se sonrojó y le lanzó un pequeño golpe sobre el hombro.

– ¡Qué dices!

–De verdad, gracias. Si no fuera por tu ayuda, hace mucho tiempo que yo mismo hubiera pedido que me recluyeran en un psiquiátrico.

–No digas eso ni en broma. Carlos, yo confío en ti, sé que dices la verdad, sé que al final lo vamos a demostrar.

Carlos miró con fijeza los ojos de Elena y dentro de ellos descubrió la paz y la seguridad que necesitaba para seguir adelante.

–Espero no defraudarte...

–Bueno, ahora a dormir.

–No voy a poder, estoy muy nervioso.

Elena se incorporó y fue a buscar su bolso. De él extrajo un pequeño paquete y regresó junto a Carlos.

–He pensado en todo.

– ¿Qué es eso?

–Son unos tranquilizantes. Te ayudarán a coger el sueño y a dormir bien. Nos interesa que lo hagas pronto.

Carlos se tomó un par de aquellas pastillas y fue a su cuarto. Era raro, pero echaría de menos el cuerpo y el calor de Elena cerca de sí. La habitación estaba repleta de micrófonos, de muy distinto tamaño y diseño. Ya le habían explicado que eso era porque tenían diferentes sensibilidades y

querían registrar cualquier acontecimiento sonoro que pudiera producirse.

«Mi vida se ha convertido ya en una auténtica locura».

Se metió en la cama y pronto notó el efecto relajante de los tranquilizantes, y no tardó en conciliar el sueño y quedar profundamente dormido. Afuera Elena lo observaba a través de un pequeño monitor.

–Ya se ha dormido... –dijo Elena.

Andrés, joven amigo de Elena muy aficionado a todo lo paranormal y técnico de sonido, se acercó a ella.

–Espero que salga algo de todo esto.

–Yo también. Está muy impaciente y tiene dudas sobre sí mismo. Hoy puede cambiar todo...

–Sabes que quizá no suceda nada, aunque de verdad esté pasando algo en esta casa.

–Lo sé. Pero también estoy convencida de que esta historia es muy compleja y que, sea lo que sea lo que acecha a Carlos, hoy querrá manifestarse. Somos un montón de testigos.

Andrés negó con la cabeza, él no estaba en absoluto convencido de que aquella noche fueran a registrar nada, aunque en el fondo de su ser lo ansiaba. Y lo ansiaba no por aquel pobre hombre que estaba en la habitación de al lado descansando, sino por sí mismo, por ese momento de emoción que suponía registrar algo en principio inaudible, algo que en principio *no debiera estar allí*.

–Pero a lo peor eso es lo que lo imposibilita. Tú misma has dormido con él desde hace bastante tiempo sin que nada haya ocurrido.

A Elena le dolió aquel comentario de su amigo. En el fondo no podía replicarlo porque sabía que tenía razón.

–Vamos a ver qué pasa... –concluyó.

Pasaron la noche en vela, tomando café de vez en cuando. Andrés observaba un pequeño registrador de frecuencias, para comprobar si los micrófonos estaban recogiendo algo. De vez en cuando había breves saltos y registros, aunque podía ser cualquier cosa, incluido la respiración o algún ronquido del propio Carlos. Sin embargo, Elena interpretaba aquello como una señal que daba alas a la esperanza, y sonreía. Y así llegó la mañana, y con ella el momento de escuchar.

–Estoy impaciente –dijo Elena.

–Calma, primero tendremos que invertir unas horas en procesar los registros... luego los escucharemos.

Elena fue a despertar a Carlos. Este se incorporó como movido por un resorte.

– ¿Ha sucedido algo?

- Bueno, tranquilo. Algo hay, aunque tenemos que escucharlo.
- Pero... yo no he sentido nada. He dormido todo la noche y el radio-despertador no...
- Carlos, hay que esperar.

Y esperaron juntos en silencio en la habitación, hasta que Andrés entró con una expresión de satisfacción dibujada en el rostro.

- Chicos, parece que sí que tenemos algo raro en esta casa. Aunque no es la voz de una niña.

Carlos no comprendió, aunque Elena dio un respingo de alegría y emoción, y salió corriendo de la estancia, diciendo:

- ¡Vamos, Carlos, vamos!

Carlos la siguió, aunque en su fuero interno albergaba más temores que esperanzas, y un poco de extraño escepticismo. Pese a todo lo que había experimentado en los últimos tiempos, su mente racional aspiraba siempre a tomar una posición empírica de los hechos.

- Vamos a ver, tenemos tres registros muy claros. El resto son pequeños ruidos sin importancia. En el estudio podremos trabajar con más paciencia, pero de momento para mí es mucho lo que hemos conseguido.

Andrés empezó con el primer y el segundo registro.

- Os los pongo a la vez porque como veréis son casi idénticos.

Carlos no pudo reprimir un breve alarido al escucharlos.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

- Y ya está. Pero es muy curioso, ¿no? –dijo Andrés.

Elena miró a Carlos y comprendió inmediatamente que aquellos sonidos sí que representaban algo importante para él.

- ¿Estás bien?
- Esos ruidos... Son los ruidos previos que oigo en la radio cada vez que Laura ha hablado por ella...
- Eso es bueno, Carlos. Es muy bueno –añadió ella, pasándole despacio la mano por la espalda.

Andrés no comprendía muy bien la situación, pero se hallaba muy excitado por el último registro y quería ponerlo cuanto antes.

- Este sí que merece la pena. Se oye una voz humana, aunque muy tenue. Es una voz de mujer, de

una mujer adulta. Luego intentaremos que suene mejor, pero de momento es suficiente.

Andrés seleccionó el fragmento, que casi al instante comenzó a sonar por los altavoces del ordenador en el que estaban procesando el sonido:

«Tienes que adorar a Gehena. Adora a Gehena...».

–Suena casi a súplica. Os lo paso otra vez, aunque como habéis comprobado se entiende perfectamente –dijo Andrés.

Pero Carlos ya no había escuchado aquellas palabras, concentrado en la grabación que acababa de oír. Se sintió desfallecer, se sintió morir. Se *quería* morir allí mismo y en aquel instante. Y entonces comenzó a gritar como un poseso:

– ¡No, no, no! ¡Maldito seas diablo, maldito seas! ¡Vete de aquí, o llévame directamente contigo, llévame!

Mientras gritaba iba dando golpes a todo, hasta que entre varios hombres del equipo de Andrés consiguieron tirarlo al suelo y controlarlo.

–¡Queréis dejarlo, le vais a hacer daño! –exclamó Elena, apartando a todo el mundo.

–Si no lo sujetamos se va a cargar los equipos –dijo Andrés, intentando hacerse dueño de la situación.

Carlos perdió durante unos instantes el conocimiento. Cuando lo recuperó estaba en los brazos de Elena, quien le miraba comprensiva y afable.

– ¿Estás mejor?

–Elena, es terrible. Creo que no puedo seguir adelante.

–No, no ahora. No ahora que ya todos sabemos que no es una locura tuya, que hay algo de verdad en lo que cuentas. No ahora que te vamos a ayudar más que nunca.

–No lo entiendes. Todo esto me supera...

– ¿Qué ha sucedido? ¿Has entendido el mensaje?

En los ojos de Carlos se dibujó una expresión de terror infinito, de miedo a lo desconocido y a lo certero al mismo tiempo.

–No lo comprendes. La voz que hablaba era la de Alicia. Era mi mujer muerta la que me suplicaba...

XXXVIII

El padre Salas le había dicho que sólo hablaría con él en la iglesia, después de la misa y cerca del altar. Si no era así, no le atendería en ningún otro lugar, y mucho menos en su casa. Carlos había aceptado rápidamente, y le había relatado con todo lujo de detalles todo lo sucedido el día anterior.

–Gehena...

Carlos observó al cura mientras éste se pasaba la mano por el mentón muy despacio y entornaba los ojos.

–Sí.

–Gehena es un valle cercano a Jerusalén en el que se practicaban extraños rituales. Se supone que también se producían sacrificios en honor al dios Moloc. Dichos sacrificios los hacían los padres matando a sus propios hijos.

–Pero eso es terrible...

–Está claro. Luego el lugar se convirtió en una especie de vertedero, y en el Nuevo Testamento Gehena se considera un sinónimo de otro lugar muy conocido por todos.

– ¿Qué lugar? –inquirió Carlos con impaciencia.

–El Infierno.

Carlos no pudo ocultar su sorpresa al escuchar aquellas palabras, que de inmediato relacionó con las palabras que Laura le solía transmitir por el radio-despertador.

–Pero mi mujer... ¿qué...?

–Todo está enlazado.

–No le comprendo...

–Quizá su mujer se encuentre también atrapada a medio camino de la nada y esté luchando por salvar a su hija. Aunque caben otras posibilidades.

– ¿Qué posibilidades? Tiene usted que ayudarme –suplicó Carlos.

El padre Salas se alejó de su interlocutor y buscó cobijo bajo la efigie de Cristo, que parecía observarlo benévolo desde el altar.

–Yo ya no puedo ayudarle...

– ¡Claro que puede!

El cura se giró hacia Carlos con una expresión firme a la vez que abatida.

–Es cierto... La verdad es yo ya *no quiero* ayudarle.

– ¿Cómo?

–Sé que apenas si he hecho nada... pero he llegado demasiado lejos. Usted no puede comprenderlo, pero siento la presencia del mal muy cercana y no deseo volver a estar en peligro...

Aquel hombre tenía razón: Carlos apenas si podía entender nada de lo que le decía.

– ¿En peligro?

– Ya le dije que tuve que dejar los exorcismos. Realizar esa práctica conlleva un gran riesgo. Me alegro de haber tomado la decisión que tomé en su momento. Si quiere venir a consultarme cosas, con gusto le atenderé, pero no iré más allá.

Carlos sabía que no podía perder la ayuda del padre Salas, que tenía que conformarse con la migajas que le dejaba, porque quizá fueran fundamentales en su lucha por ayudar a Laura.

– Está bien. Entonces, ¿qué quería transmitirme Alicia? Me ha dicho que había otras *posibilidades*.

– Sí. Puede ser que ella esté luchando por usted, y no por su hija.

– ¡Por mí!

– Nosotros no sabemos nada de lo que está sucediendo en... otra dimensión. Quizá su mujer tenga la certeza de que su hija ya es insalvable, y sólo desee evitar que usted sufra ningún mal.

– Explíquese, por favor.

– Le está animando a adorar a Gehena. Ya le he dicho que era un lugar de sacrificios. Los padres, para salvarse de la ira de Moloc tenían que matar a fuego a sus propios hijos, como muestra de adoración y sumisión al dios maligno.

Carlos apenas daba crédito a lo que escuchaba. Todo iba demasiado deprisa, su vida se estaba transformando en una horrible caricatura de todo lo que él había creído desde niño. Sencillamente, no era posible que aquellas cosas le estuvieran sucediendo.

– Pero... ¡es una locura! Además, ¡cómo voy yo a quemar a mi hija, si está muerta!

El cura mantenía una tensa calma, aunque sus ojos no podían reprimir transmitir el miedo que lo consumía interiormente.

– No lo sé, yo sólo le estoy ayudando a interpretar. Quizá quemarla sea ignorarla. Pero, sinceramente, creo que la posibilidad con más fuerza y en la que más creo es la más terrible.

– ¡La más terrible! ¡Ya no hay nada más terrible!

Carlos jadeaba casi exhausto, incapaz casi de pensar con agilidad, de mantener una conversación con un mínimo de cordura. Era curioso que cuanto más se estaba demostrando que todo lo que había vivido era cierto, más cercano se sentía a la locura más profunda.

– Sí, al menos bajo mi entender.

– Por favor...

– El Demonio también es poderoso. Por algún motivo se ha fijado en su familia y los desea arrastrar a todos a sus dominios.

– ¿Y qué tiene eso que ver con el mensaje de Alicia?

El padre Salas miró una vez más hacia el altar, como hacía en cada ocasión que las fuerzas le flaqueaban.

–No era su mujer la que le hablaba. Era el mismísimo Satán el que le estaba invitando a adorar su reino.

XXXIX

Carlos observaba el rostro de su padre, un rostro sereno pese a lo terrible de los últimos acontecimientos, una mirada limpia y sincera en la que él podía encontrar la paz que necesitaba.

–No sé cómo ayudarte. De verdad que estoy haciendo todo lo que está en mi mano...

–Papá... –dijo Carlos, haciendo un ademán con su mano.

Ambos miraron hacia el estanque, y hacia más allá, hacia las montañas que se elevaban majestuosas hasta el cielo.

–Cada vez tengo menos ganas de morir. Cada vez me siento más aferrado a este mundo... tan hermoso –dijo Esteban.

Carlos no supo qué añadir. Llevaba unos días con la mente parcialmente en blanco. Desde su conversación con el padre Salas había buscado alejarse del resto de los mortales, y para ello se había refugiado con su padre.

–Yo llevo tiempo sabiendo lo que he de hacer, pero sin atreverme a afrontarlo.

Esteban se giró para mirar a su hijo con preocupación.

– ¿Sabes lo que tienes que hacer?

–Más o menos –respondió Carlos esquivo.

– ¿Y qué tienes que hacer?

Carlos evitó responder de forma precipitada. Sus ojos reflejaron aquellas montañas que aspiraban a llegar más lejos, rozando la gloria, pero sin conseguirlo.

–Papá, llevo casi toda mi vida sin creer en otra cosa que en aquello que pueda sentir por mí mismo...

– ¿Y? –inquirió Esteban, intrigado.

–Pues... ¿De qué forma llega alguien al infierno? ¿Cómo narices consigue uno el pasaje? – preguntó Carlos, irónico, y con media sonrisa perfilada en sus labios.

Esteban comprendió al segundo el derrotero hacia el que su hijo deseaba llevar la conversación. Apretó las manos, sus manos ya agrietadas y cansadas.

–No lo sé. Yo siempre he buscado el camino contrario. Me imagino que se llega haciendo el mal, siendo malo, deseando el mal.

–Entonces... ¿Laura era mala?

Su hijo le interrogaba como si fuera un completo ignorante, como un niño burlón que en clase de religión intenta mofarse del profesor.

–Ya te he dicho que no sé nada. Sólo estoy haciendo suposiciones. Yo creo que mi nieta era una niña preciosa y muy buena. Algo le tuvo que suceder en un momento determinado, algo que ni tú ni yo sabemos.

Aquellas últimas palabras, pronunciadas con dolor por su padre, hicieron recordar a Carlos el abandono al que había sometido a Laura, y el desconocimiento que tenía de lo que había sido la existencia breve de su única hija.

–Desde este mundo no estoy haciendo nada más que perder el tiempo, mientras ella no deja de lanzarme mensajes y de pedirme ayuda...

–Reza, hijo, es lo único que podemos hacer. Al final el Señor demostrará que es más poderoso que el mal –dijo Esteban, aunque su voz sonó torpe y falta de confianza.

Carlos entonces abrió mucho los ojos, como si acabara de encontrar la respuesta a una pregunta largamente formulada, y de casi imposible contestación.

–Eso haré, papá. Rezaré...

XL

Aquella noche Elena tardaba en llegar. Carlos no dejaba de dar vueltas en la cama, incómodo. Constantemente venían a su mente imágenes de lo vivido en los últimos tiempos, y entonces unas ganas terribles de salirse de sí mismo, de ser otro, se apoderaban de él.

«Quisiera empezar otra vida».

La semana que había pasado en casa de su padre había contribuido enormemente a sosegar su espíritu. No había hablado con nadie, sólo con Esteban y con Elena, e incluso los últimos días casi ni había pensado, dejando su cabeza completamente en blanco.

«Quisiera no ser yo mismo».

Con los ojos clavados en el techo, pudo ver la imagen de Laura, su hija, corriendo por un largo parque, el rostro lleno de felicidad. ¿Qué había podido suceder para que todo se fuera al traste? ¿En qué instante ella había dejado de ser ella para convertirse en otra cosa? ¿Era Laura deliberadamente mala, y por esa razón había terminado en el Infierno, o por el contrario había sido poseída al azar por el Diablo?

«¿Qué pasaría por su cabecita de niña?».

Lo que más le atormentaba a Carlos era precisamente eso, que sólo era una niña, indefensa y sin experiencia para enfrentarse a todo lo que se estaba enfrentando. Él mismo, al menos, ya había vivido lo suficiente como para adaptarse a situaciones complejas... Aunque, la verdad, nada de todo lo anterior le estaba sirviendo. Era demasiado horrible.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Carlos dio un brinco en la cama, como siempre que escuchaba aquel sonido procedente del radio-despertador. Hacía tanto tiempo que no oía aquel ruido maldito.

Bzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzz...

Miró con fijeza el aparato, como intuyendo lo que sucedería instantes después, como si unas nuevas dotes premonitorias le avisaran de lo que en breves momentos pasaría de futuro a presente.

«¡No, no, no...!».

Y en ese momento el radio-despertador comenzó a buscar solo en dial, como intentando encontrar una emisora concreta, como ya había hecho él solo en otras ocasiones.

«¡No, no, no...!».

Carlos cogió el aparato y lo lanzó contra el suelo. Luego empezó a pisotearlo y a tirarlo una y otra vez contra las paredes, y nuevamente contra el suelo, hasta dejarlo completamente inservible,

hasta que dejó de producir sonido alguno, hasta que sólo quedó un *escandaloso* silencio.

«Ya está...».

Se quedó un buen rato contemplando aquellos restos de plástico y hierro esparcidos por toda la habitación, satisfecho. Hasta que un sentimiento de ausencia y desamparo incontrolables le hizo romper a llorar. Y lloró como un niño, y luego ese llanto se transformó en el quejido de un demente. Y quedó exhausto sobre la cama.

«Sé lo que tengo que hacer».

Elena había pasado la noche anterior en su casa, terminando de arreglar algunas cosas. Aunque Carlos le había avisado que regresaba, después de una semana en casa de su padre, ella prefirió dejarle tranquilo al menos un día, para no agobiarlo a preguntas, o para no suscitarle mayor nerviosismo. De un tiempo a esta parte lo notaba muy tenso, y los días que había pasado con Esteban parecían haber relajado su espíritu.

Entró sin hacer ruido imaginando que, por lo temprano de la hora, Carlos aún seguiría durmiendo. Dejó algunas compras en la cocina y se puso a ordenar muy despacio el salón, aunque apenas si estaba revuelto. Después se sentó.

«¿Cómo puedo ayudar a este hombre?».

Se le había ocurrido una buena idea: llamar a una médium, amiga de Andrés, y que éste había conocido en un famoso programa de radio dedicado a temas de ocultismo y de sucesos paranormales. No perdían nada por probar, y quizá de esa forma Carlos podría formularle algunas preguntas clave a su hija, y también encontrarían la forma de ayudarla a salir del Infierno, si es que de verdad estaba allí.

«La médium nos dará respuestas, estoy segura».

No había terminado de decirse a sí misma aquellas palabras cuando notó que el corazón le quedaba en suspenso, sin latir, y el tiempo se detenía de repente. Justo frente a ella estaba la cómoda de siempre, con los mismos libros de siempre, con el mismo marco y la misma foto de siempre. Pero algo había cambiado. *Antes* era una foto de Carlos solo en una playa, un Carlos sonriente, y ahora había *alguien más* a su lado.

«No puede ser».

Se acercó hasta la cómoda y con las manos temblorosas tomó el marco para poder observar mejor la foto. Tuvo que ahogar un alarido. La persona que había junto a Carlos no era otra que su propia hija, cogiéndole la mano, y con una sonrisa casi malévola. Laura parecía mirarle desafiante a los ojos, parecía estar mirándole con toda la ira del mundo a ella misma, desde el papel. Sin embargo, Carlos había perdido la felicidad de la anterior instantánea, y también le miraba, pero en sus pupilas había una expresión como de súplica. En la mente de Elena se confundían ambas imágenes: la foto del pasado y la foto que ahora sostenía casi sin aliento.

«No había ninguna foto de Laura en el salón...».

Podía ser que alguien, por ejemplo Alicia, hubiera tomado dos instantáneas del mismo lugar, era algo frecuente cuando se viaja, y que Carlos la noche anterior hubiera decidido cambiarlas en el marco.

«Demasiada casualidad, demasiado improbable».

El tiempo se hizo denso, y también el aire. Y entonces Elena percibió el *silencio* de la casa, el *extraño* silencio que presidía toda la estancia desde su llegada. Y fue corriendo hacia la habitación de Carlos, pero allí no encontró nada, sólo unas sábanas revueltas.

«Menos mal» –pensó aliviada.

Pero recordó la puerta del aseo, que había visto fugazmente al pasar, cerrada, algo muy poco habitual. Y otra vez un pavor incontenible e inmenso se apoderó de ella. Caminando despacio se dirigió al cuarto de baño, y también muy despacio abrió la puerta. Enseguida pudo ver la sangre, sangre que manchaba el suelo y las paredes, sangre con la que había escritas palabras en las paredes y en los espejos:

ADORO GEHENA

DOY GRACIAS A MI SEÑOR MOLOC

SATÁN ACÓGEME EN TU SENO

Casi sin fuerzas llegó hasta la bañera, que estaba cubierta por una cortina de plástico, manchada también de sangre. La apartó con brusquedad y después bajó los ojos, con la mirada enturbiada por las lágrimas. Sólo una imagen pudo imprimir su retina antes de desmayarse: un rostro, antaño el de su amigo Carlos, pero que ahora era el de un animal que grita con todas sus fuerzas mientras lo sacrifican, mientras se desangra.

XLII

Esteban fue caminando solo hacia el estanque en el que él y su hijo solían charlar. Las montañas al fondo parecían estar tristes, melancólicas, apagadas... Andaba como sin fuerzas, arrastrando los pies y tropezándose de cuando en cuando.

«Otra pérdida».

Como le había dicho a Carlos en su último encuentro, cada vez le quedaban menos ganas de morir. Unas enormes dudas le embargaban por completo, y ya no tenía claro qué pensar. Antaño había sido un hombre con una fe férrea en Dios y en su capacidad para dominar el mal. Ya no lo tenía tan claro.

«Lo peor llega con la muerte».

Sabía que tenía que apartar aquellos pensamientos terribles de su cabeza, pero ¿cómo lograrlo? Elena le había llamado de inmediato, y tuvo la oportunidad de asistir a la escena dantesca que su propio hijo había creado antes de que llegara la policía.

«¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo *hacerse* eso?».

Los forenses habían determinado que la causa de la muerte había sido debida a una pérdida de sangre dramática, provocada por numerosos cortes auto-infringidos: suicidio.

«Nunca podré olvidar su rostro...».

La expresión última de Carlos era la de alguien que sufre terriblemente, pero también la de alguien que ha buscado ese sufrimiento. Estaba claro que la locura se había apoderado definitivamente de él, porque ninguna persona en su sano juicio podía haber montado aquel espectáculo macabro, ni podía provocarse ese tipo de lesiones horribles.

«Quizá yo mismo acabe perdiendo la razón».

Pero su hijo tampoco estaba tan loco. El padre Salas había sido tajante al explicar aquello que su hijo había realizado, y que en principio no tenía el menor de los sentidos: «ha provocado a Dios, y con ese último acto ha invitado al Demonio a llevárselo consigo. Con seguridad habrá cumplido con su deseo final». El propio cura deseaba que todo aquel esfuerzo no hubiera sido en vano, porque Satán engaña, y quizá todo había sido una farsa, en el que el único poseído había sido el propio Carlos.

«Quizá sea cierto, quizá a fin de cuentas fue Carlos el que, desesperado por la terrible pérdida de su familia, fue arrastrado por el Diablo».

Esteban contempló las aguas tranquilas del estanque, que reflejaban algunas nubes solitarias en el cielo.

«¿Cómo se llega hasta el cielo?».

Miró hacia las alturas y gritó con todas sus fuerzas, gritó sin decir nada, con una rabia arrastrada desde años y que explotaba al no obtener nunca respuestas.

«¡Maldita sea todo!».

Exhausto, cogió una piedra, redonda y lisa, perfecta. La lanzó con fuerza sobre el estanque y ni siquiera hizo el esfuerzo de contar lo botes que daba en el agua.

«Se terminó el juego, hijo mío».

XLIII

El padre Salas salió de su apartamento con ansiedad, y hasta que no llegó al garaje y se metió en su coche no se calmó un poco.

«Debo llegar a la iglesia cuando antes».

Los últimos días sus sueños habían estado plagados de pesadillas, y terribles premoniciones le asaltaban a lo largo del día de forma fugaz pero intensa. Se veía rodeado de fuego, y con seres espantosos pero indefinidos que le acechaban y le empujaban con armas afiladas hacia las llamas. Aquellos sueños le recordaban a los de su última etapa en México, poco antes de que tuviera que emigrar y dejar de realizar exorcismos para la iglesia.

«No puede estar sucediéndome esto otra vez».

Mientras conducía de forma descuidada, a su memoria iban regresando todas las personas a las que había exorcizado y, de un modo paralelo, todos sus encuentros con el Diablo, en sus distintas formas. Satán siempre deja una huella profunda e indeleble, y por eso tuvo que parar.

«Tengo que volver a alejarme, tengo que cambiar de país otra vez».

Entonces notó una presencia en la parte posterior del vehículo, en el asiento de atrás. Había *algo* que se agitaba, que se movía, y que incluso producía pequeños pero sensibles ruidos con su respiración.

«No mires atrás, no mires atrás».

Intentando controlar sus nervios aceleró, ansiando como nunca en su vida llegar a la iglesia, aferrarse como un poseso al altar, a la protección de Cristo, siempre salvador. Pero aquello que había surgido en su coche parecía ir materializándose, ganando en tamaño.

«Señor, ten piedad de mí, dame fuerzas ahora».

Aquello jadeaba a ratos como una persona enfurecida, a ratos como un animal enorme. Cada vez se movía con mayor rapidez, como si fuera de un lado a otro del asiento trasero, al acecho, esperando la ocasión para abalanzarse sobre su presa.

«Recuerda: *no mires atrás*».

Le quedaban apenas trescientos metros para llegar al edificio salvador, y cada vez le costaba más mantener la calma, controlar sus nervios, contener el miedo y el terror que se iba apoderando de todo su ser. Entonces, en un gesto instintivo e incontrolado, alzó levemente la mirada hacia el retrovisor, y fugazmente le pareció distinguir el rostro de Carlos embutido en una especie de bestia de pelaje abundante y rojizo. Aterrado abrió la puerta del coche y se lanzó del mismo sin que llegara a detenerse.

«Señor, dame fuerzas, apiádate de mí».

Aunque herido por la caída, corrió con todas sus fuerzas hasta la iglesia, sin preocuparse del vehículo, que fue perdiendo fuerza hasta chocar con una farola, ni del resto de viandantes, que lo miraban asombrados e incrédulos. Cuando llegó al edificio, cerró con violencia las puertas tras de sí y se abalanzó sobre el altar, arrodillándose ante la imagen de Cristo crucificado.

«Gracias Señor, gracias por ayudar a tu siervo».

Con la respiración entrecortada comenzó a rezar, aliviado porque su Dios le había mostrado una vez más su poder sobre el mal y su capacidad para mantenerlo a salvo. Pese a todo, aún seguía horrorizado por la imagen que apenas había vislumbrado a través del retrovisor.

«¡Aquellos ojos!».

Y entonces comprendió. Con un sexto sentido que él atribuía a una comunión directa con el Santísimo, pudo ver y entender. El cielo, oscurecido momentos antes por negros nubarrones, se abrió y dejó sólo un azul claro, tremendamente hermoso y limpio. Y al instante se dio cuenta de que tenía que ponerse en marcha sin perder un instante.

«¡He de avisar a todos los implicados, antes de que sea demasiado tarde! ».

XLIV

Elena entró en su casa. Había pasado toda la tarde hablando con Andrés, intentando encontrar un sentido a lo que había estado viviendo en las últimas semanas. Ella llevaba mucho tiempo intentando vivir una experiencia paranormal *de verdad*, y ahora que lo había logrado no se sentía en absoluto satisfecha. Se sentía terriblemente triste y vacía.

Había tomado la determinación de no ir al trabajo durante unos días, hasta recuperar un cierto equilibrio. La historia de Carlos había sido muy fuerte, y además se había implicado en ella hasta un grado máximo. Debía de tomarse las cosas con calma.

Andrés no le había servido de mucha ayuda, puesto que estaba aún más confundido que ella misma. Por un lado tenía las grabaciones, pero por otro no tenían nada más. Carlos había dicho que aquella era la voz de Alicia, su mujer, pero nadie más lo había contrastado. Podía tratarse de una sicofonía vinculada a otro suceso, ya que las palabras pronunciadas por aquella mujer no tenían relación alguna con lo que él describía le estaba sucediendo.

Elena optó por tomarse un tranquilizante e irse a dormir: llevaba muchos días haciéndolo apenas unas horas, y su cuerpo empezaba a acumular demasiado agotamiento mental y físico. Aunque lo deseaba, cada vez que se tumbaba en la cama no podía apartar de su cabeza el recuerdo de Carlos, incluso en ocasiones lo buscaba a tientas con las manos. Pero Carlos se había marchado ya para siempre, había muerto.

Bzzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzzz...

«¿Qué es ese sonido?».

Miró hacia la mesita de noche y pudo comprobar que era la pequeña radio con la que solía ir a todas partes por las mañanas al despertarse: mientras desayunaba, mientras se duchaba, mientras se vestía... Pero ella no la había puesto en funcionamiento.

«Quizá olvidé apagarla esta mañana».

Bzzzzz... Fiiiiiiiiiiiiiiii... Bzzzzz...

Aquella segunda tanda de ruiditos despertó su memoria y la dejó calvada de terror sobre el colchón, incapaz de mover ni un solo músculo.

«¡Es el mismo ruido que grabamos en la sicofonía, el que tantas veces me describió Carlos!».

Petrificada en su propia cama, y sin poder siquiera emitir un grito de auxilio, escuchó cómo su radio buscaba *sola* en el dial, pasando con rapidez de una emisora a otra, sin pararse en ninguna.

«¡Dios mío!».

La radio detuvo su demente andadura, como si ya hubiera encontrado la frecuencia exacta. Se hizo un breve silencio, durante el cual ella sólo pudo contener la respiración atenazada por el miedo. De súbito, la voz de Carlos salió del pequeño aparato:

—¡Elena... ayúdame... ESTOY EN EL INFIERNO!

Desde el Infierno II

I

El padre Salas, después de varias horas rezando en el altar, abandonó la iglesia con determinación. Quizá al fin había comprendido qué estaba sucediendo en realidad; o posiblemente su discernimiento y experiencia no le habían revelado toda la verdad, pero sí una parte fundamental de la misma.

La noche había caído sobre la ciudad de Madrid, y su coche, que había dejado empotrado contra una farola de cualquier manera frente a la entrada del templo, seguía con la puerta del conductor abierta y con las llaves puestas. Arrancó y tuvo claro su destino: la casa de Esteban, el padre de Carlos. Iba a necesitar de su ayuda y de la de Elena para poder afrontar el reto más complicado de toda su vida: salvar a dos almas condenadas de forma injusta a vivir atrapadas en el Infierno.

Mientras conducía a toda prisa por las calles de la capital de España se cuidó mucho de no dirigir su mirada hacia el retrovisor. A partir de ahora debía evitar los espejos, por su seguridad mental, física y emocional.

Pese a la resolución absoluta que le impulsaba sentía que el mal, un mal que le era conocido y que ya se había cebado con él en el pasado, recorría sus entrañas. Enfrentarse al maligno y a sus acólitos entrañaba enormes riesgos. Hubiera tenido la posibilidad de refugiarse junto a la imagen de Cristo crucificado, rodeado de agua bendecida, y de esa manera continuar con una existencia retirada y a salvo de cualquier peligro; pero él no era así, nunca lo había sido, y si Dios le había ubicado allí seguramente era porque necesitaba de su siervo en aquel envite. Y él no iba a defraudar a su Señor, aunque en ello le fuera la vida terrenal.

II

Elena ya no pudo conciliar el sueño. El efecto de los tranquilizantes se había disipado nada más escuchar la voz de Carlos que le suplicaba a través de su pequeña radio. Trató de dormirse, intentó relajarse, pero le resultó imposible. Finalmente optó por incorporarse y ponerse a trabajar: en las cientos de notas que había tomado quizá encontrase una explicación a aquel auténtico dislate. ¿Habría perdido definitivamente el juicio? ¿Era en verdad Carlos el que le hablaba desde el Infierno? ¿Cómo podía tener todo aquello una explicación?

Antes de seguir atormentándose sin descanso pensó que lo mejor era telefonar a Andrés. Quizá él estuviera más lúcido y fuera capaz de calmarla o de abrir una vía de investigación.

- Buenas noches, Andrés, soy Elena – musitó ella, con la voz entrecortada.
- ¿Qué sucede? ¿Estás bien? – inquirió él, que percibió el tono alicaído de su colega.
- No te lo vas a creer...
- Sabes que soy capaz de asimilar cualquier cosa – replicó Andrés, con templanza, seguro de que algo realmente extraordinario tenía que haber pasado para que su amiga le hablara con aquella voz mustia y dubitativa.
- Carlos... Carlos acaba de hablarme a través de mi aparato de radio...

Un incómodo silencio se adueñó de la línea telefónica durante algunos segundos. Andrés sopesaba qué decir.

- ¿Estás completamente segura? Todos hemos soportado una enorme presión en las últimas semanas...
- Estoy segura al 100%, y eso es lo que más me preocupa: quizá me esté volviendo loca.
- ¿Te ha dicho algo?
- Sí. Me ha pedido ayuda. Me ha dicho que está en el Infierno.
- ¿Eso no es exactamente lo mismo que le decía su hija?
- Sí. Lo mismo...
- Bueno, de momento trata de calmarte. Salgo ya mismo hacia tu casa y analizamos la situación con pausa, ¿te parece?
- Es justo lo que deseaba escuchar.
- Pronto vamos a averiguar qué diablos está sucediendo.
- Es algo tan... demencial.

Andrés sintió una sacudida en la boca del estómago, una especie de idea relampagueante que le surgía de las entrañas.

- Quizá no...
- ¿Qué quieres decir?
- No lo sé. Llámalo intuición. Ya veremos. Quizá hemos estado errando el tiro todo este tiempo, apuntando en la dirección equivocada.

III

El padre Salas había conseguido reunirlos a todos en el amplio salón de la casa de Esteban. Allí se encontraban Elena, el propio Esteban y Andrés, al que se había empeñado en llevar la primera. Considera que su implicación en el caso resultaba absolutamente vital. Lo primero que hizo nada más llegar fue contarles al padre de Carlos y al sacerdote lo que había escuchado a través de la radio.

- Eso confirma mis sospechas – apuntó el padre Salas.
- ¿Qué sospechas? – preguntó Esteban, que se sentía completamente superado por las circunstancias.
- Hemos estado confundidos todas estas semanas. Jamás di por sentado nada, aunque yo mismo creo que contribuí a fomentar el desconcierto.
- Eso mismo cree Andrés – dijo Elena.

El padre Salas se sintió reconfortado al comprobar que ya no era el único que sospechaba que seguramente habían perdido un tiempo precioso.

- Y qué es exactamente lo que piensas, Andrés...

El técnico dirigió una mirada vacilante a todos los reunidos en la sala. A su natural carácter tímido le incomodaba la situación, pero debía compartir sus intuiciones, por descabelladas que fueran.

- Siempre le he estado dando vueltas a la psicofonía que grabamos de la madre de Laura...
- Por favor, continúa – le animó Esteban, inquieto.
- Cuanto Elena me telefoneó y me contó que Carlos le había hablado a través de su radio, pidiéndole auxilio desde el Infierno, tuve una corazonada. De inmediato pensé que Alicia era en realidad la causante de todo este maldito embrollo.
- ¿Alicia? – inquirió Esteban, absolutamente perplejo.

El padre Salas no pudo contener una leve mueca de satisfacción. Aunque lo que apuntaba Andrés era terrible, coincidía plenamente con la visión que había tenido en el altar, mientras agradecía al Señor que hubiera acudido al auxilio de su siervo.

- Así es. Yo tuve la misma, digamos, revelación.
- ¡No puede ser! – exclamó Esteban, hastiado de soportar tanto dolor.
- Te ruego que te tranquilices, amigo. Ahora debemos reunir fuerzas para salvar a tu hijo y a tu nieta, si es que estamos a tiempo.
- Pero, ¿cómo vamos a hacerlo? – inquirió Elena, que apenas podía seguir el curso de los acontecimientos. Aún estaba impactada emocionalmente por lo que Carlos le había dicho a través de su radio.
- Tenemos que averiguar por qué Alicia condenó al Infierno primero a su hija y después a su marido.

IV

Elena no tardó en hacerse con un listado de las mejores amigas de Alicia. Pese a que Carlos le había dicho que sólo tenía una verdadera amiga, Ana, la parapsicóloga no había tardado en descubrir que en realidad su círculo íntimo era algo más amplio. Esto venía a corroborar lo alejados que estaban, en todos los aspectos, marido y mujer. Era algo bastante triste, visto con perspectiva.

Elena y Andrés se habían instalado, con el permiso de Esteban, en la casa de Carlos. Allí podrían trabajar mejor y estar en contacto directo con el hábitat de los tres protagonistas de aquella truculenta historia.

- Vamos a necesitar equipos más sofisticados – dijo Andrés, mientras trasteaba con los micrófonos de alta sensibilidad.
- ¿Y eso?
- Aquí está sucediendo algo que se nos escapa, y con lo que tenemos no es suficiente.
- Vuelve tu intuición...
- Pues sí. Tú escuchas voces que te hablan desde el Infierno por una radio y yo he acentuado mi sensibilidad. Así están las cosas.

Elena se acercó a Andrés y le revolvió la melena cariñosamente. No era momento de que se generasen tensiones entre ambos.

- Lo siento. Todos estamos nerviosos. Haré unas cuantas llamadas e intentaré conseguirte aparatos de última generación. Este caso va a suscitar interés, y seguro que encuentro gente dispuesta a echarnos una mano.
- Pero no me gustaría que ahora llegasen un puñado de extraños a hacerse con el control de la situación.

Elena tardó en responder. Lo que sugería su colega era más frecuente de lo que imaginaba. Ella tampoco deseaba que esa posibilidad se diera.

- Tranquilo, ya me las apañaré para que nosotros sigamos siendo los que *mandemos*.
- Y ahora... ¿qué?
- ¿Has terminado de instalar todo?
- Casi...
- Bueno, ahora necesito que me echés una mano. Vamos a hacer algo que seguramente debería haber hecho desde el principio.
- ¿Qué?
- Carlos, tras las muertes de Laura y Alicia, y con el sano fin de mantener alejados los recuerdos, cerró dos estancias de esta casa. Una fue la habitación de su hija, que yo escudriñé hasta el último de los rincones desde el primer día en que me impliqué en esta historia. Pero, aunque me dio permiso para hurgar en ella, la otra está intacta, y ahora nos vamos a arremangar y ver qué narices encontramos.

Andrés estaba algo sorprendido. Aunque había pasado tiempo en aquella vivienda, apenas se había movido del salón. Sabía que había algunas puertas cerradas, y jamás se le ocurrió, por pudor y por prudencia, abrirlas.

- ¿Y qué habitación es esa?
- Una que Carlos convirtió en una especie de trastero. Casi diría, más bien, que en un santuario. En ella colocó todo lo que tenía que ver con Alicia, para apartarlo de su vista lo antes posible. Resulta increíble, pero yo a esos enseres no les concedí en su momento

importancia. Sin embargo, ahora estoy convencida de que allí vamos a encontrar algunas pistas; o quizá, con suerte, incluso respuestas.

V

El padre Salas estaba en la iglesia, con Esteban. Ambos oraban desde hacía minutos, en silencio, en un templo que les acogía en la más absoluta intimidad. Habían decidido repetir aquel ritual cada día, como muestra de su devoción religiosa y de su fe en Dios para que les ayudara a salir de aquel demencial trance.

- Este es el único lugar en el que me siento seguro – apuntó el padre Salas, rompiendo el momento de reflexión.

- ¿Tiene miedo?

- Sí, debo admitirlo. Esteban, hui de México porque ya me había enfrentado al mal en demasiadas ocasiones. Los exorcistas no somos seres extraordinarios... somos personas sencillas, como cualquier otro. Pero nuestra labor sí requiere de una portentosa fortaleza, y creo que yo he agotado la mía.

Esteban, casi de forma instintiva, le posó la mano suavemente en el hombro al sacerdote. Ese gesto le recordó de inmediato a su hijo Carlos, a los últimos días que había pasado con él.

- Padre, es usted un hombre excepcional. Y no sabe lo que me alegro de que pueda contar con usted en estos momentos tan duros.

El cura se sintió reconfortado con aquellas sinceras palabras. Veía en los ojos de Esteban la esperanza de que quizá, algún día, su hijo y su nieta estarían de vuelta con él.

- No puedo garantizarle nada. Sólo puedo asegurarle que voy a hacer todo lo que esté en mi mano.

- Lo sé...

- Rezar juntos cada día, en este altar, nos infundirá la fortaleza y la fe necesarias para confiar en Dios y en el futuro. También reparará nuestras heridas.

- ¿Nuestras heridas? – inquirió Esteban, sin comprender.

- Nos enfrentamos a un ser maligno que tratará de confundirnos y, si está en la medida de sus posibilidades, de arrebatarnos el alma.

Esteban se afianzó con las rodillas en el frío suelo. Entrelazó con fuerza sus manos y murmuró una breve oración. Había perdido el miedo.

- Puede contar conmigo. Creo que le fallé a mi hijo y eso me atormenta. Ningún maldito demonio va a detenerme ahora que sé que puedo enmendar mi error...

VI

La casa de Beatriz estaba a las afueras de Madrid, en un bonito barrio residencial constituido por amplios jardines, bonitas calles y cuidados adosados que se disponían conformando una especie de laberinto. Elena ya sabía que era una de las mejores amigas de Alicia, posiblemente la mejor si exceptuaba a Ana, y por eso se había decidido a iniciar sus indagaciones acerca de la esposa de Carlos en aquel lugar.

- Hola, soy Elena. Le he telefoneado hace un rato.

Una mujer de rostro apacible y hermoso la observaba bajo el dintel de su puerta. Tras procesar la información le franqueó la entrada con una medida sonrisa.

- Claro, adelante. Como le decía esta tarde mi marido se ha ido con los niños al cine y podemos disfrutar de una charla con algo de tranquilidad.

- ¿Cuántos hijos tiene? – preguntó Elena, por educación, e intentando crear un clima de relativa confianza entre ambas.

- Tres. Son unos auténticos monstruitos, aunque los adoro. Mi marido y yo, para poder tener un instante de paz, ya me comprende, hemos cerrado un pacto: cada semana uno se los lleva por ahí al parque, al cine, al zoo; así el otro tiene unas horas para estar completamente solo en casa. Y la verdad es que adoro tanto el día que me toca estar con los chiquillos como el que puedo disfrutar de mi ratito de soledad.

- Me parece una idea fabulosa.

- Creo que me ha comentado que es usted sicóloga, ¿verdad?

- Así es. Por eso le puedo asegurar que el plan que han elaborado usted y su marido es muy sano – contestó Elena, carcajeando.

Beatriz la condujo hasta un amplio salón, decorado con un gusto extraordinario. Tenía dos puertas acristaladas de estilo francés que daban a un bonito jardín interior. Sobre una mesita descansaban una tetera y algunas pastas.

- Me he permitido el lujo de preparar esta pequeña merienda para las dos.

- Es usted un encanto.

Elena tomó asiento en un confortable sillón y pensó que iba a arruinar aquel clima maravilloso que se había creado. Por desgracia no estaba allí para hacer nuevas amigas. Algo mucho más tétrico le había empujado hasta la vivienda de aquella amable mujer.

- Deseaba usted saber algo más de Alicia...

- Efectivamente. Es un tema delicado, ya lo sabe.

- Sí. El accidente fue terrible. Y ayer me enteré de lo del suicidio de Carlos. Es espantoso...

Elena sabía que entre los conocidos de la pareja Esteban había difundido una versión edulcorada de la realidad. No todo el mundo podía asimilar aquella pesadilla, y en realidad maldita la falta que hacía.

- ¿Conocía usted mucho a Carlos?

- Apenas. Yo era amiga de Alicia, y creo que sólo un par de veces quedamos las dos familias para comer o realizar alguna actividad juntos. Esos días él estuvo charlando más con mi marido que conmigo. Ya me entiende.

- Sí. Al final es como desde niños: los hombres acaban por un lado y las mujeres por otro, cada cual hablando de sus cosas.

Ambas rieron a la vez. Ambas sintieron que enfrente tenían a una desconocida que bien podía

convertirse en una buena amiga en el futuro.

- Así es...
- En realidad, como le he dicho por teléfono, necesito conocer un poco más a Alicia. Compartí mucho tiempo con Carlos las últimas semanas...
- ¿Y? – inquirió Beatriz, por primera vez desconcertada.
- Pues que necesito encajar algunas piezas del puzle que aún están por ahí sueltas – improvisó Elena.
- Mire, yo soy diseñadora de interiores y usted es la psicóloga, pero... ¿qué necesidad tiene ahora de hurgar en el pasado?

Elena se quedó estupefacta. Aquella mujer era lista, y su observación estaba cargada de sentido común. De repente una idea peregrina pasó por su cabeza.

- ¿No estará pensando que Carlos y yo?
- En realidad, como le decía, eso ahora mismo carece de importancia. Además, tampoco es de mi incumbencia.
- ¿Todavía no ha superado la muerte de su amiga?

Beatriz dirigió una larga mirada hacia el jardín de su casa. El día era gris, pero el césped, los árboles y las flores que tenía allí plantados mostraban vivos y alegres colores.

- Pues no. Creo que uno no se recupera de algo así hasta pasado mucho tiempo, ¿no cree?
- Sí, lo creo. Y, de alguna forma, un período de duelo es necesario para luego seguir con nuestra vida.
- Entonces...
- Le seré sincera: creo que Alicia estaba metida en algún asunto turbio. No tengo la menor idea de qué era, pero estoy convencida de que había en ella un lado oscuro.

Elena se la había jugado, quizá demasiado pronto. Quizá la mujer que ahora la miraba con los ojos alucinados formaba parte de aquel pasaje nebuloso de la vida de Alicia y allí se zanjaría su cordial encuentro con ella.

- ¿Y eso qué importancia puede tener ahora?

La parapsicóloga sintió que su corazón se aceleraba, e intentó mantener la calma. Aquella pregunta dejaba las cosas muy claras: efectivamente la esposa de Carlos había estado involucrada con algún lóbrego asunto.

- Mucha, se lo aseguro. No puedo darle más explicaciones en este momento, quizá más adelante. Pero le suplico que confíe en mí.
- Hará cosa de un año empezó a verse con gente muy rara...
- ¿Qué gente?
- No lo tengo muy claro. Creo que eran una secta, o algo por el estilo. Quiso que la acompañase a alguna de sus reuniones, pero yo me negué. No me daba buena espina.
- ¿Le extrañó ese comportamiento en su amiga?
- Mucho. Muchísimo. Muy de cuando en cuando me contaba alguna cosa por encima, pero yo la acallaba. Prefería que no me dijese demasiado. Creía que, no lo sé, estaba perdiendo un poco el juicio.
- Y, dígame, ¿qué le hizo mezclarse con esa gente tan extraña?
- Carlos.
- ¡Carlos! – exclamó Elena, sin controlar su estupefacción.
- En cierto sentido. Su matrimonio era un fracaso. Ella estaba muy enamorada, pero Carlos no le hacía ni caso: estaba demasiado ocupado con su trabajo.

- Y pensó que...
- Sí, una estupidez. Esa gente era mala, lo sé. No me diga cómo puedo tener la certeza, pero era gente muy mala. Pero le aseguraron que con ellos recuperaría el amor de su marido.
- Esto es de locos.
- Ni se imagina lo que yo pensaba. Además, era algo tan impropio de Alicia. Usted es la psicóloga...

Elena bien sabía que los seres humanos, en momentos de desesperación, son capaces de cualquier cosa por aferrarse a la vida o por no perder a un ser querido. Pero aquel comportamiento no encajaba en la idea de persona que se había forjado de la esposa de Carlos.

- Y ella de verdad creyó que con esa gente su marido le haría caso.
- Sí. Como le digo no es un tema del que habláramos, pero ella tenía una fe ciega. Sólo algo le tenía un tanto conmocionada...
- ¿Qué?
- Una tarea que le habían encomendado. Jamás me la reveló, y yo tampoco insistí para que me la contase. Pero debía de tratarse de algo verdaderamente inquietante.

VII

El padre Salas finalmente había recurrido a la Archidiócesis de Madrid en busca de ayuda. Sabía que se enfrentaba a una situación anómala, y le faltaban conocimientos para encararla con garantía de éxito. En una pequeña sala le atendía uno de los exorcistas con más experiencia de España.

- Es un caso inaudito – reconoció el exorcista español, tras escuchar con paciencia y atención todo el relato del cura mexicano.
- Lo sé, por eso necesito ayuda. Quizá tengan aquí documentado algún suceso semejante y encuentre el camino para salvar a esas almas.
- No quisiera defraudarle, padre Salas, pero me temo que no hallará nada siquiera parecido. Llevo años no sólo practicando exorcismos, también formándome y formando a nuevos exorcistas. He tenido acceso a centenares de expedientes, y le garantizo que jamás he tenido conocimiento de uno como el que acaba de relatarme.

El padre Salas sintió que se desinflaba. Había dudado si acudir o no a la Archidiócesis, pero cuando finalmente se había decidido a hacerlo lo había hecho cargado de esperanza.

- No es posible que sea la primera vez que suceda algo así...
- Y yo no estoy insinuando eso.
- ¿Qué quiere decir? – preguntó el padre Salas, tratando de recobrar el ánimo.
- Creo que es preciso que viaje al Vaticano. Yo le conseguiré una audiencia. Seguro que allí encontrará personas con más experiencia y conocimientos que yo.

El padre Salas ya había estado anteriormente en el Vaticano, hacía ya muchos años, reforzando su formación; tanto que se había convertido en su día en el exorcista más importante de América de Norte. Pero hasta alguien de su talla necesitaba de ayuda para afrontar este lance tan extravagante.

- Lo haré. Creo que no me queda otro remedio.
- En cualquier caso, si precisa de mi colaboración o de cualquier otra cosa sepa que nos tiene a su servicio.

El mexicano se asombró de aquella enorme disposición a echarle una mano. Ni por un momento aquel hombre apacible y de mirada noble había cuestionado su relato.

- No tengo palabras de agradecimiento...
- Padre, es usted un hombre sabio y humilde. No sé qué le ha traído hasta España, pero si piensa que no sé quién es usted, que no le he reconocido, está muy equivocado. Ayudar a uno de los exorcistas más importantes del planeta será para mí, y disculpe mi egoísmo, algo más que un honor.

VIII

Elena y Andrés estaban en la habitación que Carlos había usado para meter en ella todos los enseres y recuerdos de Alicia. Al contrario que el cuarto de Laura, aquel estaba hecho un desastre, con cajas apiladas, montones de libros, fotografías, cuadernos tirados por el suelo y un armario atestado de ropa.

- Creo que no se tomó la molestia de poner un poco de orden – comentó Andrés, sarcástico.
- No seas cínico, te lo ruego. Estamos metidos en un asunto turbio de verdad.
- ¿Y qué quieres que haga? Un poco de humor tampoco nos viene mal a ninguno de los dos de cuando en cuando.

Elena se quedó con los brazos en jarras mirando seriamente a su colega.

- No sé qué hacer contigo... Por cierto, tengo una sorpresa para ti, aunque no te la merezcas.
- ¿Una sorpresa?
- En unos días vamos a recibir algo en esta casa.

Andrés dio un salto de alegría, tan alto que casi tocó el techo con la cabeza. Ya sabía a lo que se refería Elena.

- Al fin. Equipos de última generación... ¿Cómo los has conseguido?
- Bueno, vamos a tener que contar parte de esta historia a un canal de televisión americano. Por suerte he obtenido el beneplácito de Esteban...
- Pero, ¿no vendrá nadie a meter las narices?
- No. Los equipos son prestados y tenemos que devolverlos immaculados, pero aquí mandamos nosotros.
- Entonces, ¿dónde está el truco?
- Cuando todo termine, acabe como acabe la historia, yo les mandaré un borrador de guion y tú el material que tengas. Ellos se encargarán de editarlo para un episodio de un *reality* dedicado a temas paranormales. Todos salimos ganando...
- Joder, perdona, pero eres la mejor.
- Contactos que tiene una. Y, claro, esta aventura, por llamarla de algún modo, que fascina a cualquiera.
- Bueno, ahora que ya me has henchido de felicidad, ¿qué tengo que buscar exactamente?
- No lo sé. Me gustaría encontrar alguna prueba de que Alicia estaba en contacto con alguna secta satánica, o algo similar. Debemos tirar de ese hilo.
- ¿Seguirás reuniéndote con sus amigas?
- Sí, con las que tengo señaladas como más allegadas. Sólo una cosa que me escama un pelín...
- ¿Qué?
- Bueno, no tengo la certeza de que alguna de ellas no estuviera vinculada a esa secta, o lo que sea. De hecho su amiga Beatriz me dijo que trató de convencerla para que la acompañase alguna vez. Alguien tuvo que introducirla a ella en esos círculos, que precisamente no se distinguen por anunciarse en la televisión o en la radio. Sospecho de una persona en concreto: Ana.
- Es un riesgo que deberás correr. Posiblemente sea el único camino, porque creo que en esta habitación vamos a encontrar poca cosa.

- Puede ser, ¡o no! – exclamó Elena guiñando un ojo.
- Para que estés más segura, dime siempre con quién te ves y dónde. Además ten activado el localizador por GPS del móvil, y así podré saber más o menos en qué lugar te encuentras.
- Mejor cambiemos de tema. Parece que me fueran a secuestrar o algo parecido. El otro día la charla con Beatriz fue de lo más agradable. Quizá el resto de amigas sean igual de simpáticas. En fin, voy a empezar a abrir estas cajas a ver qué diablos encontramos.

Elena cogió una caja que remataba una pila de seis y se dispuso a abrirla con ayuda de un cúter. Apenas había comenzado a cortar la cinta americana que la sellaba cuando la estancia comenzó a temblar.

- ¡Qué leches! – gritó Andrés, desconcertado.

La habitación siguió agitándose, como si un terremoto la estuviera asolando. Una de las paredes, la única que no estaba tapada por los enseres o el armario, empezó a resquebrajarse.

- ¡Tenemos que salir de aquí! – exclamó Elena, aturdida por el ruido y las sacudidas.
- ¡No, espera un momento!

Andrés le señaló la pared, mientras el temblor iba remitiendo paulatinamente. Una densa nube de polvo se fue disipando, asentándose en el suelo de la habitación y manchando los libros y las fotografías.

- Elena, ya te dije que en este lugar había algo, aunque todavía no haya sido capaz de verlo – murmuró Andrés, que seguía con su dedo apuntando hacia el tabique agrietado.
- ¡Dios mío! – gritó Elena, aterrada.

Las grietas de la pared habían conformado dos palabras apenas perceptibles, a menos que uno se fijara con algo de detenimiento. Con fino trazo irregular podía leerse: OS MALDIGO.

IX

Elena había solicitado una reunión de urgencia al padre Salas y a Esteban. Aún estaba un tanto conmocionada por la experiencia vivida en la casa de Carlos y les había contado los hechos con cierta torpeza y atropello.

- Elena, el terrible suceso que ha sufrido no es extraño. El maligno siempre trata de amedrentar y confundir a todos aquellos que están dispuestos a plantarle cara – dijo el padre Salas, mientras sujetaba las manos de la parapsicóloga con delicadeza.

- No lo sé. Antes creí que estaba preparada para situaciones así, ¡incluso deseaba vivirlas! Ahora, después de escuchar la voz de Carlos por mi radio, suplicándome...; tener que sentir una amenaza tan directa creo que me supera...

- Mantengamos la calma, y sigamos unidos. La fe es nuestra mejor arma en este momento – manifestó Esteban, que comprendía el estado de Elena.

- Lo siento, pero aunque parezca una contradicción, soy una gran escéptica. Siempre me cuestiono una y mil veces lo que mis sentidos transmiten a mi cerebro...

- Elena, debe reconocer que una pared destrozada no es un truco al alcance de cualquiera. Yo también me hago constantemente preguntas, y algunas no tienen respuesta, pero lo que estamos viviendo es muy real.

- Entonces, ¿qué debemos hacer?

- Yo voy a viajar al Vaticano. Tengo una audiencia con uno de los exorcistas más importantes de todos los tiempos, que ha tenido la bondad de atenderme. Necesito su ayuda. Creo que usted debe seguir investigando a Alicia, seguramente en su pasado encontremos el camino para salvar a Carlos y a Laura.

Elena no pudo contener algunas lágrimas. Era una mujer extraordinariamente fuerte, pero hasta un carácter tan robusto como el suyo se veía afectado por unos hechos tan sobrecogedores.

- Lo voy a intentar. Pero algo me dice que nos estamos metiendo en la boca del lobo...

- Y así es, Elena, así es. No puedo engañarla: enfrentarse al diablo no es un juego de niños. Pero yo confío en usted – aseveró el padre Salas.

- Nos tenemos los unos a los otros. Y Elena, aunque no lo perciba, igual que existe el mal existe el bien. Dios está de nuestra parte, yo puedo sentirlo – dijo Esteban, ansioso por trasladar su confianza a la parapsicóloga.

- Yo debo marcharme. Mañana tengo un vuelo a primera hora y deseo preparar mi encuentro en el Vaticano. Sé que allí encontraré respuestas – apuntó el padre Salas, incorporándose.

Elena no pudo evitar abrazarse al sacerdote mexicano, buscando en su calor esa calma que parecían transmitir sus palabras.

- Le necesito. Le necesito ahora más que nunca.

- Lo sé. Todos nos necesitamos, y juntos vamos a lograr el éxito – musitó el cura, aunque él mismo albergara tantas o más dudas que la joven.

Esteban acompañó al padre Salas hasta la puerta y lo despidió con un apretón de manos. No hacían falta las palabras. Al girarse, en un lamentable descuido, el cura pudo divisar su reflejo en un espejo ubicado en la entrada, y que siempre evitaba. La imagen que pudo ver, apenas unas décimas de segundo, se quedó instalada en su retina durante horas: la cabeza de un engendro similar a una enorme mosca, de ojos incandescentes, sobre el torso de una bestia sustentada por decenas de gruesas patas parecidas a las de los más horrendos insectos.

Andrés acababa de recibir sus *juguets*. Al fin contaba con aparatos de última generación, remitidos por el equipo de producción de aquel canal americano. Para él era algo similar a lo que un chaval puede sentir la mañana del día de Reyes.

Poco a poco, con sumo cuidado, fue sacando cada uno de los artilugios de su embalaje. Los reconocía, pese a que alguno de ellos jamás había pasado por sus manos. Sabía usarlos, conocía sus especificaciones y sus manuales, pero al fin podía tocarlos. Estaba deseando ponerse en marcha, pese a que Elena no se encontrase allí con él.

Nada más acabar contempló el maravilloso espectáculo: en el salón de la casa de Carlos ahora había un espectrómetro, un termómetro infrarrojo de alta sensibilidad, una cámara con visor nocturno y detector de movimientos, varios micrófonos de diferentes sensibilidades, un medidor electromagnético y, la joya de la corona, una cámara infrarroja con detectores criogenizados. No podían haber colmado más sus expectativas.

«Ahora vamos a pasárnoslo bien un rato», se dijo el técnico, mientras conectaba los aparatos a sus baterías y a la corriente. Fue realizando los correspondientes ajustes y calibraciones con parsimonia, disfrutando del momento. Cuando lo contase al día siguiente iba a ser la envidia de todos sus colegas de profesión, la mayoría de ellos también embriagados por lo paranormal.

Decidido, tomó el termómetro infrarrojo, pues pensó que antes de pasar a los *chismes de verdad* era necesario detectar alguna anomalía, y fue midiendo lentamente los registros de cada rincón del salón. Nada reseñable, lo que era de esperar.

Salió al pasillo y fue recorriendo las estancias de la amplia vivienda. Apenas había variaciones significativas de temperatura. Pero ahora llegaba lo bueno: se detuvo frente a la puerta de la que había sido la habitación de Laura y la abrió. Con ayuda del puntero láser que incorporaba el termómetro fue señalando cada uno de los recovecos de la estancia. Desilusionado se cercioró de que, al igual que en el resto de la casa, los valores estaban dentro de los márgenes de lo que consideramos *normal*. Era decepcionante, porque estaba convencido de que en la habitación de la pequeña tenía que haber *algo*. De momento no era así. También es cierto que los espíritus y entidades similares no siempre están presentes, de modo que debería armarse de paciencia. Igualmente retiraría de allí sus obsoletos aparatos para sustituirlos por los recién llegados.

Regresó al pasillo, cabizbajo, y pensó que ya sólo le quedaba un lugar por estudiar. Pese a lo acaecido en esa especie de trastero, no albergaba demasiadas esperanzas. Abrió lentamente la puerta que daba acceso a la habitación en la que Carlos había *sepultado* todos los enseres y recuerdos de Alicia. Apuntó en primer lugar hacia el armario, pues creyó que era un lugar idóneo para que un *ente* de esa naturaleza hallara cobijo, pero nuevamente los registros eran normales. Con extrema templanza fue señalando las cajas apiladas, los libros, las fotografías y hasta el techo. Había reservado para el final el último lugar en el que podía hallarse el *alma* o la *esencia* que él había percibido desde que se instalara en la casa, sin necesidad de ningún aparato: la pared agrietada en la que ahora podía leerse una especie de advertencia. Sobrecogido, dio un pequeño salto hacia atrás. La temperatura había descendido bruscamente... ¡30° centígrados! Eso sólo podía significar una cosa: allí se encontraba *alguien* con él.

Sin perder un instante regresó al salón y se pertrechó con la cámara infrarroja con detectores criogenizados. Era la primera vez en su vida que iba a manejar un aparato tan caro y tan delicado, de modo que se tomó unos minutos para asegurarse de que no cometía ningún error. Mientras preparaba el equipo pensó que muy posiblemente el *ente* se hubiese esfumado, o que quizá había

una explicación lógica para aquel cambio de temperatura tan anómalo. En cualquier caso, *aquella cosa* no iba a abandonar la casa, y tiempo tendría para cazarla con sus sofisticados artilugios. «Vamos, Andrés, estás ante la oportunidad de tu vida», pensó, mientras se aseguraba por enésima vez de que el equipo estaba preparado para grabar y que no quedaría ningún detalle sin registrar. Con la máxima cautela, como si cualquier ruido pudiera asustar a aquella *entidad*, regresó a la habitación, conteniendo la respiración. No se escuchaba ningún ruido en toda la vivienda, de modo que el técnico pudo sentir el latir acelerado de su corazón. Notó que comenzaba a sudar por la frente y por las manos. Estaba realmente emocionado. Sujetó la cámara con firmeza y la enfocó hacia la pared resquebrajada, clavando sus pupilas en el monitor. Nada. Sin embargo podía sentir el frío en la estancia, notaba que allí la temperatura era realmente baja y diferente a la del resto de la casa. Era algo que antes no había sido capaz de percibir. De súbito el vello se le erizó. Una posibilidad remota se había cruzado como un relámpago en su mente y sólo había una manera de comprobar si era veraz. Con todo el sosiego que pudo alejó de sí mismo la cámara, estirando uno de sus brazos, y la giró, de modo que pasó a grabarse a sí mismo. Esperó unos cuantos segundos, detuvo la grabación y después regresó al salón de inmediato. Una vez allí hizo retroceder el registro de la cámara infrarroja apenas medio minuto. Durante un breve instante tuvo una panorámica apenas perceptible de la pared agrietada, lo que significaba que allí no había absolutamente nada extraño. Luego el plano viraba bruscamente y podía ver su propia imagen: una mancha sólida de tonos rojizos y amarillentos de diferente intensidad. Y de repente justo a su espalda surgía una *figura*, grisácea (lo que indicaba que su temperatura era realmente baja), con los brazos extendidos y la boca abierta, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre él. Andrés fue incapaz de contener un alarido de terror. Dejó la cámara en el suelo, con la delicadeza que sus nervios desquiciados le permitían, y se apresuró a abandonar la casa precipitadamente. No volvería a entrar en ella si no era acompañado de otra persona. Ahora sabía que efectivamente allí había *algo*. Y lo que era peor, tenía la certeza de que ese algo era un ser ferozmente peligroso.

XI

El vuelo hasta Roma había sido apacible. El padre Salas había tenido tiempo de reflexionar con pausa durante el trayecto. Estaba nervioso, y esperaba que aquella audiencia le sirviera para poder encarar el futuro con más ánimos y con la esperanza de que había una solución en el horizonte. Pero bien podía ser que el viaje resultase en balde.

Mientras el taxista le conducía a toda velocidad por la Vía Gregorio VII, que se adentra en las entrañas de la capital de Italia, donde se halla la Ciudad del Vaticano, repasó por última vez su cuaderno de notas. No iba a disponer de mucho tiempo y necesitaba ser muy conciso.

Tras pasar los preceptivos controles, un funcionario del servicio de Relaciones Exteriores condujo al sacerdote mexicano hasta una pequeña sala, donde ya le esperaba el padre Gabriele, al que ya conocía vagamente, fruto de sus anteriores estancias con el objeto de formarse en la Santa Sede. Lo notó envejecido, aunque su mirada seguía siendo la de un hombre sólido como una roca.

- Padre Salas, es un placer recibirle, después de tantos años.

Ambos clérigos se saludaron calurosamente, como si su amistad fuera más profunda de lo que la realidad dictaba.

- Padre Gabriele, me alegro de que me recuerde. Hace ya tantos años que no venía por aquí...

- El paso del tiempo va haciendo mella en mi cuerpo, pero no en mi memoria.

- Es un honor ser recibido por usted.

El italiano hizo un aspaviento, como tratando de restar importancia a aquella audiencia, que por otro lado era bastante inusual.

- En cuanto recibí la llamada desde la Archidiócesis de Madrid y me dijeron que se trataba de usted no dudé un segundo. Puede contar con todo mi apoyo, sea lo que sea en lo que ande metido.

El padre Salas dedicó algunos minutos a relatarle al exorcista más importante y conocido de todo el planeta su extraño caso.

- Realmente singular...

- Sí, por eso necesito que me indique qué camino debo seguir. Me encuentro perdido. Jamás me he enfrentado a hechos similares.

- Créame, no son habituales. Usted bien sabe que me he ocupado personalmente de miles de exorcismos, en los treinta años que llevo encomendado a esta difícil misión. También he tenido conocimiento de otros tantos. Lo que me acaba de relatar aunque no es frecuente sí ha sucedido excepcionalmente con anterioridad.

El padre Salas no pudo contener el aliento. Aquellas palabras le habían aliviado.

- Entonces, ¿hay esperanza?

El padre Gabriele esquivó la mirada casi suplicante del mexicano y tomó un sorbo de un vaso de agua. Después le acarició levemente el dorso de su mano derecha, antes de contestar.

- Un exorcismo es sacar algo de dentro. Normalmente los demonios poseen personas, animales o incluso objetos; nuestra misión es expulsar a esos demonios. Pero también es posible, aunque muy infrecuente, que el Maligno posea el alma de un ser inocente.

- ¿Cómo puede ser eso?

- Habitualmente este hecho se produce en el trance de la muerte, cuando el alma del ser inocente debería ascender a los Cielos para reunirse con Dios. El ser inocente puede ser confundido en ese momento por los miles de vasallos del Maligno, y ser arrastrado a los

Infiernos. También es posible que sus progenitores hayan vendido el alma de sus hijos, o la propia, al Diablo, a cambio de alguna prebenda o favor en la vida terrenal. Finalmente, el alma también puede verse perdida en el Averno por confusión de los actos y/o los deseos del alma inocente en su último estertor.

- Padre Gabriele, ¿hay manera de salvar las almas de esos seres inocentes?
- Es un proceso largo y complicado, que requiere de una gran energía y fe en Dios. Es un exorcismo, como el resto, de extracción, pero en este caso se trata de sacar algo de los dominios del Maligno, y por lo tanto no es tan sencillo como expulsar a un demonio de una persona, animal u objeto.
- Estoy dispuesto a afrontar el reto.

El padre Salas pensó que ni contaba con la fuerza suficiente ni su fe era lo férrea que era preciso, pero ahora lo importante era tratar de traer de vuelta a Carlos y a Laura.

- Lo sé, hijo mío, lo sé. Pero debe de tener en cuenta algunos detalles.
- Explíquemelo todo, se lo ruego.
- Le explicaré todo el proceso, pero antes debe comprender algo.
- Le escucho...

El sacerdote italiano volvió a tomar el vaso de agua y apuró hasta la última gota. Sus movimientos eran lentos, elegantes, los de un hombre que ya no tiene apego a la vida y espera el momento en que Dios decida que puede ir a reunirse con él.

- Podrá sacar esas almas del Averno, o quizá fracase. No hay garantía de éxito.
- Entiendo...
- Salvará las almas, pero no sabemos con certeza si irán al purgatorio, directamente al cielo o, incluso, quedarán atrapadas indefinidamente en el limbo, al albur del designio final de Dios.
- En cualquier caso, padre Gabriele, eso es mejor que estar en el Infierno.
- Sin duda, ¡pero puede condenar a esas almas a una espera infinita! – exclamó el italiano.
- Correré el riesgo.
- Hijo mío, precisamente de eso deseaba hablarle antes de explicarle el proceso de exorcismo.
- ¿De los riesgos?
- Sí. Usted se expone a graves peligros. El Maligno puede quedarse con el alma de un inocente a cambio del alma de otros inocentes.
- ¿El alma?
- Cristo fue el primer exorcista, ¿recuerda?
- Claro – repuso el mexicano, algo dolido por la pregunta.
- ¿Recuerda el episodio del endemoniado de Gerasa?

El padre Salas se impacientaba, pero sabía que debía mostrarse cauto. Aquellas cuestiones que el sabio exorcista italiano le planteaba resultaban casi insultantes, pero seguro que tenían algún extraño propósito que, de momento, se escapaba a su entendimiento. Además, debía tener en cuenta que el que le hablaba era ya un hombre muy anciano.

- Cómo no lo voy a recordar, padre Gabriele.
- Necesito que comprenda...
- Lo lamento. Aprecio su paciencia conmigo y la mano que me tiende – musitó el padre Salas, reprobándose por su inexcusable ansiedad.
- Los demonios, por miles, le piden a Jesús que le permitan poseer a una piara de

cerdos, antes de abandonar el cuerpo del desdichado.

- Así es...

El padre Gabriele guardó un significativo y prolongado silencio. Sus ojos, velados por unas incipientes cataratas, se quedaron inmóviles, clavados en los del sacerdote mexicano.

- ¿Quiere decir que en este caso el cerdo seré yo? – inquirió el padre Salas dubitativo.

El italiano asintió levemente.

- Quiero decir que el Maligno puede ofrecerle ese trato, y usted puede sentirse tentado de aceptarlo.

- Pero, padre Gabriele, usted mismo me ha dicho que ha practicado este tipo de exorcismos en alguna ocasión, y es evidente que su alma no está condenada.

- ¿Puede ver dentro de mí?

- No, claro que no...

- Yo también creo que mi alma no está condenada. He realizado esos exorcismos, unas veces con éxito y otras no. Pero sobre mí no pendía el peligro que se cierne sobre usted.

El padre Salas sintió que todo su cuerpo se sacudía de manera espontánea e independiente. Un calor sofocante ascendió desde sus entrañas y se adueñó de sus mejillas.

- ¿Usted sí puede ver dentro de mí?

- Sí – respondió el anciano exorcista, taxativo.

- ¿Y cree que no puedo tener éxito en esta misión?

- No, hijo mío. Pienso que puede tenerlo, pero que puede salir muy mal parado del envite. Es una lucha compleja hasta para el más sólido exorcista...

Las palabras del padre Gabriele quedaron suspendidas en el aire algunos segundos. El sacerdote mexicano creyó ver que un aura de luz rodeaba el cuerpo del anciano, y deseó encomendar su alma a ese hombre sabio y paciente.

- Dice que puede ver dentro de mí. Le ruego que diga qué es lo que ve...

- Ya lo sabe.

- Insisto... ¿Qué ve usted, padre Gabriele?

- Veo a Belcebú recorriendo sus entrañas, luchando denodadamente para adueñarse de su alma.

XII

Habían visto la grabación ya más de una decena de veces, pero Andrés no se cansaba de reproducirla una y otra vez.

- Yo creo que es la figura distorsionada de una mujer. Podría tratarse de Alicia – musitó el técnico, que aún no se había recuperado del tremendo impacto que aquellas imágenes le habían producido.
- No lo sé. Es posible, pero es necesario que regresemos a la casa de Carlos para seguir trabajando. Aquí estamos perdiendo el tiempo – replicó la parapsicóloga, encogiéndose los hombros.

Se encontraban en el apartamento de Elena. Andrés de momento se negaba a volver a la habitación en la que había registrado aquella secuencia amenazante y fantasmagórica.

- Sólo lo haré si puedo estar siempre acompañado de alguien. Tú estás investigando el pasado de Alicia, y eso es imprescindible, por lo que no puedes pasar todo el tiempo conmigo en aquel lugar.
- Es evidente.
- Pues me gustaría que Rodrigo, el fotógrafo y técnico de imagen que ya conoces, formase parte de este reducido equipo de trabajo.

Elena se quedó reflexionando un instante. Debía sopesar los pros y los contras de aquella decisión. Cuando Carlos aún vivía, ella se había encargado de inundar su vivienda de gente, aunque en realidad su hombre de confianza era Andrés. Ahora las cosas habían cambiado, y había determinado que lo mejor era restringir el número de personas implicadas en aquel asunto tan inusitado como misterioso.

- Acepto. Y lo hago sólo para que no te encuentres solo, pero es la última concesión que hago.
- Joder, Elena, ¿sabes que de verdad nos estamos enfrentando a un *ente* peligroso? ¿Sabes que nuestras vidas pueden estar corriendo peligro?
- ¡Ya lo sé! ¿Acaso piensas que yo misma no estoy aterrada?
- No, claro que no – respondió Andrés, percibiendo el tono angustioso con que Elena le había formulado la pregunta.
- Pero esto no se nos puede ir de las manos. Y debe de ser algo, no sé, digamos... íntimo. Intuyo que si implicamos a muchas personas las almas de Carlos y de Laura se quedarán para siempre atrapadas en el Infierno.
- Vamos a precisar, entonces, de toda la experiencia y la sabiduría del padre Salas.
- Sí, pero nosotros debemos echarle una mano. Por alguna razón él se siente débil, y también necesita de nuestro apoyo y de nuestros conocimientos. Esa grabación seguramente pueda indicarle algo interesante.

Andrés se incorporó y estrechó entre sus brazos a su colega. Ambos requerían el calor y la comprensión del otro.

- Gracias, Elena. Sabes que esto es lo más emocionante que me ha pasado en la vida, y estoy encantado de poder experimentarlo. Pero no puedo evitar que algunos temores me asalten.
- Y hacemos bien en andar prevenidos, Andrés – dijo la parapsicóloga, agitando un pequeño libro de tapas rosadas.
- ¿Qué es eso?

- El diario de Laura. Me he traído a casa algunos dibujos y su diario para reinterpretarlos. Estábamos confundidos, y cada detalle lo enfocábamos mal desde un principio.

- No te sigo...

- Creo que Laura descubrió que su madre era mala, que deseaba hacerle algo terrible a ella. Lo que nos pareció antes una evidencia de la posesión maligna de la hija de Carlos ahora, a la luz de los hechos, puede significar algo bien distinto.

- Por ejemplo...

Elena le tendió el pequeño diario a Andrés, señalándole una frase concreta: TENGO QUE MATAR A MAMÁ.

XIII

Esteban se había citado con el padre Salas en el estanque, un paraje que en los últimos tiempos sólo había visitado a solas o en compañía de Carlos. Sabía que el sacerdote le traía noticias tras su breve viaje a Roma, y prefería recibirlas en un entorno agradable y alejado del resto de la humanidad.

- Aquí solía venir con mi hijo.
- Es un lugar realmente maravilloso.
- Jugábamos a lanzar piedras lisas sobre el agua y contar los botes que daban. Todavía me parece verlo en aquella orilla – musitó Esteban, que se emocionó.

El padre Salas posó suavemente una mano sobre el hombro de aquel padre que ahora sufría, atezado por la pérdida y la melancolía.

- Traigo buenas noticias del Vaticano.
- ¿En serio? – inquirió Esteban, pensando que quizá le decía eso para mitigar su tristeza.
- Sí. Es posible realizar el ritual de exorcismo. Aunque es un tipo de procedimiento peligroso y que sólo, en el mejor de los casos, nos permitirá salvar las almas de tu hijo y de tu nieta.
- ¿Qué quiere decir?
- Que no volverá a verlos... hasta que te reúnas con ellos en el Cielo – dijo el padre Salas, ocultando la posibilidad de que aquellos inocentes espíritus quedasen por siempre jamás vagando por el Limbo.
- Cualquier cosa es mejor que saber que están aterrados, en el Infierno.
- Por eso merece la pena intentarlo.
- ¿Hace falta que yo haga algo?
- Sí. Le voy a necesitar a mi lado en todo momento. Vamos a necesitar objetos personales de Carlos y de Laura, y vamos a bendecirlos. Serán una especie de enlace con sus almas.
- Ningún problema. Me tiene a su entera disposición, ya se lo dije. He perdido el miedo.

El padre Salas encaró a Esteban y contempló su rostro ajado por el infinito dolor que estaba soportando.

- Es bueno que pierda el miedo, pero también que nunca deje de lado la prudencia. El Maligno y sus acólitos tienen un inmenso poder.
- Pero Dios es mucho más poderoso. Y mi fe es más sólida que nunca antes.
- Así es. Dios es más poderoso, pero nosotros, Esteban, somos meros hombres. Le ruego que no lo olvide jamás.

El día comenzaba a extinguirse y los dos hombres emprendieron el paseo de regreso. El padre Salas guardaba un reflexivo silencio mientras Esteban parecía mascullar algo para sus adentros, como una especie de letanía personal.

- Padre, ¿qué peligros nos acechan una vez iniciemos este rito?
- En realidad espero que ni a usted, ni a Elena, les suponga el menor de los riesgos.
- Le ruego que se explique mejor.
- El padre Gabriele me permitió acceder a un tratado demonológico en el que se detallan todos los pasos que debemos ir dando.
- Entiendo...
- Según ese mismo antiquísimo códice las posibilidades de ser afectado por un *choque*

de retorno o de ser tentado por el Diablo se restringen casi en su totalidad al exorcista que dirige el ritual.

- ¡Pero yo no puedo permitir tal cosa! – exclamó Esteban, horrorizado.

- No se preocupe. Yo soy un siervo de Dios, y he practicado cientos de exorcismos. Además, ahora he recibido consejos del mayor experto que hay sobre el tema en la faz de la Tierra. Las probabilidades de que algo malo me suceda son prácticamente nulas – mintió, misericordiosamente, el padre Salas.

XIV

Andrés había vuelto a instalarse en la vivienda de Carlos. Ahora contaba con la compañía de su colega Rodrigo las 24 horas, algo que aunque no mitigaba su aprensión sí que mantenía bajo control su pánico.

- Esta casa es fascinante. Y los equipos que os han prestado los americanos increíbles – apuntó Rodrigo, que revisaba los registros fotográficos de las últimas horas, en los que se apreciaban diversas figuras que él relacionaba con espectros, pero que en cualquier caso representaban una anomalía.
- Espero que no vivas algunas situaciones que hagan que tu emoción se transforme en auténtico terror.
- Vamos, Andrés, ¿cuánto tiempo llevamos persiguiendo una historia como esta?
- Mucho. No lo sé, quizá más de 5 años...
- Seguramente. Un lustro visitando casas de personas históricas o desquiciadas y sin nada que llevarnos a la boca.
- Bueno, recuerda Zaragoza o aquel pueblecito perdido de León...
- Bagatelas, y lo sabes. Jamás habíamos tenido pruebas tan sólidas, tan evidentes e irrefutables de la presencia de... *algo* extraordinario.
- ¿Te vuelvo a enseñar la pared? – inquirió Andrés, que comprendía la excitación de su colega, aunque no la compartía.

Rodrigo esbozó una sonrisa. En el fondo envidiaba a Andrés, que había vivido aquella fascinante historia desde el principio.

- Ojalá hubiera estado ese día con vosotros.
- Yo antes hablaba igual que tú...
- Venga, tienes que animarte. Levántate ya del maldito sofá y ven a currar un rato aquí conmigo. Tenemos mucha faena por delante.
- ¿Has terminado de procesar los registros de audio de anoche?
- Estoy en ello. Ese es tu trabajo, amigo. Primero me he puesto con las fotografías. Son verdaderamente alucinantes.
- Rodrigo, en serio, te agradezco que estés aquí. Todavía estoy un poco intranquilo, sólo es eso. Esta tarde me encontraré de mucho mejor humor. Me he llevado dos sustos impresionantes en un lapso de tiempo demasiado pequeño, y me cuesta asimilarlo.
- Tranquilo. Sigo a lo mío.

Rodrigo se puso a trabajar duramente con las grabaciones que los diversos micrófonos de alta sensibilidad hubieran podido realizar a lo largo de la madrugada. Después de más de una hora trepidante había logrado aislar y limpiar dos fragmentos que realmente merecían la pena. No pudo reprimir una cierta sensación de desasosiego, pero su espíritu analítico y sus ganas de reunir todas las pruebas posibles iban más allá de sus reparos. Se giró y descubrió que Andrés se había quedado dormido.

- Oye, colega, quiero que escuches algo...

El técnico de sonido se despertó somnoliento, pero de mejor humor.

- Disculpa. Estoy agotado, y no descanso bien por las noches.
- Venga, a ver si tú me ayudas a comprender qué diablos hemos grabado.

Andrés regresó al ordenador, subió el volumen de los altavoces y reprodujo el primer fragmento.

«Bzzzz... Fiiiiii... Bzzzz...»

- ¡Joder, es la maldita radio!
- ¿Qué radio?
- La radio de Elena. A través de ella se comunicó Carlos y le pidió auxilio desde el Infierno.
- Está grabado en la habitación de la pequeña – apuntó Rodrigo, por si servía de utilidad el dato.
- Entonces no hay duda. Elena dejó allí su radio, por si Laura volvía a comunicarse a través del aparato. ¿Hay algo más?
- Sí, y es más explícito e interesante.
- ¿La voz de alguno de ellos?
- Bueno, yo creo que es la voz de una mujer, en realidad.
- ¿A qué micrófono corresponde la grabación? – preguntó Andrés, impaciente.
- A esa especie de trastero atiborrado de cosas, el de la pared agrietada.

El técnico de sonido dio un brinco y se acercó hasta la mesa que ocupaba su colega. Sus pupilas se habían encogido, como las de un felino que estuviera al acecho.

- Venga, dale al *play* y escuchemos qué mensaje nos mandan desde los *abismos*.
- Tranquilo. Ahora ya eres tú mismo, que hace un rato parecías un muermo.

Rodrigo reprodujo la grabación y mientras sonaba se dedicó a observar a su compañero, para ver su reacción.

«Malditos. Alejaos de mí. Huid. Os maldigo»

- ¿Significa algo?

Andrés se dejó caer pesadamente sobre una esquina de la mesa. Estaba abatido, y nuevamente sentía que el pánico se adueñaba de sus entrañas.

- Creo que sí.
- ¿Sabes de quién se trata?
- Pienso que es Alicia, la madre de Laura...
- ¿La misma que agrietó la pared de ese trastero?
- La misma...

Rodrigo se quedó pensativo. Una parte de su ser brincaba de alegría, la otra se sentía cohibida.

- Parece que vuelven las amenazas. En realidad no tenemos nada que temer.

Andrés se alejó de su amigo y se dirigió hacia uno de los grandes ventanales del moderno apartamento de lujo. La luz brillante de un día sin nubes apenas le confirió algo de esperanza.

- En realidad tenemos mucho que temer. En realidad creo que a partir de este momento nos estamos jugando el pellejo, y nos lo están dejando muy claro.

Elena había reunido todo el valor que le había sido posible y al fin se encontraba frente a la puerta del apartamento de la mejor amiga de Alicia, la única amiga que de verdad tenía según la teoría de Carlos. Se hallaba en el interior de uno de esos edificios con forma de “U” que albergan en su interior un bonito jardín y una amplia piscina. Los pasillos eran casi infinitos y tenían el aspecto de un hospital psiquiátrico abandonado, lo que no contribuía a calmar su ansiedad. Al igual que le sucedía a Andrés con la casa de Carlos, ella intuía que tras aquella puerta se ocultaba un oscuro secreto. Por fin, después de muchas cavilaciones, se atrevió a pulsar el timbre.

- Hola, ¿qué desea? – preguntó una mujer de mediana edad, morena, ojos brillantes y aspecto impecable.
- ¿Es usted Ana?
- Sí, ¿quién es usted?
- Soy Elena, la psicóloga que atendió a Carlos los últimos días, antes de que...
- Comprendo. Pase, por favor.

Ana la guio hasta un amplio salón con un ventanal que llegaba desde el suelo hasta el techo. A través del cristal se podía contemplar el magnífico jardín, en el que a aquella hora se distraían un puñado de renacuajos que jugaban desenfadadamente. La estampa de los niños sonrientes, aunque no escuchara sus voces, la tranquilizó.

- ¿Ha surgido alguna novedad importante?
- No, la verdad. Estoy repasando los apuntes de Carlos y necesito saber un poco más acerca de las causas que le llevaron a cometer un acto tan atroz.
- Y yo, ¿qué tengo que ver en ese asunto?
- Él vino a verla poco después del accidente de coche en el que fallecieron Laura y Alicia...
- Sí, así fue.

La parapsicóloga notaba que Ana se sentía incómoda. No alcanzaba a explicarse el motivo, pero quizá si insistía llegaría a algún lugar.

- Estoy documentando el caso de Carlos, quizá presente un trabajo para alguna revista científica, ya me comprende.
- No sé. Soy arquitecta, no tengo la menor idea de psicología.
- No deseo hacerle perder el tiempo. ¿Qué quería Carlos de usted?
- Bueno, yo era la mejor amiga de Alicia...
- Como le he dicho, tengo en mi poder algunas de sus últimas notas – dijo Elena, para dejarle claro a su interlocutora que sabía más de lo que podía suponer en un principio.

Ana se incorporó y sin preguntar se dirigió hacia una cómoda y se encendió un cigarrillo. Mientras daba las primeras caladas se quedó de espaldas a Elena, mirando a través del amplio ventanal.

- Me hago cargo. Lo que no sé es hasta dónde de lejos ha llegado en sus pesquisas – manifestó la arquitecta, mientras expulsaba una larga bocanada de humo.
- No demasiado, por eso estoy aquí – replicó Elena, que de manera casi instintiva empezó a temer por su seguridad. Era algo que se escapaba a su control y a cualquier reflexión lógica.
- Carlos deseaba saber cosas acerca de su esposa. No es que le hubiera prestado demasiada atención mientras vivía, y creo que por ese motivo recurrió a mí.
- Y usted, ¿qué le contó?

- Seguramente ya lo sabe. Tiene las últimas notas que él escribió...
- Es todo muy confuso – musitó, casi en un ahogado suspiro, la parapsicóloga.
- Le dije que creía que Laura había acabado con la vida de Alicia. Le conté que la pequeña llevaba tiempo amenazando a su madre de muerte, y que seguramente quería verlos a ambos en un ataúd.
- ¿De verdad piensa usted eso?
- Eso era lo que me comentaba ella. Alicia estaba realmente asustada, y el comportamiento de Laura los últimos meses era realmente extraño.

Elena trató de calmarse contemplando nuevamente a los niños que jugaban en el jardín, pero una visión pavorosa distrajo su atención. En el enorme cristal podía percibir el reflejo del rostro de la arquitecta: no eran los rasgos de un ser humano los que apenas atisbaban, eran los de una especie de calavera de búfalo deformada y ennegrecida. Sintió que el terror que ya se había ido engendrando en su interior se apoderaba ahora de todo su ser.

- Y ella lo asumía, sin más – tartamudeó apenas.
- Sí. Ella ya estaba preparada para casi cualquier cosa.

Elena comprendió que su interlocutora se había dado cuenta del estado de tensión emocional que la atenazaba. Parecía disfrutar con aquella situación, y seguía fumando, dándole la espalda. Huyendo de la terrible visión que le devolvía el ventanal, dirigió sus pupilas hacia una estantería. Allí había una extraña figura en la que no había reparado antes: un torso humano, con la testa de un carnero, sostenía entre sus poderosos brazos a un recién nacido. La cabeza del carnero estaba coronada por una especie de diadema dorada. Al principio aquella efigie le había resultado familiar, pero no la identificó de inmediato; pero cuando lo hizo entró en descontrolado pánico. Era, sin lugar a dudas, el dios Moloc, aquel al que le eran ofrecidos los hijos como sacrificio.

- Bueno, creo que ya le he molestado bastante. Es mejor que me marche – dijo la parapsicóloga, que ya no controlaba ni el timbre de su voz ni el temblor de sus manos.

Ana se giró para encararla. Aunque su rostro volvía a ser el de una persona normal, la expresión del mismo denotaba malicia y satisfacción.

- Me gustaría enseñarle algo, ahora que ya nos estamos empezando a conocer mejor.

Elena no dudó un instante y salió huyendo de aquella casa, y no cesó de correr hasta alcanzar primero la calle y después su vehículo. Condujo alocadamente hasta alejarse a una distancia que consideró lo suficientemente segura. Seguía aterrada, pero sabía que debía telefonar a Andrés, que la tenía localizada a través de su Smartphone. Pero antes prefirió realizar una llamada a otra persona.

- ¿Padre Salas?
- ¿Elena? Qué le sucede, la noto muy alterada.
- Creo... creo que he dado con una pista importante. Creo que debemos vernos lo antes posible para comentarlo.
- Desde luego. Pero le ruego que se sosiegue. Sea lo que sea, encontraremos una solución.
- Eso espero. Estoy muerta de miedo – dijo la parapsicóloga mientras apenas podía contener los sollozos.
- Pero, ¿qué ha sucedido para que se encuentre usted en ese estado? – inquirió el padre Salas, que hablaba despacio y con seguridad, intentando sosegar a su interlocutora.
- ¡Creo que acabo de tener un encuentro directo con el mismísimo Satán!

El padre Salas había decidido que, una vez más, el mejor lugar para encontrarse con Esteban y con Elena era el altar de una iglesia. Allí no sólo él se encontraba a salvo, también quienes le acompañaban. En realidad no temía por Esteban: era un hombre tan piadoso que tenía la certeza de que el Maligno jamás se atrevería a tentarlo. Pero la parapsicóloga sí que corría un peligro cierto.

- Es muy interesante lo que cuenta del reflejo de esa mujer, Ana, en el cristal. En muchas ocasiones los espejos son capaces de revelarnos una realidad que puede estar escondida – musitó el sacerdote, no sin dejar de pensar en la imagen que él mismo contemplaba cada vez que se observaba en uno.
- Ha sido una experiencia espantosa. Estaba aterrada. Pero cuando vi la figura de Moloc en una de las estanterías de su salón comprendí que tenía que escapar de allí sin perder un segundo.
- Hizo bien, Elena. Al fin hemos encontrado la pieza que nos faltaba. Seguramente no hemos completado el puzle, pero al menos tenemos todas las partes que lo componen.
- Pero, padre, ¿qué significado tiene todo esto? – preguntó Esteban, que se sentía algo perdido, y también un tanto improductivo en todo aquel embrollo.
- Sumando todo lo que hemos intuido, más lo que ya hemos podido comprobar, creo que puedo aventurar una hipótesis. Y considero que no le va a agradar, amigo.
- Ya nada me asusta, lo sabe. Y necesito conocer la verdad. Empiezo a hablar igual que Carlos...
- Creo que Alicia se mostraba deprimida ante sus conocidas debido al distanciamiento físico y emocional con su marido. Considero que Ana pertenece a alguna secta satánica, o grupo similar, y que le ofreció una solución: si sacrificaba el alma de su hija podría recuperar el amor y la atención de su esposo.
- Es una teoría horrible – dijo Elena, que seguía impresionada por la experiencia vivida en el apartamento de la arquitecta.
- Sí, lo sé. Pero cuando la gente está desesperada en ocasiones no razona con acierto, y se deja arrastrar por opciones que a nosotros, desde el sosiego, nos parecen completamente aberrantes. He vivido casos que todavía, con toda la experiencia que tengo, sigo sin asimilar – apuntó el padre Salas, mientras dirigía su mirada hacia Cristo crucificado.
- Entonces... ¿Alicia entregó el alma de mi nieta a los infiernos a cambio de recuperar la atención de Carlos? – inquirió Esteban, perplejo.
- Todo apunta en esa dirección. Lo comprendí nada más llegar a este altar el día que Carlos se quitó la vida. Ahora tenemos más evidencias. Y es más, creo que Laura llegó a ser consciente de la situación, y por eso amenazó a su madre. La consideraba un peligro.
- Me cuesta creer que mi nuera fuera capaz de algo semejante...
- Es posible, Esteban. La misma Biblia y otros escritos religiosos están plagados de sacrificios, que muchas veces incluían a los propios hijos. Pero yo creo que Alicia hubo un momento en que tomó conciencia del error que había cometido, y trató de enmendarlo.
- ¿Y por qué opina eso? – preguntó Elena, que no dejaba de pensar todavía en el abominable rostro de la arquitecta que le había devuelto el reflejo del ventanal.
- Porque ella tuvo que hacer un rito por el que sacrificaba el *alma* de Laura, pero no la

vida terrenal de la pequeña. Es una treta del Demonio: uno tiene la sensación de no estar entregando en realidad *nada*. Ruego me disculpen la analogía, pero es algo parecido a pagar con una tarjeta de crédito. Hasta que no nos llega el cargo a la cuenta corriente no somos demasiado conscientes de que hemos gastado un dinero.

Esteban caminaba de un lado a otro, incómodo, desesperado, tratando de asimilar aquella versión espeluznante de todo lo acaecido hasta la fecha.

- En tal caso, ¿el accidente de automóvil fue un suicidio?

- No, no, nada de eso. Creo que Alicia intentó deshacer el rito, y eso la condenó. El Maligno no perdonó aquella rebeldía y buscó la forma de hacerse con el alma de la pequeña, llevándosela consigo a la fuerza. De ahí la posesión y el acoso al que fue sometida Laura en los últimos meses de su existencia.

- ¡Es demencial! – exclamó Esteban, cabizbajo, mientras se masajeaba las sienes. Sentía que le iba a estallar la el cerebro en mil pedazos.

- Pero, padre Salas, ¿estamos a tiempo de verdad de hacer algo por todos ellos?

El sacerdote volvió a buscar el rostro de Jesús en la cruz. El miedo no solamente había conquistado a sus acompañantes, también él había sucumbido a su ponzoñoso influjo.

- Creo que Alicia está condenada para siempre. Ella decidió pactar con el Diablo y después traicionarlo. Pero sí que es posible intentar salvar de la condena eterna las almas de Laura y de Carlos.

- ¿Y qué es exactamente lo que debemos hacer?

El padre Salas se aproximó a la parapsicóloga y la tomó suavemente por los hombros. Sintió que su piel estaba fría, como si la sangre hubiera dejado de correr por las venas y arterias de aquella mujer.

- Yo tengo que iniciar un proceso de exorcismo muy complejo, y para eso voy a tener que estar siempre aquí, junto a este altar. Esteban me va a facilitar enseres de su hijo y de su nieta, pero necesito que usted me haga un gran favor.

- Espero sus indicaciones – musitó Elena, que en realidad lo que deseaba era salir corriendo de allí y no dejar de huir durante años de aquella realidad espantosa con la que se había topado.

- Por favor, encuentre entre las pertenencias de Alicia el rito a través del cual entregó a su hija al Maligno.

XVII

Andrés, Elena y Rodrigo, a pesar de su aprehensión, se hallaban en la habitación que Carlos había usado como trastero para encerrar en ella todo lo relacionado con su esposa.

- Debemos encontrar algún cuaderno, una hoja, no sé en realidad... ¡Algo por escrito que describa un ritual para pactar con el Diablo! – exclamó la parapsicóloga, llevándose una mano a la frente.
- Es decir, estamos buscando algo que no está muy claro qué es, y que ni tan siquiera tenemos la seguridad que exista o que se encuentre en esta misma habitación – declaró Rodrigo, con hastío.
- Según el padre Salas tuvo que apuntar las instrucciones en algún sitio. No es algo sencillo, que te cuenten y puedas memorizar sin más.
- De acuerdo, supongamos que fue así. ¿De verdad piensas que lo iba a dejar entre sus cosas? – preguntó Andrés.
- Es muy posible. Según el cura fue capaz de tratar de romper el trato, por lo que sugiere que debía seguir en su poder el modo de realizarlo.
- ¡Pero aquí hay montones de cajas y de libros, hojas sueltas y cuadernos! – exclamó Rodrigo, mientras daba un puntapié al armario.

Elena aguantó la respiración e intentó relajarse antes de seguir hablando. Sabía que lo que tenía que decir no les iba a hacer ninguna gracia a sus colegas, como tampoco se la hacía a ella misma.

- En realidad contamos con una especie de brújula, de *sensor*, que nos indicará cuándo nos hallamos cerca de encontrar ese escrito.
- No te entiendo, te ruego que nos lo expliques mucho más claro – susurró Andrés, que ya intuía que algo turbio había detrás de las palabras de su amiga.
- Alicia...
- ¿Alicia?
- Su, su espíritu, su *presencia*, tratará de impedirnos que lleguemos hasta ese escrito...
- ¿Cómo?
- Conforme nos acerquemos a su localización su rabia se irá incrementando, y nos lo hará saber.
- ¡Yo me largo de aquí! – gritó Andrés, mientras se encaminaba hacia el pasillo de la vivienda.
- No me podéis dejar sola. Si estamos los tres juntos lo conseguiremos. Somos más fuertes. Además, el padre Salas me ha dado esto para que nos unjamos con ella – dijo la parapsicóloga, mostrando una botellita con un líquido transparente.
- ¿Qué narices es eso? ¿Agua bendita? No me fastidies Elena, ¡esa cosa se mea en el agua bendita!
- Yo pienso quedarme aquí con Elena – proclamó Rodrigo con solemnidad-. Tú haz lo que consideres, pero no pienso dejarla abandonada en este instante, que es cuando más nos necesita.

Andrés desanduvo el pequeño trecho que había recorrido, encorvado. Su colega le había convencido en un instante. A fin de cuentas, el verdadero amigo de Elena, el que llevaba años trabajando con ella, era él. ¿Cómo iba a ser tan miserable como para desampararla en el momento más difícil de su vida?

- Está bien. Al menos no tendré mala compañía en el maldito Averno – bromeó, para

desengrasar la tensión emocional y para animarse a sí mismo.

- Gracias Andrés – musitó Elena.

- Anda, pásame el agua bendita que me dé una buena ducha con ella. A lo mejor hasta sirve de algo.

Los tres se pusieron de inmediato a buscar en silencio. Cada uno se dedicó a un apartado: Andrés hurgaba en el armario, Rodrigo rastreaba los cientos de papeles y fotografías que había por el suelo mientras Elena iba abriendo cajas y estudiando su contenido.

- Soy el único que ha notado que la temperatura está bajando – comentó Rodrigo, tras diez minutos de arduo trabajo.

- No, yo también me he dado cuenta – replicó Elena, sin dejar de consultar un cuaderno que tenía entre las manos.

- ¿Traigo los aparatos? – sugirió Andrés.

- ¡Ni hablar! Sigamos a lo nuestro. Vamos por el buen camino – zanjó la parapsicóloga.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando la estancia comenzó temblar, nuevamente como si un terremoto de baja intensidad se cebase con la vivienda.

- ¡Joder! – exclamó Rodrigo.

- Esta es la *brújula* de la que hablaba Elena. Yo creo que lo que necesitamos ahora mismo es un sismógrafo y un buen casco – comentó Andrés, que ya se temía que algo similar iba a suceder.

La parapsicóloga no hizo ni caso ni a los comentarios ni a las paredes crujiendo. Acababa de encontrar un pequeño libro con tapas negras, que tenía grabado un minúsculo pentagrama dorado en el centro.

- Elena, esto se está poniendo feo de verdad, ¡tenemos que irnos! – gritó Rodrigo.

La puerta de la habitación se había cerrado con violencia, y los libros, papeles y fotografías que había esparcidos por el suelo volaban ahora por la estancia, como impulsados por un viento huracanado. Muchos de los objetos golpeaban en la espalda y en la cabeza a la parapsicóloga, pero ella no sentía ya nada: estaba obcecada en la lectura de una página señalada con una pequeña doblez en una de sus esquinas.

- ¡Elena, salgamos de aquí, ya mismo!

Ella hizo un gesto, como si las crecientes sacudidas y todas aquellas cosas que se agitaban a su alrededor no la perturbasen en absoluto.

- ¡La tenemos! ¡La tenemos! ¡Te hemos pillado! ¡Yo soy ahora la que te maldigo!

Andrés y Rodrigo arrastraron a Elena, que sujetaba con fuerza el librito de tapas negras entre sus manos, mientras aullaba, como poseída. Entre ambos hombres a duras penas lograron abrir la puerta de la estancia y escapar de la vivienda de Carlos, llevando a la parapsicóloga cogida de los hombros y de las piernas. Cuando alcanzaron la calle los tres estaban agotados, llenos de moratones y cubiertos por una fina capa del polvo.

- Nos hemos salvado de milagro – comentó Andrés, que acababa de jurarse no regresar a aquella casa en todo lo que le quedase de vida.

Rodrigo lanzó un chillido casi gutural, llamando la atención de los pocos viandantes que a aquellas horas paseaban por la calle.

- Sí, joder, ¡sí! Me he cagado de encima de los pantalones, pero ha merecido la pena vivir una experiencia así.

- Pues ya tenemos claro quién va a ser el listo que va a recoger todos los aparatos de ese maldito infierno – murmuró Andrés.

De súbito ambos hombres se fijaron en su compañera. La parapsicóloga estaba aturdida, como en

un estado de trance. Parecía estar balbuciendo una frase una y otra vez, pero apenas se entendía lo que decía.

- Elena, ¿te encuentras bien? – preguntó Rodrigo, asustado y preocupado por su colega.
- Vamos a ir a por ti. Vamos a ir a por ti. Vamos a ir a por ti – respondió, esta vez con claridad, la parapsicóloga.

XVIII

Esteban y el padre Salas se encontraban junto al altar de la iglesia, en un lateral. Allí habían colocado distintas pertenencias de Carlos y de Laura sobre una tarima.

- ¿Con esto será suficiente? – preguntó Esteban, que deseaba con toda su alma que el rito y todos los esfuerzos que estaban realizando sirviesen para algo.
- Creo que sí. Es la primera vez en mi vida que hago un exorcismo de esta clase. La verdad es que me siento inseguro y perdido, pero Dios me da confianza.

El sacerdote iba vestido con la misma casulla blanca y la estola morada que usara en México, en sus tiempos, ya muy lejanos, como exorcista. Le había costado volver a enfundarse con aquella ropa protectora.

- ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

El padre Salas tendió un libro abierto por una página en concreto a Esteban.

- Rezar. Debes repetir una y otra vez estos salmos mientras yo realizo el resto del trabajo.
- Así haré.
- Le ruego que empiece a leer. El exorcismo ha comenzado.

Esteban se sentía nervioso, muy inquieto. Su voz quebrada apenas pudo inundar el templo completamente vacío. Entretanto, el padre Salas sujetó con fuerza una medalla de San Benito y comenzó a salpicar con agua bendita las pertenencias de Carlos y de Laura.

Al cabo de dos horas ambos hombres estaban agotados, pero no cejaban en su empeño. La tarde había caído sobre la ciudad de Madrid y en el interior de la iglesia apenas había luz, a pesar de lo cual ninguno se acercó a encender alguna vela o bombilla.

- ¿Cuándo sucederá algo? – preguntó Esteban, que notaba que el cansancio le hacía mella.
- No lo sé. Podemos pasarnos así días, semanas incluso, sin que nada ocurra aparentemente. Pero créame si le digo que la batalla ya se ha desatado.
- ¿Y cómo sabremos que hemos vencido?
- Lo sabremos. Es algo que es difícil de explicar, pero que espero llegue a comprender. Ojalá Elena y sus amigos puedan echarnos una mano.

El padre Salas acercó un crucifijo de plata, engastado en un cubo de madera maciza, a las pertenencias, y justo en ese instante sonó una especie de trueno en el exterior que sobresaltó a los dos hombres. De súbito, miles de insectos comenzaron a golpear los cristales de la pequeña iglesia.

- ¿Qué es eso? – inquirió, atenazado, Esteban.
- Moscas. Son moscas, amigo Esteban.
- ¿Significa algo?
- Sí. Significa que vamos por el buen camino.

XIX

Elena había logrado conciliar el sueño durante un par de horas. Se encontraba mucho mejor, menos aturdida. Su buen amigo Andrés la observaba, sentado al borde de su cama.

- ¿Qué ha sucedido? – preguntó la parapsicóloga, todavía algo confundida.
- ¿No recuerdas nada?
- Apenas. Tengo imágenes borrosas que me dan vueltas en la mente...
- Lo encontraste, maldita sea, encontraste lo que estábamos buscando.

Andrés le acercó el librito de tapas negras con el pentagrama grabado en la portada.

- Ya empiezo a recuperar la memoria.
- Te volviste un poco loca. No dejabas de repetir frases incoherentes, hasta que te pudimos traer a casa y te quedaste por fin dormida.
- Pasé mucho miedo.
- La verdad, no lo parecía. Los que estábamos aterrados éramos Rodrigo y yo.
- En realidad estaba igual de asustada que vosotros; pero me podía la rabia, las ganas de vencer al mal, de cobrarme una especie de venganza después de tanto sufrimiento.
- Pues aquí tienes tu premio.

Andrés le señaló el librito, sonriente. Él también necesitaba echar una cabezada, pero no se había sentido con ánimo mientras Elena seguía divagando. Por un instante él y Rodrigo temieron que el *ente* hubiera sido capaz de entrar en su cuerpo.

- Dios mío, debo acudir cuanto antes a la iglesia. El padre Salas ya habrá iniciado el exorcismo y necesita esta información.
- Te ruego que te concedas un rato más. Después de tanto ajeteo no pasa nada por demorarnos algunos minutos. En realidad creo que se va a sorprender de que hayamos sido capaces de dar con el maldito libro tan pronto.

Elena se recostó y notó que la cabeza le seguía dando vueltas, como si hubiera bebido demasiado la noche anterior.

- Tienes razón. Descansaré un poco más. Pero esta misma noche nos vamos a la iglesia.
- Te lo prometo.

Andrés salió de la habitación, dejando a solas nuevamente a su colega. Ahora sí que se iba a dar el lujo de dormir, aunque fueran sólo tres horas. Lo necesitaba de verdad.

Elena cerró los ojos, pero de inmediato pensó en el librito. Lo abrió por la página marcada, la misma que le había revelado que aquello era un rito para pactar con el Diablo. Apenas comenzó a leer el primer párrafo la hoja de papel se iluminó, desprendiendo un extraño fulgor rojizo que la asustó.

«No es posible... ¿Qué está sucediendo? ¿Acaso no estaré soñando ahora mismo?».

Delante de sus ojos alucinados se formó la imagen de Ana, que pronto se transformó en el ser horrible que ella había visto reflejado en el cristal de su apartamento. Aquella calavera reía sin parar, como si le divirtiera profundamente la situación. De repente alguien aún más terrible surgía de entre unas llamaradas: una bestia horrible, con varias cabezas y patas de insectos espantosos y unas alas como de gigantesco murciélago que se agitaban a su espalda. Esa cosa se aproximaba al trasunto de la arquitecta y con un golpe brutal de una de sus indescriptibles extremidades hacía pedazos su cráneo. Entonces aquella alimaña inmunda se giraba y la miraba fijamente a los ojos. Elena se sentía paralizada por un terror más profundo del que había sido presa en la vivienda de Carlos. Una de las cabezas de la bestia se asemejaba a la de una mosca inmensa, deforme. De

súbito esa cabeza comenzó a transformarse paulatinamente, y de entre aquella mugre surgió poco a poco el rostro amable y confiado del padre Salas. Y entonces Elena no pudo reprimir un grito de dolor, desasosiego e infinita repugnancia.

El padre Salas se había quedado solo en el templo. Echaba de menos a Esteban, pero Elena había insistido en que tenía que regresar con ella una vez le hubiera entregado el libro con los ritos satánicos, y él no se había opuesto. Le había preguntado a Esteban por qué motivo ella no había acudido a la iglesia, y por toda excusa había aducido que estaba completamente agotada.

«Quizá de alguna manera haya advertido un peligro al que piensa que sólo yo puedo hacer frente», se dijo el sacerdote.

Consultó el librito de tapas negras y leyó la página que estaba marcada. Comprendió que efectivamente Alicia había sellado un pacto con el Maligno para entregarle a su hija. Pero también pudo interpretar qué había llevado a Elena a mantenerse alejada no ya del templo, sino de él mismo: había descubierto que el mal, alguna clase de ente oscuro, circulaba por sus entrañas.

«No puedo reprocharle nada a esa mujer. Y mucho menos que desee estar prudentemente a distancia de mi persona. Razones hay de peso para obrar en esa dirección».

Tras estudiar el durante horas todo el libro el padre Salas comprendió a qué se estaba enfrentando. Ahora ya sabía cómo debía obrar, cómo podía salvar las almas de Carlos y de Laura. El manual satánico y los consejos del sabio padre Gabriele finalmente le habían encaminado hacia una solución.

De rodillas, frente al altar, rezó varias oraciones y se dispuso a afrontar el duro envite que tenía por delante. Sabía que iba a cometer un auténtico sacrilegio, que iba a exponerse como nunca antes lo había hecho, y esperaba que Dios comprendiese su forma de actuar, y perdonase la actitud indisciplinada de su siervo. Confiaba en su infinita bondad, y dejaba su futuro en manos de su suprema voluntad.

Se dejó puesta la casulla, pero retiró la estola de sus hombros y posó delicadamente sobre el suelo la medalla de San Benito. Dirigió su mirada hacia el Cristo crucificado que presidía la iglesia y recitó para sus adentros un último salmo. Después su rostro se transformó por completo, y su gesto se endureció.

- ¡Baal, yo te convoco! – gritó con todas sus fuerzas.

Aguardó en absoluto silencio. Sabía que no era sencillo que el Maligno, sus acólitos y sus distintas formas se atreviesen a manifestarse en la casa del Señor. Tratando de facilitar las cosas, se apartó del altar y quedó en mitad del pasillo que conformaban los bancos de madera destinados a los feligreses.

- ¡Baal, yo te convoco! – exclamó, nuevamente.

En esta ocasión apenas tuvo que esperar algunos segundos. De repente millones de moscas reventaron las ventanas traseras del templo y entraron en tropel. El enjambre de insectos se reunió justo delante del sacerdote, conformando una masa oscura y ruidosa. Lentamente aquella amalgama fue transformándose, definiéndose, frente a la mirada alucinada del mexicano. En poco tiempo lo que instantes antes eran millones de moscas apretándose las unas contra las otras se había convertido en una bestia inmensa con varias cabezas, alas y decenas de horrorosas extremidades.

- ¿Qué es lo que deseas, humano? – preguntó la alimaña, con una voz atronadora y gutural que hizo temblar las paredes del templo.

- Ya sabes para lo que te he convocado – musitó el padre Salas, en estado de trance.

La bestia acercó una de sus testas hasta situarla justo frente al rostro del sacerdote. Era como la cabeza de un carnero mezclada con la mandíbula de un gato salvaje. Desprendía un olor fétido y

ácido que lentamente quemaba la laringe y los pulmones del mexicano.

- ¿Estás seguro de tu ofrenda? – inquirió la fiera infernal, con desmedida consideración hacia su interlocutor.
- Absolutamente – musitó el padre Salas.
- En tal caso, cumpliré con tu voluntad.

De las patas de la bestia comenzaron a surgir diminutas serpientes negras que pronto reptaron por el cuerpo del sacerdote. Se dirigieron en tropel hacia sus ojos y hacia su boca, y sin el menor miramiento comenzaron a introducirse en el cuerpo del padre Salas, que durante algunos segundos pudo sentir como igual que decenas de puñales cada uno de los pequeños ofidios se injertaban en su piel. Apenas pudo emitir un quejido, y entonces dejó de sentir. Sus pupilas estaban cegadas, pero antes de que su mente se apagase para siempre pudo ver la imagen de una tierra inmensa que era devastada por las llamas, y pensó que su destino estaba sellado por los siglos de los siglos y que ojalá su sacrificio sirviera para salvar a dos almas inocentes.

El día había amanecido radiante. Esteban sintió el agradable calor del sol en su rostro y se despertó lentamente. Estaba acostado en un sofá del salón de la casa de Elena, junto a Andrés, que descansaba en otro. Se había quedado allí porque la parapsicóloga había insistido mucho en que lo hiciera. Estaba aterrada y le comentó que su presencia en su vivienda le resultaba tranquilizadora.

«Pero ahora debo de ir cuanto antes a la iglesia, a seguir ayudando al padre Salas en el exorcismo. No puedo dejarlo abandonado por más tiempo», se dijo, mientras recogía sus cosas con sumo cuidado. Antes de abandonar la casa dejó una nota en la mesa del salón comentando que podían localizarle en el templo o a través de su teléfono móvil.

Nada más subirse a su coche Esteban tuvo un mal presentimiento. Sin más dilaciones, aceleró y se dirigió a toda prisa hacia la iglesia en la que el padre Salas realizaba el singular exorcismo. Mientras conducía sus nervios se iban desquiciando, y por su imaginación pasaban mil y una conjeturas, a cual más desoladora que la anterior.

Tardó apenas media hora en llegar al templo. El altar estaba intacto, pero el resto estaba cubierto por una capa de polvo, y asustado descubrió que las ventanas del fondo estaban hechas añicos. Todo le resultaba extraño y enigmático, como si un acertijo se ocultara detrás de aquel desbarajuste.

En mitad del pasillo que conformaban los bancos halló la estola, la casulla y la medalla de San Benito que el padre Salas sujetaba desde que iniciara el rito de exorcismo.

«Algo realmente terrible ha tenido que pasar aquí esta noche», pensó Esteban, enormemente preocupado por su amigo.

La casulla parecía tener algo en su interior, pues estaba extrañamente abultada por el centro. Esteban se arrodilló y palpó la masa oculta por la tela blanca: era blanda y cedía a su tacto. Con sumo cuidado abrió la casulla por su extremo inferior para descubrir qué era aquello. Atónito pudo ver que sólo se trataba de un puñado de ceniza negra, como si un tronco hubiera ardido en el interior de la túnica toda la madrugada, hasta consumirse por entero.

«Esto no tiene ningún sentido», se dijo Esteban.

Entonces miró hacia el altar y vio el rostro de Cristo en lo alto de la cruz y su entendimiento adivinó qué había sucedido. Se arrodilló y mientras lloraba comenzó a rezar. Pasó en esa posición más de tres cuartos de hora, hasta que pudo reunir las fuerzas necesarias para telefonar a la parapsicóloga.

- Elena, Elena – dijo Esteban, entre sollozos, nada más comprobar que alguien descolgaba.

- ¿Esteban? ¿Qué sucede?

- ¡Hemos perdido al padre Salas! Anoche me alejaste de él porque sabías lo que iba a hacer. Espero que su alma se haya reunido con la de mi hijo y con la de mi nieta, y los tres se encuentren al amparo de Dios...

Elena estaba agotada y desquiciada. Sentía que algo se le escapaba, que quizá podía haber hecho mucho más por el padre Salas y que ahora se encontraba absolutamente perdida y desolada. Las palabras de Esteban sólo habían empeorado la situación.

Para relajarse, paseaba por un parque del centro de la capital de España. La mañana era espléndida, y los rayos del sol se filtraban por entre las copas de los árboles, formando bonitos haces de luz que recordaban esas representaciones que en los libros de religión o autoayuda se hace del cielo. ¿Cómo saber ahora qué había sucedido con el sacerdote, con Carlos y con Laura? No le hubiera importado quedarse a vivir en ese instante por el resto de sus días.

Caminó un buen trecho, dando pasos muy cortos, mientras su cerebro cavilaba sin descanso. Decidió que lo mejor era alejarse, quizá incluso pasar una larga temporada en casa de sus padres y dejar de lado todo para que su mente se despejara.

De súbito su teléfono móvil sonó, y atónita descubrió que alguien estaba usando el teléfono de Carlos para llamarla. De inmediato pensó en Esteban, y estuvo tentada de rechazar la llamada y seguir en estado contemplativo. Finalmente la aceptó.

- ¿Esteban?
- ¿Elena? Soy Carlos, ¡Carlos!

La parapsicóloga sintió que el corazón le estallaba en mil pedazos en el interior de su pecho.

- ¿Carlos? ¡Eres tú! ¿Desde dónde me llamas? – inquirió, pensando que quizá su amigo le volvería a pedir auxilio desde el Infierno.
- Estoy en la entrada de mi casa. Estoy con Laura, ¡no es increíble!

Elena no comprendía nada. Era, sin lugar a dudas, la voz de Carlos, pero le resultaba imposible concebir que pudiera estar con su hija... ¡en *este mundo*!

- Carlos, escucha, voy hacia allí de inmediato. Por favor, espérame y no hables con nadie. Todo esto es muy extraño.
- Así lo haré.
- ¿Has hablado con tu padre?
- Le he telefoneado antes que a ti, pero no me ha contestado.
- Mejor así. Esperadme los dos, que llego en diez minutos.
- No tardes, Elena. Estoy emocionado, pero necesito que me expliques todo lo ocurrido.

La parapsicóloga no sabía si acaba de sufrir una alucinación. Es posible que cosas así les pasen a personas en estado de shock. Mientras se dirigía hacia su coche telefoneó a Andrés para pasar a recogerlo antes de ir al piso de Carlos.

- ¡Te dije que no quería volver allí en la vida!
- Andrés, tienes que acompañarme. No sé si me estoy volviendo loca...

Finalmente el técnico aceptó y ambos se dirigieron hacia la vivienda de Carlos. En la recepción no había nadie, de modo que subieron hasta el amplio apartamento. La puerta estaba entornada y se escuchaba que había gente hablando en el interior. Elena y Andrés avanzaron con cautela, y se quedaron petrificados al ver en el salón a Carlos y a Laura, que jugaban tirados en el suelo como si nada hubiera sucedido en todos aquellos meses.

- ¡Carlos, Carlos, Carlos! – exclamó Elena, lanzándose a los brazos de su amigo.
- ¿Qué... qué ha pasado? – preguntó Andrés, que no salía de su asombro.

Carlos tardó en responderle, pues se había emocionado y lloraba de alegría. Entretanto, Laura seguía distraída, como si nada de lo que allí ocurría le afectase lo más mínimo.

- No, no lo sé. Apenas soy capaz de recordar el último día aquí... Sé que os pedí ayuda, nada más... De repente me encontraba en medio de la calle, vestido, con mi teléfono, las llaves de casa y... ¡mi hija cogiéndome la mano!
- Es sensacional. Es increíble. Es maravilloso – dijo Elena, que sollozaba entre carcajadas descontroladas.
- No entiendo nada – murmuró el técnico.
- Yo tampoco. Vosotros sabréis qué habéis hecho, que estabais de *este* lado.
- El padre Salas – murmuró Elena, con pesadumbre.
- Entiendo – dijo Carlos, intuyendo que algo le había ocurrido al sacerdote.

Mientras Elena no dejaba de abrazar a Carlos y de acariciar el rostro y el cabello de Laura, a la que veía en carne y hueso por primera vez, Andrés comenzó a recoger las cosas. Era fabuloso, extraordinario, una historia que nadie iba poder creerse, ni siquiera los del canal americano que les habían prestado aquellos costosísimos equipos. Había merecido la pena jugarse el pellejo, y al final todo había terminado más o menos bien. Desde la distancia contempló a su colega, que ya jugueteaba con el padre y con la hija, y no le costó imaginarse que tenía delante de sus ojos a una bonita familia. Sin pensárselo dos veces tomó la cámara infrarroja, lo primero que encontró a mano, y decidió que era indispensable captar aquel instante mágico para la posteridad. Encendió la cámara y nada más mirar hacia la pantalla se quedó completamente aterrado: allí delante tenía tres figuras; una de ellas desprendía calor, y se veía como una mancha rojiza y anaranjada; pero las otras dos eran apenas un contorno blanquecino, y eso sólo podía significar una cosa.

¿Con quién diablos estaba su amiga Elena?